

*ROSA BELMONTE
EMILIA LANDALUCE*



*CORAZÓN
DE SÍLEX*


ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

XXI

XXII

XXIII

XXIV

XXV

XXVI

XXVII

XXVIII

XXIX

XXX

XXXI

XXXII

XXXIII

XXXIV

XXXV

XXXVI

XXXVII

XXXVIII

XXXIX

XL

XLI

XLII

XLIII

XLIV

XLV

XLVI

XLVII

XLVIII

XLIX

L

LI

LII

LIII

LIV

LV

LVI

LVII

LVIII

LIX

LX

LXI

LXII

LXIII

LXIV

LXV

LXVI

LXVII

LXVIII

LXIX

LXX

LXXI

LXXII

LXXIII

LXXIV

LXXV

Notas

Créditos

CORAZÓN DE SÍLEX

EMILIA LANDALUCE Y ROSA BELMONTE



*A tantas periodistas como Socorro que han
contado antes de opinar y a las que hacen
posible un artefacto tan perfecto como un
periódico. Por ejemplo:*

*A Ana María Ortiz, Nuria Ramírez de Castro,
Leyre Iglesias, Ana Romero, Almudena Martínez
Fornés, Mariángel Alcázar, María Dabán, Maite
Rico, Salud Hernández Mora, Ángeles Escrivá,
Olga Rodríguez Sanmartín, Joana Bonet, Luz
Sánchez-Mellado, Carmen Rigalt, Maruja Torres,
Rosa Montero, Marisa Cruz, Lucía Méndez,
Paloma Rando, Beatriz Miranda, Belén Picornell,
Alejandra Olcese, Paula María, Marina Pina, Inma
Cobo, Azucena Sánchez Mancebo, Ángela
Martialay, Edurne Urreta, Concha Fernández,
Rosana Laviada, Isabel González, Beatriz
Cortázar, Jessica Sánchez, Eva Llamazares, Marta
Corbal, Cote Villar, María Eugenia Yagüe, María
Peral, Paloma Simón, Charo Lagares, Ketty Garat,
Ana Sánchez, Ainhoa Martínez, María Jesús
Pérez, Consuelo Font, Ángeles López, Esther
Mucientes, Teresa Guerrero, Paloma H.
Matellano, Ruth Díaz, Gabriela Galarza, Yaiza
Santos y a doña Emilia, claro, que habría sido la
mejor.*

I

El dolor agudo —como si le serrasen los sesos, como si le hubieran metido un hierro helado en la barriga— le impedía seguir en los limbos del sueño. Así, pensó Arri, debe de sentirse un enfermo cuando se da cuenta de que se le va a pasar el efecto de la morfina y tiene que volver al tormento. Por fin abrió los ojos. Estaba en su habitación y no había desorden en la cama que le descubriese lo que había hecho durante la noche. O lo que pudieran haberle hecho. O, lo más probable, lo que se hubiera dejado hacer... ¿Habría pasado algo? Tenía una neblina que la hacía sentir confusa y torpe. Quizás, otra vez, una vez más, había vuelto a pasarse. Qué vergüenza. Pero no había bebido tanto. ¿Le habría sentado mal? También había comido muy poco. Como siempre.

Recordaba estar cansada desde antes de la cena, querer irse a acostar y el consiguiente gesto de desaprobación de anfitriones e invitados, un montón de señores y señoras elegantes y algunos jóvenes guapos. Se propuso aguantar para no decepcionarlos, pero no se acordaba de en qué plato —¿en el caviar? ¿en la *lièvre à la royale*?— había dicho a quien tenía a su lado que estaba cansadísima y que quería irse a la cama. En teoría, o eso pensaba, lo habría hecho al terminar de cenar. ¿Sola? Al menos, no con Jean-Paul, el fotógrafo que la había llevado a aquella casa a pasar el fin de semana. Era un viejo gay con el que había hecho buenas migas hacía algunos meses, algo que no era fácil en eso que llaman la industria de la moda, que también lo era de la cosmética.

Sin embargo, el cuerpo le dolía y aunque no tenía marcas, se notaba rasgada. Extraña. Los arañazos pueden ir por dentro. Y ese era su caso. Lo supo por el dolor de hombros que atribuyó a la mala postura. Por la carne que intuyó rosada y las gotitas claras de sangre, flotando sobre el agua contra la porcelana blanca, cuando por fin encontró la fuerza suficiente para ir al cuarto de baño.

Se miró al espejo y pensó que podría ser cualquier cosa: esas infecciones de orina que a veces le hacían sangrar. Eso debía de ser. El camisón de seda apenas estaba arrugado. Sobre la silla, bien doblado, el traje negro que se había puesto para la cena, sin desperfectos aparentes. En el suelo, los zapatos de tacón, erguidos y colocados uno junto a otro. Dos testigos silenciosos que le reprochaban, como los anfitriones, como el resto de los invitados, que quisiera acostarse tan pronto. ¿Y si fuera una paranoia suya y tan solo había tenido una noche de sueño pesado? Tenía su lógica. Había pasado la semana en París yendo de un desfile a otro. Y los días de antes, en Milán, lo mismo. Y entre desfiles y cenas, solo había tenido tiempo para malcomer unos frutos secos o tomar un helado. No necesitaba más. Nunca había sido tragona. Se alimentaba para subsistir. Para no desfallecer.

Salió del cuarto de baño y revisó la habitación en busca de alguna pista.

La cama, enorme, también estaba casi sin deshacer, salvo la porción en la que ella había estado tumbada. Sí, quizás solo había dormido tan bien como siempre había querido. Pero el dolor de las ingles, de los hombros, el que sentía por dentro le hacían intuir que algo le debía de haber pasado. A lo mejor un golpe al irse a acostar. A lo peor... se había dejado llevar al huerto por alguno de los chicos de la cena. O de los no tan jóvenes. Había hecho lo que se esperaba cuando se invitaba a una modelo, a una chica guapa como ella:

mostrarse accesible, simpática, reírse con todas las gracias, hasta con los peores chistes de sus interlocutores, hombres importantes. Por lo que recordaba, por lo que podía recordar, no lo había pasado mal. Claro que nunca lo hacía. Era parte de ese trabajo que llevaba haciendo desde los dieciséis años. Se había acostumbrado.

En ese momento llamaron a su puerta. Ella respondió. Le preguntaban si quería que le subieran el desayuno al cuarto o si bajaría a tomarlo con el resto. Miró el reloj. Debería vestirse rápido si no quería llegar tarde. No tenía tiempo para que le doliera nada.

En cualquier caso, volvieron sus dudas y cierto pesar. Congoja. Remordimiento. ¿Y si había hecho el ridículo? ¿Qué pensaría el tipo con el que se había acostado si no lo recordaba? Gajes del oficio de ser una mujer que se decía libre.

II

A la periodista Socorro Núñez nunca le había gustado meterse en política o en cualquier tema que se le aproximara, aunque fuera de manera tangencial. Hasta se empeñaba en decir que la detestaba para evitar que la embarcaran en reportajes que no le apetecía hacer. Para ella, todo lo que no le permitiera recoger un testimonio directo no era fiable, aunque los testigos, como le decían otros periodistas que sabían más, también se equivocan, mienten y pueden tener sus intereses... Socorro sufría al escribir; le costaba sobre todo si se veía obligada a especular en lugar de relatar los hechos, si carecía de información suficiente. Si no tenía el tema «bien atado» (con todos los datos contrastados), una expresión que había escuchado desde que entró como becaria en *El Matinal*. Siempre pensaba que quizás su criterio no era el más adecuado. Había científicos, historiadores, víctimas, expertos y hasta familiares que tenían más derecho a opinar de un asunto, de cualquiera. Aunque ¿para qué servían los periodistas si no era para dar información que no toma partido?

Pero, por una vez, Socorro pensó que podría meterse en política. A lo mejor, merecía la pena. Y además no era estrictamente política, sino un trabajo de investigación, como los que ella había hecho para el periódico, que implicaba leer mucho y encontrar a personas anónimas.

La idea del reportaje había partido de María Casares, que, desde que se había casado con Ignacito Lequerica, hijo del dueño, había

hecho una carrera que solo las almas cándidas, entre las que Socorro no figuraba, calificaban de meritoria. Había pasado de picar piedra en la página web a corresponsal de la Casa Real. Este desempeño periodístico era un caramelo en un periódico monárquico. El trabajo era medido y previsible y, además, permitía una serie de viajes cómodos porque estaban perfectamente organizados por la Zarzuela, aunque pagaran los periódicos, las agencias, las televisiones o las radios. Además, viajar con los reyes siempre era interesante. Y había conseguido hacer buenas migas con Letizia. No era amistad, pero a María la tenía en cuenta y era muy amable y atenta con ella.

El reportaje en el que María había implicado a Socorro se había llamado «Los hijos de la reconciliación».

Las periodistas se habían propuesto reunir a los descendientes de los generales que se habían enfrentado en la Guerra Civil, de la que se cumplía un aniversario redondo: noventa años. María, claro, se había encargado de convencer a los hijos y nietos de los militares franquistas y Socorro debía hacer lo propio con los del bando republicano, que para eso su padre había sido el comunista de su pueblo, Terrinches. Y dio con el nieto periodista del general Vicente Rojo, también con el de Enrique Líster... Con Carlos, un matemático nieto del coronel Vega, con Alfonso, el del general Gámir y, finalmente, con José Luis, hijo del general Escobar. Lo había intentado con otros, pero muchos de ellos no querían hablar con los medios. Creían que la Guerra Civil estaba superada y que no era nada bueno removerla. O, al menos, eso le dijeron a Socorro antes de mandarla a paseo.

Por su parte, María se encargó de persuadir a los descendientes de Franco, Yagüe, Moscardó, Dávila y Varela, que siempre estaban deseosos de mostrar que el enfrentamiento era cosa de políticos y

del pasado. Para su sorpresa, Socorro encontró una actitud similar en los republicanos. Ni unos ni otros quisieron entrar en cuestiones de memoria histórica y se mostraron muy ufanos por cómo se habían hecho las cosas en la Transición. Socorro pensó que aquel reportaje le valdría algún premio de periodismo. Alguno de esos prestigiosos tan bien remunerados que daban en Iberoamérica (ya habían distinguido a un reportaje similar sobre el proceso de paz en Colombia) o ese que concedía en España la competencia.

El domingo que se publicó «Los hijos de la reconciliación», Socorro se levantó temprano, nerviosa, para mirar si el artículo tenía muchos lectores en internet. Y, en efecto, casi cinco mil personas leían la pieza en ese preciso instante, una audiencia estupenda. Después corrió a las redes sociales esperando encontrar halagos por su labor. Por ese ejemplo de reconciliación de los españoles y tal, pero... «Sorprende que Socorro Núñez se una al blanqueamiento del franquismo». Otros la llamaban «golpista», «facha», «fascista»... Y esos solo eran algunos de los comentarios de los usuarios de izquierda. Los de derechas la elogiaban, como era de esperar, aunque también saliera algún nostálgico que vociferaba contra el régimen de las autonomías y colgaba algún vídeo de la señora franquista con su perorata. Pero si miraba Twitter, ahora X, así a ojo, con su algoritmo para periodista de la izquierda desapasionada, la mayoría de los comentarios eran insultos y críticas.

Aquello dolió a Socorro. Llamó a María Casares, que estaba pasando el día con Ignacito en casa de unos amigos. Escuchó ruido de fondo. Una mezcla de actividad, niños, música...

—Hola, Socorro. ¡Qué repercusión, eh! La verdad es que el reportaje ha quedado fenomenal. Y esas fotos... Una maravilla.

Socorro carraspeó para no llamarla gilipollas.

—Pero ¿tú has visto lo que dicen en las redes? Nos están llamando blanqueadoras del franquismo.

—Hija, solo unos pocos, ya sabes cómo es Twitter. Es lo de siempre con este tipo de temas.

—Pero si hemos metido a los generales republicanos. No tendrían por qué tratarnos de...

Pero decidió callarse. A María aquellas críticas no le afectaban. Lo único que le había tocado la moral fue cuando Peñafiel se había referido a ella como cortesana, aunque también entendía que ese era su papel.

—Yo solo he leído buenas reacciones al reportaje.

Socorro comprendió enseguida que lo mejor que podía hacer era no decir nada. No merecía la pena. María le preguntó si tenía algún plan para el fin de semana.

—Pues ir a la redacción. Hoy me ha tocado trabajar.

—Con tantos domingos trabajados vas a tener un montón de vacaciones. A ver si las usas para algo divertido —dijo con un tono que no gustó a Socorro.

Oyó la voz de Ignacito requiriendo a María.

—Bueno, tengo que dejarte. Trata de pasarlo bien.

Socorro miró la mesa de su casa con miles de apuntes y libros sobre los generales republicanos y la Guerra Civil. Había tenido que empollar mucho para ese reportaje, porque no tenía ni idea de historia y nunca le había generado ningún tipo de interés. Si necesitaba contextualizar algún tema pedía a los de Cultura el teléfono de algún historiador. Miró en la mesa. Observó el montón de memorias que había comprado en Iberlibro, los tochos de la guerra... «¡Cómo he podido ser tan tonta de creer que podría ganar un premio!», pensó Socorro. Solo le había valido para que la llamaran facha. A ella, a la hija del comunista del pueblo.

Después de desayunar el donut con el café, se fumó un par de cigarrillos y se fue a la redacción. No había mucho trabajo. Tan solo tenía que meter en página un par de reportajes que habían enviado los colaboradores.

Lo que servían en el comedor de *El Matinal* le horrorizaba. Aunque los tabloneros anunciaran platos atractivos, la pesadez y el ardor de estómago eran siempre protagonistas de su digestión, a no ser que se comiera un pisto con huevos fritos o una pasta. Lo mejor era enganchar a alguien para ir al restaurante chino del barrio. No era muy sofisticado, ni siquiera muy asiático, pero sí efectivo en lo alimenticio y muy agradable. A Socorro no le importaba comer sola —lo hacía mucho cuando viajaba para sus reportajes—, pero no quería que su fama de rara y reservada siguiera calando en la redacción. Si María Casares no hubiera estado librando podría haber comido con ella, pero salvo urgencias de la Zarzuela —y todos saben que rara vez los reyes tienen sábados y domingos— nunca le tocaba trabajar los fines de semana. Socorro y María habían sido más o menos amigas cuando esta era apenas una becaria. Los casi veinte años de diferencia entre ellas habían hecho que Socorro fuera durante un tiempo una especie de mentora de María Casares. La había implicado en la investigación sobre el asesinato de Antía Ortiz de la Vega, pero su romance con Ángel Rojo, el jefe de Socorro en el suplemento *Vida*, la había alejado, entre otras cosas porque Socorro no podía tragar a aquel tipo. Pero se pasó de listo y María lo mandó a paseo. Al poco conoció a Ignacito Lequerica, que acababa de llegar de hacer un máster de Periodismo en Berkeley y estaba deseando demostrar en la redacción de *El Matinal* todo lo que había aprendido en aquel posgrado tan caro. María siempre decía que Ignacito era un tipo estupendo —lo era—, humilde —que también— y guapo —quién lo podía negar—, por lo que su condición de hijo del

dueño del periódico no era lo que la había enamorado. Ninguna mujer es tan tonta como para casarse por dinero. Primero se enamora. O se dice a sí misma que se enamora. A los tres meses de empezar a salir, a María la nombraron corresponsal de la Casa Real para sorpresa de todos y de nadie. El ascenso, por vertiginoso, era demasiado descarado, pero las críticas en las redacciones duran un suspiro. María desempeñó su puesto con diligencia y eficacia, salvo las tres semanas libres que pidió para preparar la boda con Ignacito. (Aunque ella decía, condescendiente, que en realidad su boda era trabajo porque asistirían los reyes). Algunos considerarían que quizás María e Ignacito eran demasiado jóvenes para casarse, pero querían disfrutar del matrimonio, de estar juntos antes de tener hijos. Se lo podían permitir, tenían tiempo de sobra. Y dinero.

María Casares había tenido el detalle de hacer a Socorro testigo de su boda y la había sentado en la mesa de los periodistas importantes de *El Matinal*. Llegó a la iglesia con Pincho y Pila Lequerica porque las hermanas habían insistido en que las acompañara. A ellas las sentaron en la mesa presidencial e Ignacio le pidió a su tía Pincho que les dedicara unas palabras como directora de *Juglar*, el suplemento cultural del periódico, pero sobre todo como hermana mayor de su padre. Pincho receló de la petición de su sobrino porque no soportaba ese tipo de «numerazos» sociales, aunque su boda también hubiera sido, como dicen las revistas, «por todo lo alto». La directora de *Juglar* no quería sonar cursi ni solemne. «No te esfuerces demasiado en el discursito. Yo no lo haría. Total, te lo ha pedido para que le dejemos nuestro dinero cuando estiremos la pata», la avisó su hermana Pila. Las hermanas Lequerica tenían solo el 10 por ciento del accionariado de Editasa, la editorial de *El Matinal*, pero eran muy ricas por la herencia que les había dejado su madre y su hermano, tío Alfonso, que vivió y murió

soltero. Además, hacía muy poco habían dado un pelotazo vendiendo una finquita que tenían al lado de Madrid y que acababan de declarar urbanizable. Las Lequerica no tenían hijos, por lo que lo lógico sería que su fabulosa fortuna acabara en manos de Ignacito, su único sobrino, que no solo tenía el prestigio del nombre —la cuarta generación de Ignacio Lequerica al frente de uno de los periódicos más importantes de España— sino también un negocio que de momento nadie sabía reinventar, pese a todo lo que le hubieran contado en Berkeley.

«Hay que cuidar a las tías, que están solas y mayores», le decían a Ignacito sus padres. Por eso el muchacho se reservaba un día a la semana, el día después del cierre semanal de *Juglar*, para comer con Pincho y hablar de lo que pasaba en la redacción. Ignacito lo hacía con gusto porque su tía sabía mucho de periodismo y era de las pocas capaces de analizar *El Matinal* desde la primera hasta la última página. Solía decirle, e Ignacito atendía con interés, que nadie había dado con la tecla para convencer al lector de que tenía que pagar por los periódicos en su versión digital. Al menos al lector que había dejado de serlo o al que todavía no lo era. El que se conformaba con lo que leía en las webs

Claro que la culpa era de los propios diarios. «El pecado original fue dejar que los contenidos fueran gratuitos». Es verdad que se lograban suscripciones y que, aunque pocos, todavía había quien compraba papel en los quioscos que seguían existiendo. Esos ejemplares de la prensa que se mezclaban con bolsos de espejitos o camisetas de Tintín. Su gran conocimiento editorial le hacía pensar que el éxito de las pequeñas editoriales, el mimo que ponían en la selección de títulos, el diseño, la buena traducción y, en general, las cosas bien hechas, se podría trasladar de alguna manera. Que si lo

que se ofrecía era distinto de lo que se daba gratis, se querría pagar por ello.

—Pero, tía, esas editoriales funcionan, las que funcionan, porque las llevan dos personas. Y digo dos como podría decir seis. Y tiran del trabajo externo de colaboradores. Gente a la que no hay que pagar Seguridad Social ni vacaciones. La estructura de *El Matinal* tendría que cambiar. Somos ciento y la madre. Cualquier diario tiene demasiada gente trabajando. ¿Y no querrás que se la eche?

—Claro que no. Quiero que se rentabilice lo que hacen, que tenga sentido. Y, sobre todo, que la excelencia de lo que ofrecemos, y debemos aspirar a ella, sea algo por lo que la gente quiera pagar.

Y no llegaban a ninguna conclusión porque quizás no la había. O si la había era demasiado triste por obvia. Nadie, ninguna empresa, ha sabido trasladar el diseño perfecto del periódico maquetado a internet. El formato de la web malbarataba los artículos.

La boda, después de la ceremonia en Los Jerónimos, se había celebrado en el Santo Mauro por empeño de la propia María, pese a que hubo que invitar a menos gente de la que los padres de Ignacito hubieran querido. No habría cabido, por mucho que se llenaran los jardines de mesas gracias al buen tiempo. No hicieron falta las carpas. En el discurso que Pincho se preparó, además de desear a los novios toda la felicidad de que fueran capaces, también pidió a Ignacito que contribuyera al mejor periódico del que fuera capaz.

—El futuro es vuestro, de los jóvenes. Tomad lo que de bueno tiene la tecnología, la inteligencia artificial y todas esas cosas que a algunos nos asustan, pero también tomad lo que de bueno hemos hecho los de antes. Y los de antes de nosotros. Pero, sobre todo, no dejéis de lado la verdad, seguid desvelando las pequeñas verdades. Esas pequeñas verdades que en el futuro servirán para que las

próximas generaciones vean el gran angular de la historia. Que el negocio, el beneficio o que las cuentas salgan no os cieguen para lo importante, que no es solo defender a los ciudadanos del poder, es contar esas pequeñas verdades.

—Qué pesadita Pincho siempre con el periodismo —susurró María a Ignacito, que le devolvió una mirada sonriente para que no notara que no le había gustado lo que su ya mujer le decía. Sentía un afecto real por sus tías. Le caían mejor que sus padres.

III

A Socorro no le había ido tan bien en *El Matinal* como ella esperaba. Al menos, no tan bien como a María. No solo no se había casado con un tipo que más o menos parecía potable y seguía soltera, sino que tampoco su carrera periodística había progresado como a ella le hubiera gustado.

Recibió el nombramiento de Rojo con pesar y mucho resquemor. Tuvo razón. Una de las primeras decisiones de Ángel como director fue volverla a meter en las ruedas para trabajar los fines de semana, de los que llevaba excluida casi una década porque en realidad trabajaba muchos festivos, cuando viajaba para cubrir algún suceso.

Ya no estaba liberada —así se llamaba a los redactores que no tenían que someterse a las exigentes rutinas del periódico para dedicarse a sus artículos— y además de sacar adelante sus reportajes para preservar viva su firma, debía cumplir con los turnos que le tocaban en la web. Eso no le hubiera importado a los veinticinco, a los treinta, a los treinta y cinco... pero ya pasados los cuarenta sentía que había retrocedido. A ella le gustaba desplazarse adonde estuvieran pasando las cosas, preguntar, investigar y hacer una historia lo más veraz posible. Así lo había hecho hasta que, contra todo pronóstico, Ignacio Lequerica padre nombró a Ángel Rojo director de *El Matinal*. A partir de entonces, Socorro se dio cuenta de que se le habían acabado las libertades y hacer lo que le diera la gana.

Pero la degradación —había perdido gradación, ¿no?— periodística de Socorro coincidía con lo que a ella le parecía el inicio del declive físico propio de su edad.

Ya no tenía toda su carrera por delante para cambiarla ni tampoco estaba en esa plenitud —seguía siendo guapa, pero de otra forma— que permitía a su autoestima sobreponerse a cualquier golpe, porque ya vendrían otras caricias que los compensaran. Nunca pensó que le importaría eso que tanto había escuchado a otras mujeres. Lo de ser invisible a las miradas o a las atenciones que le habían incordiado durante toda su vida. Sola, sin hijos, sin amor ni dinero... Se lo había escuchado a una colega en una situación parecida: mercancía averiada. Sí, las Lequerica también estaban solas, pero estaban forradas.

Socorro echaba de menos poder gestionar el tiempo de sus fines de semana. Siempre le había gustado vagar y ver los partidos del Madrid. Como era muy supersticiosa, tenía su ritual y estaba segura de que si lo cambiaba —usar otra camiseta que no fuera la de Redondo, tomar una cerveza diferente u otra marca de aceitunas— el Madrid perdería. Era una idiotez, pero por ese mismo motivo nunca había querido ver los partidos de Nadal. Estaba convencida de que le daba mala suerte. Ahora, por culpa de Rojo, ya no podía estar todos los fines de semana lejos de la redacción, donde le daba vergüenza evidenciar estas manías. Socorro se estaba empezando a dar cuenta de que la dedicación casi monástica y la desconfianza hacia la profesión no solo le había privado de tener una vida amorosa continuada y reglada, sino que también le había impedido hacer amigos.

En los últimos meses no había logrado que le cuajara ninguna de las historias que había investigado. Le dolió especialmente no poder publicar con nombres el acoso de tres niñas ricas a un chico y a

otras tres alumnas del mismo colegio, cuya dirección se había despreocupado del débil para proteger a los que podrían atraer más alumnos.

Los mensajes al niño se le habían clavado en el alma: «Eres un puto maricón. ¿Sabes que nadie te quiere y esa es la razón por la que estás SOLO, no? Das asco a todos, pero nosotras somos las únicas que te hacemos el favor de decírtelo», era uno de los que las tres arpías —una de ellas hija de unos tipos muy famosos y las otras dos, de dos de las familias más ricas de España— le dejaban al chico en un grupo de mensajes que volvían a crear cada vez que él se intentaba salir. Y más: «Obviamente, no tienes nada que hacer, nadie te invita a nada ni te va a invitar jamás. ¿No te das cuenta? Que te hemos dicho que nos das asco. Haznos un favor a todos y vete de aquí». Y por mucho que el chaval les rogase que lo dejaran en paz y amenazara con chivarse, ellas no cesaban el acoso. «MARICÓN», «GORDA»... Sabían bien que no habría consecuencias por su comportamiento. Eran ricas y famosas y el pobre chico... no.

Sin embargo, y esto enfadaba mucho a Socorro, el acoso al que eran sometidas las niñas era mucho peor, más cruel. Una de ellas se intentó suicidar y a otra que amenazó con denunciar al colegio la expulsaron. Años después los padres de aquellos niños escribieron un correo a Socorro y le dijeron que estaban dispuestos a demandar al colegio por acoso vertical, jerárquico. No lo pudo publicar.

El abogado del periódico fue claro con ella, que por asco estaba deseando publicar los nombres de aquellas tres chicas que ya tenían veinticinco años. «Estos chats son de hace una década y eran menores. No se puede». Aun así, Socorro hizo una buena historia y esperó que, al menos, la hija de los famosos se diera por aludida. Tampoco pudo publicar el nombre del colegio en el que se había producido el acoso porque era al que Ángel Rojo llevaba a sus niños

—ya no tan niños—, Germán y Greta, para que «conocieran a gente». Además de porque era bilingüe, claro.

Por otro lado, estaba la resistencia que ponía Socorro a publicar en la web de *El Matinal* noticias, que, por su experiencia, podían no ser verdad. Una de ellas fue la del llamado enano de la burundanga que tenía aterrorizadas a las jovencitas que se aventuraban por la plaza de España y al que nadie había visto. Por mucho que la periodista insistiera que era imposible drogar a nadie acercando un formulario para firmar salpicado con escopolamina, le hicieron publicar algunos artículos de otros periodistas que filtraban políticos interesados en que cundiera el alarmismo. Y cuando ella exponía sus objeciones, los encargados de internet alegaban que «lo llevaba todo el mundo» y que daba mucho tráfico. Afortunadamente, el público perdió interés en cuanto se cambió enano por persona con acondroplasia por las quejas de las asociaciones.

Lo que Socorro consideraba gatillazos periodísticos no la frustraban tanto como trabajar en la redacción los festivos, aunque también había aprendido a contemplar ciertas posibilidades periodísticas nacidas del conocimiento profundo de cómo funcionaba la web, el tráfico de los usuarios que llegaban a *El Matinal*, aunque ella hubiera preferido que fueran lectores de verdad. Las búsquedas de Google habían sido sustituidas por la inteligencia artificial y el algoritmo que aportaba el tráfico masivo a la web cambiaba constantemente. Se producían pequeños avances —las palabras de moda en los titulares, una maledicencia que picara al lector sin aguijonear...—, pero enseguida el algoritmo, el intermediario, cambiaban las reglas y el interés de los lectores se desvanecía. En cualquier caso, pensaba Socorro, lo que nunca fallaba para lograr grandes cifras de usuarios era tratarlos como idiotas, incultos. Como si no tuvieran ni puta idea de nada. O al menos eso le decían los

encargados de mantenerla al tanto acerca de los temas más buscados en internet.

En parte para resarcirse de lo que consideraba un desdoro para el periodismo —pese a que muchas personas a las que consideraba competentes lo ejercían así—, había aceptado el ofrecimiento de María Casares de firmar el reportaje sobre los hijos de la reconciliación. Además, estaba segura de que por escribir con la mujercita del adjunto al director, el hijo del dueño, colocarían el texto en un lugar destacado de la web —y sería portada del periódico impreso— lo que le daría relevancia y más posibilidades para postularse a premios.

Socorro no sabía por qué le había dado ahora por preocuparse de los premios. Quizás anhelaba el reconocimiento, el prestigio que nunca recibía la crónica de sucesos, un género denostado por el tratamiento mediático sin escrúpulos en el que a veces ella misma participaba como tertuliana en la televisión. Era un buen dinero al que no podía renunciar, aunque siempre trataba de mantenerse alejada de enfoques sensacionalistas. Antonia, su madre, que trabajaba en casa de Pincho y Pila Lequerica y seguía fiel como un perro los criterios de sus señoras, siempre le decía que para qué se enredaba en esos programas. «Ya tienes mi casa. ¿Para qué lo necesitas?». Y después añadía lo que más molestaba a Socorro: «Si además no tienes hijos. Con lo poco que gastas vas a ser la más rica del cementerio». Y eso le dolía aún más.

La periodista aún se lamía las heridas por la decepción que se había llevado con Luis Gordon, el bodeguero casado del que se había enamorado. Nunca había vuelto a saber de él, aunque de vez en cuando le llegaban extractos de su vida a través de la prensa. Lo primero que supo fue en *El Matinal*. Gabriela Cañas, la redactora jefe de crónica social, había deslizado en una de sus columnas que se

había separado de su mujer. Lucía Prado, la consultora que dejó McKinsey para que su marido pudiera abrir una bodega en el Puerto de Santa María, le había dejado ir finalmente. Se lo había contado a Cañas en una exposición de acuarelas que había organizado en Milésima, las bodegas cuya propiedad compartía con su marido tras un acuerdo de divorcio. Luis Gordon había querido ser muy generoso, quizás demasiado, con su exmujer. «Seguimos llevándonos estupendamente por el bien de nuestros hijos. Somos los mejores amigos. Ha sido el clásico desgaste de un matrimonio», había dicho Lucía. Lo que no contaba es que había aguantado sin reproches los engaños de su marido. Incluso aquellos cuernos que le puso con Socorro, la periodista «hija de la muchacha de las Lequerica».

Algunos meses después, un *ranking* ya incluía a Luis entre los solteros más cotizados. En la foto aparecía él, tan moreno y guapo como siempre, con un catavino de Milésima en la mano. La imagen era la misma de cuando habían dado a un vino de su bodega cien puntos en la Guía Parker, la más influyente del mundo. Se le notaba satisfecho, henchido como un pavo, mostrando unos dientes blanquísimos. Socorro escudriñó hasta la última coma de aquel artículo. Notaba ese nudo en el estómago, ese ¿cómo pude haber sido tan imbécil? que provoca el desamor. Por un lado, se alegraba de que al final hubiera dejado a la gilipollas clasista de Lucía, pero al mismo tiempo no quería imaginar aquel trueno que ella había acunado entre sus brazos descargando su electricidad en otra. Ella conocía bien su técnica. Los detalles al inicio, el roce de las palabras, el baile de pasito adelante, pasito atrás que es la seducción y esa furia que solo atempera el deseo consumado. Y luego, a los pocos meses, el pasotismo, los feos, las faltas de delicadeza. Socorro se preguntaba si sería igual con otras que no fueran hijas de

muchacha, que fueran gente bien de toda la vida, como le gustaba sentenciar a él.

Socorro, sí, seguía siendo muy guapa, pero su desarreglo ya no le sentaba tan bien como cuando tenía treinta años. Karl Lagerfeld sostenía que el desaliño y la mediana edad eran incompatibles. Pero se negaba a vestirse de persona adulta. Quizás porque le daba vergüenza intentarlo demasiado, evidenciar que estaba en ese momento en el que la vida iba en serio, mamarrachada que le recordaba a Ángel Rojo, recitador habitual de Gil de Biedma para encamarse con alguna incauta. Otro de sus clichés. Siempre le funcionaban.

A la periodista todas estas estrategias le daban la risa. Quizás porque ella ya tenía años para haber caído en las trampas. O porque ya no los tenía para volver a caer. Luego estaba el asunto de la intimidad, el sexo. El fracaso —él la había estafado— con Luis Gordon le había quitado las ganas de volver a estar con un tío. A no ser que fuera un hombre con dinero que le solucionara la vida y le permitiera hacer lo que le diera la gana. Pero... ¿Un tipo así la querría a ella? Por las cosas que le escribía Oriol Prada en sus artículos lo tenía difícil. Ya no tenía las carnes tan en su sitio como antes, sobre todo el pecho, pero continuaba delgada, se le marcaban los abdominales y tenía las piernas y los brazos fuertes y musculados. Casi como Letizia, otra periodista como ella. La reina era un modelo que a Socorro le gustaba señalar porque era verdad que estaba más guapa que cuando era joven. Y además así cabreaba a Oriol, que se empeñaba en decir que le gustaba demasiado el protagonismo. Era consciente, por otro lado, de que el tiempo (se le) había pasado y que un físico apetitoso había dejado paso a una «madurez espléndida», que dirían en las revistas del corazón. Socorro no sabía qué decir. Ella cambiaría ese esplendor

por volver a tener veinte. Lo mismo, entonces, pasaba de estar con algún hombre y se metía a monja. De alguna manera ya lo había hecho.

El exilio en la página web de *El Matinal* tenía para Socorro algunas ventajas. Se había acostumbrado a empaparse de la prensa internacional gracias a que la inteligencia artificial le permitía sortear que apenas chapurreaba el inglés. Le impresionó mucho el caso de Gisèle Pelicot. La mujer, de setenta y dos años, fue drogada y sedada por su marido, Dominique, desde 2011 hasta 2020 para que decenas de hombres que reclutaba por internet le hicieran todo tipo de tropelías en su propia casa, en su propia cama. El tipo grabó cada uno de los encuentros y cuando la policía inspeccionó su ordenador, porque le habían detenido en los probadores de señoras, encontró cerca de veinte mil archivos de fotografía y vídeo en los que se veía cómo los hombres abusaban de ella, inerte como un saco. Tantos años engañada y tantos años sin sospechar que su marido la ponía a disposición de otros hombres, como si fuera una muñeca de trapo, para que hicieran lo que les apeteciera con su cuerpo.

En Francia también había tenido lugar el caso de Joël Le Scouarnec, un cirujano que aprovechaba que sus pacientes, niños y niñas, estaban anestesiados para violarlos. A raíz de unas denuncias, la policía registró la casa del médico y encontró unos discos duros en los que Le Scouarnec había guardado las cincuenta páginas que escribía al año sobre los casi trescientos niños de los que había abusado. El cirujano tenía un sentido del humor vidrioso. Separaba sus relatos en *vulvette* (vulvitas) y *quéquette* (colitas) y por edades. Por ejemplo, escribía: «Jueves 1 de agosto. 17:30. En mi consulta he acariciado los pequeños pezones y el vientre de una niña de un año y medio, que solo llevaba un pañal. Cuando su madre se ha girado y me ha dado la espalda, he retirado el pañal para ver su pubis.

Desgraciadamente, no he podido quedarme con ella para introducirle los dedos».

A Socorro le sorprendió aún más la historia de un cuarentañero de Lecenay, al norte de Lyon, que desde 2020 a 2024 había violado a treinta y cuatro niños de entre tres y nueve años que iban a su casa a jugar con sus hijos. El caso se destapó porque tres familias habían presentado denuncias por las agresiones sexuales que habían sufrido sus hijos, que por supuesto habían sido documentadas y grabadas para disfrute de otros perversos similares.

Socorro estaba impresionada. Le obsesionaban las violaciones por sumisión química. Este tipo de sedación para abusar nada tenía que ver con la paranoia de los pinchazos que desató aquella histeria colectiva que colapsó urgencias el verano de después de la pandemia. Esto, reflexionaba Socorro, era algo más real y por tanto perverso. ¿Qué tendrían estos hombres en la cabeza? Para sedar así había que trazar un plan, meditarlo, prepararse para grabarlo... Y Socorro se quedaba pensando. ¿A qué respondería este impulso calculado si es que este no era un oxímoron? O quizás era que los instintos más placenteros son los que se satisfacen tras un plan urdido milimétricamente. Se había empezado a leer las memorias de Gisèle Pelicot. Le estaban gustando mucho. Y en ellas estaba cuando le sonó el teléfono y vio que era María Casares. «Te mando una notita que me han pedido que haga en la Zarzuela. Letizia ha asistido a un partido de la selección española de fútbol femenino...». Y ahí Socorro volvía a sentirse amarrada al duro banco de una galera turquesca en el que se había convertido la redacción del periódico.

IV

La penúltima de Rojo había sido un fichaje de campanillas. O eso creía él. Un día conoció en unos premios periodísticos a Nuria Alburquerque, la mujer del arquitecto de moda. No tenía muy claro si era más guapa que rica o más rica que guapa. Y ninguno de los dos aderezos le sobraba. La escuchaba absorto contar que tenía un profesor de filosofía y otro de arte. Y sí, claro que también un entrenador personal. Y un nutricionista. Porque se preocupaba tanto de su cuerpo (no, si eso ya lo veía él) como de su espíritu. Era una versión renovada y refinada de Ágata Lys en *Los santos inocentes* cuando decía lo de «Yo adoooooro la música». También le dijo que la semana siguiente iba a ir a ver a Jenny Saville a su estudio de Oxford. Y que hacía un mes había estado con Ed Ruscha en California. Su marido y ella eran coleccionistas. Ángel Rojo no tenía ni idea de quién era ni una ni otro, pero le pareció interesantísimo. Cuando fue al baño preguntó al ChatGPT. Joder, con la tía. La siguiente vez que habló con ella le preguntó si no querría escribir en *El Matinal*, que le gustaría aprovechar su talento, aunque no supiera cuál era. Así que hacía un tiempo que la guapísima mujer del arquitecto escribía con foto hecha por ella misma sobre esos artistas que no habrían aparecido en el periódico de no ser por haber superado algún récord de venta o para dar noticia de su muerte. No cobraba. A ella le bastaba con ser considerada en el mundo cultural. A los ricos siempre les falta algo. Y Rojo se pavoneaba con las entrevistas, que solía llevar a primera página después de editarlas en

persona. Porque hasta él se daba cuenta de que necesitaban algún arreglillo. También se pavoneaba cuando quedaba con ella a comer en uno de esos restaurantes a los que se va a que te vean.

Ángel Rojo llamó a Socorro a su despacho. «¿Qué querrá este ahora?», se preguntó la periodista, siempre temiendo lo peor. Nada más entrar, Rojo le soltó: «Bolero-Paprika». Socorro se quedó estupefacta. ¿Tenía que responder algo? ¿Era una contraseña? ¿Una clave que desconocía? ¿Se había perdido alguna reunión absurda?

—¿Perdona?

—Bolero-Paprika, Socorrito, una operación importantísima que implicó a los españoles en el exilio francés. En Toulouse. Tanto que sabes de generales del año de María Castaña y ¿no sabes eso?

—Hay tantas cosas que no sé. Y mucho menos qué me quieres decir.

—Estuve ayer comiendo con Nuria Alburquerque. Por lo visto, un tío suyo, una oveja negra de la familia, un rojo, estuvo viviendo allí un tiempo. ¿Tú sabes que Carlos Gardel nació en Toulouse?

—¿El de los tangos?

—Sí. Pero hay discusiones, como con Colón.

Socorro no salía de su perplejidad. Era como si le estuvieran haciendo una cámara oculta. Sería una prueba, pensó.

—Estuvimos hablando de Toulouse, del matemático Fermat, de Le Pétomane, el artista de cabaret cuyos números consistían en flatulencias que dominaba a voluntad...

Ahora sí que Socorro empezó a mirar si había cámaras en algún sitio.

—Pujol, se llamaba Pujol, como el nuestro. Joseph Pujol. Pero bueno, que una cosa nos llevó a otra y acabamos en la operación Bolero-Paprika. Y como eso sí implica a españoles y ahora se leen mucho las piezas que tienen que ver con la república y la guerra, he

pensado que podías hacer un gran reportaje. Te vas a Toulouse; yo lo autorizo. Hablas con quien quede, te vas a los archivos...

—Tampoco hace falta que me digas cómo hacer un reportaje, no soy una becaria. O sea, hago una historia de Paprika...

—Bolero-Paprika.

—Eso.

Socorro lo apuntó en el móvil.

—Vale, me pongo a investigar y te voy diciendo.

—Habla con Viajes ya, organízalo y te vas en cuanto puedas.

La periodista se marchó a su mesa un poco confusa. Es verdad que no había oído hablar de esa operación, pero tenía narices que la mandaran al quinto pino porque la señoritinga esa tuviera impresionado a Rojo. Ya le imaginaba recitándole a Gil de Biedma: «Que el amor no es un vicio privado sino virtud pública, y que quien no ha conocido cuatrocientos cuerpos no sabe lo que es el amor». Seguro que Albuquerque lo escuchaba embelesada y caía en la cuenta de que el poeta, por boca de Ángel Rojo, tenía mucha razón.

V

El triunfo del mediocre es más habitual de lo que podría pensarse. Es lo más natural. El éxito es una fórmula magistral que no excluye la vulgaridad o la simpleza. Lo peor de trabajar, cavilaba Socorro, es hacerlo para alguien que no vale tanto como uno. O una, como era su caso. O que vale mucho menos, aunque eso no sea conveniente decirlo. Pero lo profesional no era el factor más decisivo para llegar a los puestos de mando. Sí lo era ser trepa, tragar, saber alinearse con la tribu dominante, aceptar desempeños humillantes y, sobre todo, saber cuándo es conveniente alzar la voz, siempre en consonancia con la del que manda, pero también callarse ante injusticias, malas decisiones, errores. Los medios no son la única industria que sufre este tipo de disfunción humana. Sin embargo, los periódicos, al ser un producto con altas metas —la verdad, la formación, el contrapoder— y, sobre todo, destinados a las élites, sufren más esa decadencia. Pincho solía resumir que no es la inteligencia artificial lo que matará el periodismo, sino los listillos naturales que medran al calor de los intereses. Aunque sean los de los usuarios que no leen y los de los lectores que no usan.

Como a Pincho le gustaba decir a Socorro, el nombramiento de Ángel Rojo como director era la prueba de que la mediocridad, incluso la ineptitud, puede triunfar si se ve complementada por las necesarias habilidades sociales. Rojo y Socorro nunca se habían llevado bien. En el pasado habían tenido el típico pique entre redactores que se dedican a la misma área, los sucesos, pero

cuando Eduardo García, el antiguo director, lo nombró responsable del suplemento *Vida* y lo puso en la jerarquía por encima de Socorro, la relación terminó de envenenarse. A Socorro le gustaba ir por libre y era muy quisquillosa con los detalles. Rojo, en cambio, era controlador y algo déspota. Sobre todo, con Socorro, a quien miraba un poco por encima del hombro porque consideraba que no tenía tanto mundo como él. Socorro era de Terrinches, un pequeño pueblo de La Mancha, no sabía hablar inglés y no era ni sofisticada ni de buena familia, dos características que Rojo sí valoraba. Por eso tuvo aquel romance con María Casares, su subordinada mucho más joven. «Qué inmenso error», solía decir ella parafraseando sin saberlo a Ricardo de la Cierva en aquel artículo de *El País* sobre Suárez. Por supuesto, también fue invitado a la boda con Ignacito. Incluso lo sentaron en la mesa con Socorro. Era lo normal: tanto María como Ángel sabían que solo habían tenido un lance fallido y lo mejor era olvidarlo y tratarse como si nunca hubiera ocurrido. Además, Ignacio Lequerica padre había querido que su hijo se incorporara a la redacción como director adjunto, un puesto más simbólico que ejecutivo. Pensó que le vendría bien para aprender a tratar a los periodistas, a los que siempre había considerado como una raza aparte. Y para aprender cómo funcionaba *El Matinal*. Ignacito sería algún día el dueño de Editasa y más valía que se familiarizase con ello. Antes del máster en Periodismo se había licenciado en Ingeniería, lo que en opinión de sus padres era una combinación perfecta para seguir la saga familiar. ¿Acaso en *The New York Times* no había ya más ingenieros que periodistas? Y el puesto le permitía hacer relaciones públicas y enterarse de cómo iban las cosas sin someterse a las esclavitudes del periodismo y a sus horarios.

El nombramiento de Ángel Rojo como nuevo director de *El Matinal* fue la excusa para incorporar a Ignacito como su adjunto. Rojo no cabía en sí de satisfacción. Pincho sentenció: «Nunca un mendrugo llegó tan alto ni *El Matinal* tan bajo». Los motivos para deponer a Eduardo García nunca estuvieron claros. Se dice que había intimado demasiado con Enrique Andújar, uno de los mayores anunciantes del periódico, con lo que eso suponía para la línea editorial del periódico. García no puso reparos; había acordado con Lequerica su salida con una buena indemnización económica y una cláusula que lo penalizaba si revelaba detalles del contrato o de asuntos confidenciales del periódico.

Socorro no se dejó vencer por esa comodidad que siempre aporta una dosis de autocompasión y tristeza. Había que planificar su viaje a Francia.

Tenía ganas de volver a la primera línea de la redacción. Y pensaba que perseverar en otro tipo de temas le ayudaría a que Rojo la devolviera a escribir solo de sucesos.

La periodista, que estaba leyendo todo lo relativo a Toulouse y los españoles exiliados allí, miraba el libro *Con la piel de cordero*, de Josele Sánchez. La cara de Santiago Carrillo en la portada. No tenía un cigarro en la mano, como era habitual. Sus manos estaban juntas, como rezando. Aunque no fuera así. A esa «novela documentada históricamente» le había llevado su conversación con el hijo del comunista Enrique Líster, profesor jubilado de la Universidad de Poitiers, para el reportaje por el que la habían llamado blanqueadora del franquismo. Su padre le había contado lo que a él le contó en 1961 el también comunista Vicente Uribe, un purgado del PCE. Era sobre la primera mujer de Carrillo, Chon, Asunción Sánchez Tudela. Había viajado a Francia. Allí dio problemas a Carrillo y al partido, así que decidieron quitársela de encima. Que

la estrangularon y la enterraron en el jardín de la casa de la Pasionaria. Aunque otras versiones decían que el cadáver se enterró en una casa del PCE en Toulouse. El hijo de Líster le dijo que alguien de la ejecutiva del PCE se llevó los papeles del general cuando murió en Madrid, en 1994. Socorro pensaba que era una historia un tanto disparatada, aunque quién sabía. Era capaz de creer cualquier cosa y su contraria si encontraba pruebas.

Carrillo había dado varias versiones de lo que pasó con Chon y su hija, que sí estaba claro que murió; era una niña enferma. Había biografías escritas por otros, reportajes en *Informe Semanal* o sus propias memorias. Lo que el libro que leía Socorro decía es que Carrillo, Chon y la pequeña Aurora abandonaron España el 8 de febrero de 1939 por la frontera de Figueras en un Hispano-Suiza de seis cilindros y se instalaron en el hotel Regina de Toulouse, entonces de lujo. De allí, con Chon y la niña, viajaron a Moscú. En la capital de la URSS se quedaron en el hotel Nacional. De allí se fueron, junto a un camarada, rumbo a La Habana, con escalas en Japón y Nueva York. Y en La Habana falleció la niña. Aunque hay quien sostiene que fue en Moscú. En 1942 partieron hacia México. Viajaron a Buenos Aires y Montevideo. Ese año también fue cuando rompe con Chon. A mediados de 1944 regresaron a Europa, a través de Lisboa, con destino final en París. Y dejó al camarada Luis Cabo Giorla encargado de impedir que Chon lo siguiera a Europa. Pero ella logró escabullirse y se plantó en la casa de la Pasionaria, donde se produjo una discusión. Y ahí fue donde Carrillo la habría estrangulado. Otros camaradas ayudarían a enterrar el cuerpo.

Socorro siguió investigando el asunto por curiosidad. Leyó que Chon y Carrillo estaban separados desde su estancia en América. Que, ya en Europa, él se casó con su secretaria, Carmen Menéndez, en 1949, y ella con un militante comunista, Juan Muñoz Martín, que

había pertenecido al Ejército Rojo. También leyó que el nombre de Chon aparecía en los papeles de la operación Bolero-Paprika y que, en ese momento, cuando el PCE se ilegalizó en Francia, en 1950, se perdió su pista. Según esta teoría, tanto Chon como Juan, formados como operadores de radio, estuvieron relacionados con la inteligencia soviética. Finalmente, huyeron a Cuba y ella murió en 1958, en el mismo país donde su hija Aurora había fallecido años antes.

Ricardo de la Cierva también sostenía esa relación con Muñoz. Y que terminaron marchándose a Cuba.

«Qué *locuriento* todo», pensó Socorro, poniendo los pies en la tierra.

Si Carrillo no había estrangulado a su mujer, si de ahí no podía sacar nada, la operación Bolero-Paprika tampoco estaba tan mal. Era el nombre en clave de la redada policial organizada en 1950 para arrestar, sobre todo en Toulouse, a resistentes extranjeros. Y la Chon viva había estado allí. Esos acontecimientos también le parecían interesantes. Incluso podía adornarlos con la historia del hotel Regina, sobre el que había visto un documental. Pero volviendo a la redada, y aunque pareciera un nombre inventado para la película *Top secret*, que tanto gustaba a Socorro, sobre todo la escena de los objetos de broma, Bolero era por los españoles; Paprika, por los ciudadanos de Europa del Este. En plena Guerra Fría se arrestó a doscientos ochenta y ocho militantes de izquierdas extranjeros que habían combatido en la liberación de Francia. Ciento setenta y siete eran españoles y comunistas, aunque también había algunos socialistas y anarquistas. A Córcega mandaron sesenta y uno, y treinta y dos a las fronteras del este. Antes de la redada, el Gobierno francés de centroizquierda, presidido por René Pleven, había disuelto algunas organizaciones del exilio republicano español (PCE, Partido

Socialista Unificado de Cataluña, Partido Comunista de Euskadi). Si escribía sobre eso no la llamarían blanqueadora del franquismo. Era un reportaje sobre comunistas represaliados.

Estaba empezando a obsesionarse también con esto.

VI

A ninguna mujer le gusta ir al ginecólogo. En las salas de espera es difícil ver rostros relajados, aunque se trate de una visita rutinaria. El compás abierto de las piernas, el espéculo entrando como un cuchillo de plástico en carne picada, la sensación de tener que hablar con un señor que está mirando ahí abajo, porque nadie dice vagina, ni útero, ni mucho menos coño u otros términos más vulgares que suenan tan mal que cuando los pronuncias te dejan la boca llena de hierbas amargas. Las otras visitas (¿estar embarazada o no?) son un trámite distinto. Puede haber estupor, alegría, miedo, histeria, incertidumbre, frustración... toda esta mezcolanza de sensaciones que se tienen cuando la vida (la tuya o la de tu hijo) deja de estar en tus manos. Que el niño venga bien, que no le pase nada, que se dé la vuelta cuando toque, que el ginecólogo no encuentre ningún pólipo, bulto o trastorno preocupante.

La madre de Arri había insistido en que su niña fuera al ginecólogo. No iba desde la última vez que había estado en Murcia y ya le tocaba. Desde la adolescencia había tenido sus desarreglos por alguna cuestión hormonal o porque, eso se veía, Arri comía poco. Solo cuando la miraban. La había acompañado hasta los diecisiete años, pero cuando le tocó ir con la mayoría de edad decidió dejar de hacerlo porque ella así se lo pidió. No hizo preguntas porque ya sabía todas las respuestas. La niña ya viajaba mucho sola y le invitaban a sitios a los que, según ella, debía ir por trabajo. Querría pedir la píldora o alguna cosa de esas. A Arrixaca madre no le

importó. Sabía que la niña era cuidadosa y prudente y que no haría más tonterías que cualquiera. Claro que cualquiera no consigue ser modelo como ella. Y sin ser nada tonta.

Arri no había vuelto a pensar demasiado en aquel día que se levantó sin recordar nada en el castillo de Francia. Lo borró de su mente. Había tonteado mucho con un chico joven, el hijo de un señor importante que era tan guapo que podía ser modelo. Quizás se habían acostado o a lo mejor no. Qué más daba. O a lo mejor había sido uno de esos señores tan interesantes que olían muy bien. No le gustaban tanto, pero como le había oído decir a alguien... en peores garitas había hecho guardia. Lo que sí había decidido era empezar a tener más cuidado con lo que bebía. Debía metabolizar mal el alcohol o tal vez se le había encogido tanto el estómago que enseguida notaba los efectos de la bebida. Le gustaba. Le sentaba bien. La hacía divertida, graciosa, ocurrente... Había leído que la duquesa de Windsor solía repetir que si te invitaban a una cena tenías la obligación de ser ingeniosa y divertida. Sin embargo, nunca se había levantado sin acordarse de lo que había hecho, aunque a veces le gustaría hacerlo. Eran gajes de su oficio. Ser modelo le permitía conocer a gente importante y le fascinaba sentir cómo hombres que parecían duros en los negocios se moldeaban a su gusto como si fueran plastilina.

En ese momento, casualidad, le llegó un mensaje de WhatsApp de Jean-Paul, el amigo fotógrafo gay que la había llevado a aquella fiesta en el campo tras los desfiles. Desde luego, o no se había enterado de que algo le había pasado o lo disimulaba bien. Casi tanto como Arri, que, pese a sus sensaciones y a no acordarse de nada de la noche que había pasado en aquel castillo, debió de comportarse como se esperaba de ella durante todo el tiempo antes de irse a la cama. Debió de ser ruidosa, seductora; debió de reír y,

por supuesto, encandilar a todos los invitados con lo simpática y hermosa que era.

A Arri Martín le quedaba bien cualquier cosa. Era muy alta y delgada y tenía una de esas bellezas incontestables que se crecen en las fotografías. Sabía posar, tener actitud y aptitud, poner cara de antipática, ser accesible, inaccesible. Estar guapa o ser fea sin dejar de ser deseable. Una modelo de verdad, con su dificultad y esa predisposición que va más allá de la belleza.

Jean-Paul le preguntó cómo estaba y le contó que todos en la fiesta se habían preocupado por que se hubiera ido después de comer en un Uber sola, en lugar de volver a París con el resto de los invitados. Ella dijo que se lo había pasado muy bien, aunque... «¿Qué? —preguntó el fotógrafo—. ¿Te pasó algo? ¿Te incomodó alguien?». Y ella, que era muy práctica, dijo que no, que se había emborrachado mucho y que le daba vergüenza. Decidió volver a insistir con una sucesión de tópicos que sabía que eran los que agradarían a su interlocutor. «Me lo pasé fenomenal. Era una gente encantadora. Hacía tiempo que no me había reído tanto». No quería que Jean-Paul creyera que se había sentido molestada por algunos chistes verdes fuera de tono que le había hecho algún invitado, o por o esos cumplidos que cualquier chica joven se ve obligada a aguantar a veces. «Mira, es que el mareo que me dio antes de la cena me dejó muy mal cuerpo y me preocupé. Ya sabes que soy muy aprensiva». Le dijo, además, que, precisamente, estaba en la sala de espera del médico porque su madre había insistido en que debía hacerse una revisión. «Es un poco pesada». El fotógrafo le respondió algo así como que cuando se tiene de hija una flor bella y delicada había que cuidarla. Aunque fuera obligándola.

Se disculpó por lo inoportuno que pudiera resultar el momento de escribirle. Ella le contestó que no pasaba nada. Él le dijo que la

llamaría más tarde para comentarle algo de trabajo. «Son buenas noticias», le anticipó.

La enfermera la llamó por su nombre completo: «Arrixaca Martín». Y ella levantó su uno ochenta de estatura y se encaminó nerviosa hasta la salita. «El doctor la recibirá ahora». Era la primera vez que iba al ginecólogo desde que tenía veintitrés años. Había buscado en Google uno en Madrid que estuviera cerca de su casa. Habría preferido que la tratara una mujer, una doctora, como la de Murcia, pero el nombre del médico le sonaba y además podía ir con su seguro privado. La enfermera le abrió la puerta. El ginecólogo tenía sobre su mesa las fichas que había rellenado durante el ratito que había estado esperando. El «buenos días» fue muy jovial, quizás demasiado natural para el «descúbrase de cintura para abajo y colóquese para la exploración». A Arri le sorprendió que le hablara de usted, aunque prefirió que mantuviera la distancia profesional mientras la exploraba. Lo escuchó moverse en uno de esos taburetes con ruedas que dan vueltas. Se agachó entre sus muslos. Sintió algo; no sabía el qué. ¿Qué mujer sabe lo que pasa por ahí?

—Todo parece normal —dijo el doctor—. Pero...

Arri se puso tensa, sorprendida, porque intuía que el doctor le quería decir algo.

—Mire, no le dé vergüenza lo que voy a preguntarle. ¿Se ha acostado con alguien este fin de semana?

El ginecólogo estaba cortado. Arri trató de ser sincera.

—La verdad es que no lo sé. Podría ser. Si le digo la verdad, no me acuerdo. O no me quiero acordar.

Se echó a reír para tratar de quitarle dramatismo.

—Me quiere decir que no se acuerda de si se acostó con su novio. Bebió demasiado o quizás...

Arri le cortó.

—No tengo novio. Y no es que me haya tomado unas copas de más y no me acuerde de lo que he hecho con un tío. El sábado pasado me levanté con una sensación extraña. No recordaba lo que había pasado la noche anterior y sangraba un poco, pero ya le he dicho que tengo infecciones de orina a menudo.

El ginecólogo volvió a mirarla con más atención.

—A ver, si lo que me cuenta fue hace tres días, estamos a martes, es difícil que le pudiera decir eso con seguridad. Todo presenta el aspecto normal de una persona acostumbrada a tener relaciones sexuales. La vagina es muy elástica y ha pasado tiempo. Sí se ven algunos desgarros, pero nada que me permita afirmar algo con seguridad.

La chica se había dado cuenta de la suerte que había tenido en dar con aquel hombre. Continuó.

—Si tiene alguna duda quizás debería haber tomado NorLevo o algo para evitar...

—El domingo, cuando llegué, me fui a una farmacia de veinticuatro horas y pedí la pastilla del día después por si acaso.

—Señora, ¿quiere que la examine por... —volvió a carraspear—, por detrás? No es mi campo, pero si quiere... que lo mire. A veces pasa que en estado de ebriedad hacemos cosas que no queremos.

Arri se echó a reír. No era de esas.

Se dio la vuelta. De repente sintió que estaba tan nerviosa que no podía reprimirse.

—Pues en este caso también se trata de tejidos elásticos, pero sí que veo algunos hematomas. Muy leves... Es que ha pasado demasiado tiempo.

—Si fue hace tres días...

—Tres días son una eternidad en estos casos. Siento no poder ayudarla más... Puede cubrirse.

Arri se volvió a vestir.

—Por lo demás está perfecta. En unos días le llamarán con los resultados de los análisis y la citología.

—¿Entonces me acosté con alguien?

—Se lo he dicho. Se ve que ha habido actividad normal.

Arri se acordó de otra fiesta en Milán, una semana antes, en la que se había ido a la casa de un tipo.

—Pero ¿está todo bien? Si tiene alguna duda, hay un protocolo que...

—No, no, no. Ya sabe. Una tiene novios en cada puerto.

—Pues tenga cuidado, por Dios, y use protección, que hay hombres muy imprudentes y le pueden pegar cualquier cosa.

Ella rio.

—Gracias, doctor.

Arri pasó por el mostrador de la enfermera para que le devolviera la tarjeta del seguro.

—¿Necesitará otra cita? ¿O ya hablamos cuando tengamos los resultados de los análisis?

Arri asintió, dio las gracias y salió a la calle con premura. La fiesta a la que debía ir aquella noche ya había empezado y ella aún no se había arreglado. Esa era la principal suerte de las guapas y delgadas; cualquier cosa le quedaba bien y sabía que solo tres brochazos y un poco de rímel le bastaban para estar perfecta.

Salió corriendo hacia su casa. Miraba su reloj, nerviosa y poco atenta a con quién se cruzaba por la calle. Una moto tuvo que frenar para no atropellarla. Arri casi se desmayó del susto, pero se recuperó enseguida cuando vio (incluso después del mareo) que el conductor era guapísimo, aunque algo mayor para ella. Iba en esmoquin, pero no parecía tener prisa.

—Oye, deberías tener cuidado y mirar la calle antes de cruzar, pero lo siento.

—Pero si es culpa mía.

—La que se ha llevado el susto has sido tú.

Ella le sonrió como lo hacía para los fotógrafos. En ese momento se dio cuenta de que el tipo la había reconocido. Él le dedicó una sonrisa blanquísima enmarcada en hoyuelos y unas arrugas más joviales que las de la edad.

—Tú eres Arri Martín, ¿no?

Ella asintió tímida.

—Pues justamente iba a una fiesta en la que había pedido que me sentaran a tu lado.

—Pues debes de ser importante porque eso solo lo piden los importantes.

—Pongo los vinos de la fiesta. Soy Luis Gordon, el dueño de Milésima.

—Vaya, no te había reconocido.

Pero no era verdad.

VII

La lectura de los periódicos del día ocupaba a María Teresa «Pincho» Lequerica casi dos horas. Leía todos los nacionales, un par de regionales, *The New York Times*, *Le Figaro* y *The Times*. Los fines de semana les tenía que dedicar más tiempo, por los culturales, los dominicales y, además, también le echaba una hojeada a *The Economist* y *The Atlantic*, por los que había sentido cierta devoción en el pasado. La misma que había sentido por *The New Yorker* hasta que se empezó a sentir culpable por pagar la suscripción y no leerlo.

En web, por supuesto, también miraba *The Daily Mail*, el favorito de su hermana Pilar, Pila. «Al menos es de una familia que siempre ha tenido claro lo que querían sus lectores», solía decir. Aunque finalmente el diario más leído del mundo también hubiera acabado sucumbiendo a cierta crisis que trataban de paliar con suscripciones. Y eso molestaba un poco a Pincho porque sentía que los periódicos podrían desaparecer en el futuro, pero no tanto porque los lectores prefirieran informarse por las redes sociales, sino porque los medios atravesaban una crisis de autoestima al sentirse irrelevantes. O porque, en el fondo, como intuía Socorro, no había suficientes lectores dispuestos a pagar y que de verdad pudieran hacerlos viables económicamente.

Pincho —decía su padre— era de sus hijos la que tenía un mayor instinto periodístico. No solo le gustaba la prensa, sino que comprendía los periódicos desde las páginas de nacional hasta el horóscopo. Como su abuelo. A su hermana Pila nunca le había

interesado el negocio familiar. Ni siquiera cuando era una inversión boyante y de prestigio. Desde un inicio había intuido que para su padre, Ignacio, las mujeres no pintaban nada en las redacciones, y decidió dejarse ir por otros derroteros. Además, la vida de periodista era muy sacrificada y ella prefería pasárselo bien.

Por eso le desesperaba los muchos años que Pincho había dedicado a *El Matinal* para acabar dirigiendo *Juglar*, el suplemento cultural que su padre le había dejado fundar, como si la quisiera compensar por haberla relegado en favor de su hermano Ignacio, más incapaz que ella, pero un hombre. El heredero. Afortunadamente, la madre de las Lequerica les había dejado un patrimonio con la precaución de que su marido no pudiera disponer de un solo céntimo, de una sola peseta de entonces. Ninguna de las Lequerica había tenido hijos. Pila nunca se había casado y Pincho se había quedado viuda al poco de casarse.

Fernando Azcárate era el hombre ideal para una persona como Pincho. Guapo, simpático y hombre de mundo. A ella le disgustaban los jóvenes que se le habían presentado en los pocos años que había estado en el mercado casadero. Los que no eran presuntuosos no eran listos; los que parecían listos también eran prepotentes; había chulos, tontos y arribistas con ganas de cortejar a la mayor de las Lequerica. Fernando no parecía de esos. Era lo suficientemente tímido para no resultar arrollador; lo suficientemente arrollador para no ser parado. Era diplomático y cosmopolita, pero sobre todo tenía curiosidad y ganas de saber, precisamente lo que ella consideraba su principal cualidad. Había logrado medrar en la carrera sin tener que hacer demasiados méritos de cara al régimen. Su padre había sido, como él, diplomático y había conocido así a su madre, una mexicana de origen francés emparentada con Carlos de Beistegui, aunque nunca le hubiese tratado. Sin embargo, aquel nombre había abierto

algunas puertas a Fernandito en sus primeros años en Francia. No le fue difícil con sus credenciales. Era guapo, tenía buena pinta y hablaba muy bien francés, inglés y alemán. También era culto, muy leído y siempre deslumbraba a su interlocutor. Pincho tuvo que esperar a los veinte años para ponerse de largo con su hermana Pila. Su padre, Ignacio, lo habría hecho antes porque no consideraba necesario que sus dos hijas celebraran su mayoría de edad con una sola fiesta. Tío Alfonso, sin embargo, se empeñó en que Pincho esperara a Pila. A Pincho le daba igual, casi prefería la compañía y protección de su hermana pequeña en un tumulto social tan indeseable para ella. Y, pensaba Alfonso, la seriedad de la mayor neutralizaría el apasionamiento de la menor, que ya le había dado algún disgusto a su padre.

En la puesta de largo Pincho conoció al que sería su marido, Fernando Azcárate. Una casualidad que acudiera. Era el sobrino de una amiga de Alfonso que estaba unos días en casa. La invitación la había recibido la tía y Alfonso; sabiendo de la presencia del muchacho en Madrid, le dijo que lo llevara. Así habría hombres jóvenes y guapos. Para sus sobrinas. Pila había querido que Balenciaga les hiciese los vestidos. Al fin y al cabo, el vasco legendario había vuelto para diseñar el que llevó Carmen Martínez-Bordiú en su boda con Alfonso de Borbón el 8 de marzo de 1972. Pero no lo consiguió. A Pincho le daba igual. Le pareció bien que al final fuera Pedro Rodríguez el encargado de confeccionarlos. En aquel primer encuentro en la puesta de largo, que tuvo lugar en el Castellana Hilton, Fernando, que a Pincho le pareció un joven muy atractivo, se presentó, además de como sobrino de su tía, como diplomático en espera de destino. Preguntó a Pincho si el Lequerica ministro de Exteriores de Franco era de la familia. Lo admiraba mucho.

—Es un primo lejano. Al menos eso dice mi tío Alfonso. Pero no tengo muy claro que no se lo haya inventado. Yo no lo llegué a conocer. Tampoco es que lo lamente. Era un poco antisemita.

—Pudo serlo, pero cuando Sanz-Briz tuvo en su poder los documentos sobre los campos de concentración Lequerica estaba recién nombrado ministro de Exteriores y, para que los diplomáticos españoles protegieran y evacuaran a los judíos europeos, mandó un telegrama a Budapest con el fin de que buscaran soluciones.

—Sí, pero primero había que salvar a los sefarditas de nacionalidad española, luego a los de origen español y al final al mayor número posible.

El joven diplomático rio. No se imaginó que esa joven a la que acababa de conocer pudiera rebatirle en uno de sus asuntos más queridos, todo lo que tuviera que ver con la historia de la Segunda Guerra Mundial.

—Tampoco creo que sea malo mirar primero por los españoles. Es lo que hacemos los diplomáticos. ¿Y conoce la historia de cuando contestó a Krushev en Naciones Unidas siendo embajador? De hecho, fue el primer embajador.

—Ahora mismo no caigo.

—Pues el ruso citó en un discurso, sin decir lo que era, la parábola del sembrador. Lequerica, que intervino al día siguiente, vio la oportunidad de sacar los colores a Krushev. Citó sus palabras del diario de sesiones y leyó el Evangelio, demostrando que las palabras eran de san Lucas. Y le dijo que eso demostraba que, bajo la capa superficial del volterianismo de Krushev latía el alma de la Santa Rusia.

—Seguro que el ruso se quedó chafado con el español —ironizó Pincho.

—Pues el cardenal Spellman felicitó a Lequerica con un tarjetón y le agradeció la defensa de la propiedad intelectual de san Lucas.

—¿El que fue arzobispo de Nueva York?

—Sí. Es usted una señorita admirable, estoy seguro de que pocos en este lugar, y menos una mujer, sabría de quién le hablo.

—¿Y entonces para qué me habla de él? ¿Para demostrar su supuesta superioridad intelectual?

—Discúlpeme, no era mi intención.

Por suerte para él, llegó Pila.

—Así que este es el guapo sobrino de doña Casilda. Venga usted, que si se queda con mi hermana se va a perder el baile. Le hablará de libros y esas cosas.

Pincho sintió que se quitaba un peso de encima, pero no le apartó el ojo en toda la velada. Y desde ese día mantuvieron correspondencia. Un año después se casaron y se fueron a vivir a París. Dos años más tarde, Pincho se quedó viuda.

VIII

La llamada con Jean-Paul fue alegre y frívola. Como las que se tienen con compañeros de trabajo que te caen bien. Paradójicamente, divertirse o trabajar suelen propiciar relaciones que luego se entremezclan.

—Quería decirte que el director creativo de una marca muy importante está muy interesado en que hagas unas fotos y unos vídeos para un perfume que van a lanzar.

La modelo se quedó sorprendida.

—¿Cómo me conocen?

—De las fiestas de París. Aunque te acostaste enseguida, en el poco tiempo que estuviste despierta causaste sensación.

—Hombre —dijo Arri, sintiéndose aliviada, pensando que, aunque no se acordaba de lo que había hecho aquella noche, su comportamiento no la había perjudicado. Más bien, al contrario.

Las palabras de Jean-Paul le dieron la razón.

—Y luego les mandé las fotos que te llevo haciendo desde hace años. Y tus redes, claro. Es una buena oportunidad.

A Arri se le terminó de olvidar la mala sensación que tuvo al despertarse en París.

El fotógrafo le preguntó si tenía planes de ir de nuevo a Francia, porque unos amigos iban a celebrar una fiesta en la que estarían los directivos de las principales casas de moda. También muchos fotógrafos y otros invitados forrados que creía que le interesarían. Arri se moría de ganas de contarle lo de Luis Gordon, pero calló

porque sabía que un novio, un amor, podía ser disuasorio para algunas invitaciones. Así que le dijo que por supuesto, que contara con ella y que le mandara los detalles para que pudiera sacarse el billete. Él le respondió: «Ellos invitan a todo. También al vuelo». No se atrevió a preguntarle si Luis la podía acompañar.

La conversación disipó todas las sospechas y miedos de Arri. Quizás solo había sido paranoica. El ginecólogo no observó nada raro tras examinarla.

IX

—Desde que murió don Dalmacio no tengo a nadie con quien hablar.

La orientación del apartamento de las hermanas Lequerica en Madrid propiciaba que la luz de la tarde fuera suave y cálida. Pila no perdonaba el *dry martini* de las 18:30 en invierno. Luego, cuando cambiaban la hora, atrasaba la copita hasta que se hiciera de noche. Tenía la costumbre de llamar a don Dalmacio, conocido de su padre, para despotricar de la modernidad y de cosas como el transhumanismo, concepto que no tenía demasiado claro. Pero desde que el pensador —nadie se habría atrevido a llamarlo politólogo— había muerto, no encontraba a quien escuchar cosas interesantes. Pila nunca había compartido el interés por el periodismo de su hermana. En todo caso, se había liado con los periodistas que había querido, pero tampoco había sido ese un gremio que hubiera trabajado en exclusiva. También había estado con toreros, cantaores, ganaderos... Y, por supuesto, algún empresario —«ricos», decía ella—, pero siempre extranjeros porque había algo que no le convencía de los españoles. «En cuanto los escucho hablar en mi mismo idioma —decía—, me doy cuenta de lo gilipollas que podemos llegar a sonar».

Pila no había ido a la universidad. ¿Para qué? Tenía ganas de vivir y dinero para gastar. Su padre no puso objeciones porque pensó que no le faltarían pretendientes. Su hija pequeña era guapa, lista y ocurrente, quizás demasiado. Era de las que preferían demostrar que tenían razón en las discusiones a ceder por cortesía o por mantener

la paz. Ni con un profesor ni con el rey. Con el rey mucho menos. Era demasiado irónica, con un punto de socarronería, como para reverenciar a nadie. Y menos aún para hacerlo con alguien ante el que debía presentarse literalmente genuflexa. Aunque a él Pila sí que le había tenido de rodillas muchas veces pidiéndole que se le rindiera. Y ella había puesto el *check*, como dice la gente joven.

Pincho siempre reprochaba a su hermana lo que ella consideraba soberbia. «Tú nunca has sabido lo que es tragar y que te mande un mediocre». Y Pila le salía con una respuesta bastante ordinaria sobre lo que tragaba y lo que dejaba de tragar. «Como si tú supieras lo que es trabajar sin ser la hija del dueño. No me vengas con tragaderas».

Y la discusión acababa ahí porque si bien Pincho nunca habría querido que su padre la ayudara en su carrera como periodista, era improbable que hubiera sido nombrada corresponsal en París con poco más de veinte años. Como también lo era que le guardaran la corresponsalía de la Casa Real para cuando decidiera volver de París. Lo hizo viuda, rota de dolor y decidida a centrarse en *El Matinal*, que jugaría un papel importante en la Transición como diario monárquico. Pila siempre pensó que el duelo de su hermana sería ligero y que no tardaría en olvidar a Fernando. Pero los años pasaban y Pincho se encerró en la redacción del periódico como si fuera una de esas viudas que toman los hábitos cuando muere su marido. Nunca abandonaría el luto, aunque abrazara el alivio, y empezó a ejercer el periodismo como un sacerdocio. Como si no le interesara nada más. Le costó convencer a su padre de que *Juglar*, el suplemento cultural que había ideado, encajaría bien en la idiosincrasia de *El Matinal*. Al final, don Ignacio cedió pensando que al menos esa revista cultural serviría para tener a su hija entretenida y que no se metiera en la redacción para los «temas importantes».

Pero para sorpresa de todos, el lector del periódico, clasista cultural, bien informado y crítico, recibió muy bien la propuesta de Pincho. Los viejos nostálgicos del viejo orden sentían que con *Juglar* les volvía a salir pelo y los jóvenes al fin encontraban un suplemento inconformista y rebelde, pero con criterio. Prescriptor. Era la Transición. Hacia 1975 la mayoría de la población lectora no era precisamente moderna. Vizcaíno Casas, Álvaro de la Iglesia, Rafael García Serrano o José María Gironella resistían ante el gran público frente a la nueva literatura. Pero todo estaba cambiando. Carmen Martín Gaité ya había escrito *El cuarto de atrás*. Y estaban Esther Tusquets o Montserrat Roig, autoras a las que Pincho seguía. También a Juan Goytisolo y su *Paisajes después de la batalla*. Todo eso tenía cabida en *Juglar*.

Pila conoció también los entresijos más íntimos de la Transición. Fue novia de algunos de sus prohombres. Le debían de atraer los gestos graves y las gafas con montura de concha. Y aunque tuvo grandes historias de amor —y algún trío como los de Bárbara Rey y Chelo García-Cortés— parecía inmune. Le divertía la caza, el juego y la excitación de las primeras citas, pero se cansaba enseguida de las dependencias y las obligaciones del amor. ¿Y los hijos? Pues debía de ser una de esas mujeres, excepciones en realidad, que no los quieren, aunque siempre había sospechado que el hecho de no haber tenido hijos la había privado de sensaciones que quizás sí querría haber sentido. ¿Cómo sería un amor incondicional? ¿Y la ceguera ante los defectos? Tenía que ser impresionante. Pero enseguida se decía a sí misma: «Imagínate tener que querer a un hijo que te cayera mal. O que no te interesara...». Y esos pensamientos que siempre la habían acompañado hacían que Pila se diera cuenta de que algo le faltaba en la vida. Y enseguida soltaba

una risotada, porque prefería el arrepentimiento de no haber tenido hijos al arrepentimiento de haberlos tenido.

Pincho tampoco había sido madre. Pero a ella sí le apenaba. La muerte de Fernando le había arrancado algo muy hondo. Las ganas de ser. Al menos, al contrario que su hermana, ella podía presumir de haberse enamorado de verdad. Hasta las trancas, como cuentan las canciones y los libros. Tras quedarse viuda, estuvo perdida un tiempo, aunque quiso evitar que nadie, ni siquiera Pila, pudiera darse cuenta. Le dolía por dentro de los huesos, en el esternón. Como si la caja torácica se le hubiera quedado pequeña. Pincho no encontraba refugio de la pena. Tampoco dónde esconderse porque durante el tiempo que habían estado juntos, el mundo había sido Fernando. La playa, el campo, el piso de París, el de Madrid, los libros... la ópera y el *ballet* también le recordaban a él. Quizás por eso —es solo especulación— decidió fundar *Juglar*, que se convertiría en el suplemento cultural de *El Matinal*, a pesar de las reticencias iniciales de su padre Ignacio, que confiaba poco en su hija. «Ya sabes lo que pienso de las mujeres en las redacciones». A Pincho lo que pensara su padre le daba bastante igual.

Juglar era el principal motivo de orgullo de Pincho y había tratado de preservarlo lejos de las garras de la dirección del periódico, que cada año le parecía más vulgar y más alejado de lo que ella consideraba un buen suplemento cultural: independiente, rompedor y que fuera como un crisol de la realidad que invitara al lector a saber más, a preguntarse. Sin embargo, lo que se premiaba ahora eran los clics, las búsquedas, el tráfico —las respuestas, en realidad —... hasta que irrumpió la inteligencia artificial a la que en el periódico todos temían y por la que Pincho sentía una sana curiosidad, auspiciada por el interés de Oriol. La llegada de Ángel Rojo a la dirección del periódico no hizo sino empeorar las cosas. A

medida que los periódicos iban perdiendo influencia, su hermano Ignacio había ido dejando de lado la redacción para centrarse en obtener nuevos ingresos. Mandaba organizar charlas para mujeres, conferencias para jóvenes, congresos de literatura, lo que se llamaba *wellness*. Eran una sucesión de vendedores de crecepelos que hablaban del libro que habían escrito para vender crecepelos... Por suerte, pensaba Pincho, su sobrino Ignacito parecía tener ganas de que la prensa recuperara su prestigio. O al menos tenía ganas de intentarlo. María, la chica con la que se había casado y que las Lequerica habían tratado hacía unos años, era periodista y debía de tener instinto. O al menos lo había demostrado cuando embarcó a Socorro en el reportaje de los descendientes de los combatientes de la Guerra Civil.

Pincho se sentía ya algo cansada de que las dinámicas de *El Matinal* mermaran la calidad, la influencia y, sobre todo, la personalidad de *Juglar*. Ya no sentía las mismas ganas de pelear que cuando era joven, cuando logró imponerse a los prejuicios de su padre con su suplemento. Una mala crítica, aunque justa y certera, a ese escritor tan conocido y con tantos lectores suponía el cabreo de Ángel Rojo y se arriesgaba hasta a que no se lo permitieran publicar. Y eso habría provocado un episodio que le hubiera divertido si Ignacio hubiera sido un poco más como su padre y Ángel Rojo, como alguno de sus predecesores en la dirección del periódico. Estaba agotada porque Rojo solo esgrimía razones políticas y de conveniencia contra los planteamientos editoriales de *Juglar* y eso la cansaba. Quizás, como decía Pila, le pasaba como a los chicos con dinero que se hacen toreros, que ya no veía la necesidad de arrimarse. Las Lequerica habían cogido algunos cientos de millones con la venta de una finca muy cerca de Madrid y pese a que nunca

lo había sentido así, Pincho ya empezaba a estar harta de aguantar la crisis de autoestima de los periodistas. La suya propia.

Su hermana la llamó en ese instante. Quería recordarle que la semana siguiente se instalarían unos días en la finca, en Sologne, de Pierre de Villeneuve, el hijo de Guillaume, un amigo de Fernando que había muerto hacía ya veinte años. Ahora estaba a cargo de la finca y de la fábrica de vajillas que tenía la familia, pero él las había visitado muchas veces en Madrid y le invitaban a cazar todos los años. Y nunca habían dejado de llamarse por teléfono para felicitar la Navidad o los cumpleaños. Tras muchos años demorándolo con excusas, las Lequerica habían aceptado una invitación para pasar dos semanas en La Chênaie, que era el nombre de la finca.

Pincho había acunado a Pierre cuando era un recién nacido. Entonces ella estaba deseando quedarse embarazada. Pensaba que cualquier mes empezaría a notar que ya lo estaba, pero el tiempo pasaba y ella no sentía nada. En algún momento, qué tontería, se le vinieron a la cabeza las palabras yerma, estéril y otras que le sonaban a mujer defectuosa. Y a Lorca. Mientras la tripa de Thrérèse crecía, a Pincho le gustaba apoyarle la mano, aunque en principio le diera impresión, curiosidad... Imaginaba sentir esa misma sensación de piel tensa en su propio cuerpo y notaba cómo esta delimitaba el crecimiento de un niño como si fuera la membrana de un capullo. Se lo contaba a su hermana Pila y ella le ponía una cara rarísima, una mezcla de asco y terror que trataba de disimular con risas, chascarrillos y cotilleos. Hay mujeres que no tienen madera de madre, pero Pincho no era una de ellas. Ansiaba de verdad tener un hijo, incluso sintió una punzada de envidia cuando nació Pierre y sintió su piel frágil. Y luego, cuando murió Fernando, esa envidia se convirtió en algo más peligroso. Siempre lamentó no

tener algo que le permitiese aferrarse a Fernando para evitar pensar en él. El recuerdo es algo irreal y peligroso.

Al principio, Pincho dijo que solo acompañaría a Pila durante un fin de semana a La Chênaie. La situación en el periódico le hacía aumentar cada día su estancia. En cuanto sentía la rabia que produce la impotencia (no poder cambiar las cosas) prolongaba un día más su estancia en Sologne. Y otro. Y otro. «Total, si Alberto sabe lo que tiene que hacer. Para eso es el redactor jefe de *Juglar*. Y, además, estaría bueno que solo a la propietaria se le prohibiera teletrabajar». Y así la maleta de Pincho Lequerica pasó de equipaje de cabina a dos de esos maletones en los que no faltaban libros, cargadores, ordenadores, iPads y un montón de modelitos por si había alguna cena elegante, tenía que pasear por el campo o se veía obligada a acompañar a Pila a algún rececho. Pero a Pincho ir a esa finca, estar con Pierre de Villeneuve, el hijo de Guillaume, le recordaba la época más dolorosa de su vida. Los últimos meses que pasó con su marido antes de que se matara esquiando.

X

El vínculo de Pierre con las Lequerica se había mantenido en parte gracias a que Thérèse, que había tratado a las hermanas durante los años que Pincho estuvo en París, se empeñó en mandar a su hijo a Madrid a que aprendiera español. El joven Pierre se hospedaba en una residencia de curas los primeros veranos, y en pisos compartidos, después. En cualquiera de las dos estancias, fuese cual fuese su situación, nunca desperdiciaba la oportunidad de pasar una sola velada en casa de las Lequerica y, ni mucho menos, un fin de semana en el campo. Las hermanas le adoraban y se sentían muy cómodas con él. Era un tipo noble, de fiar. Nunca se les ocurrió hacerle preguntas indiscretas —ni sobre salidas, entradas o novias— y Pierre encontró en ellas más que un refugio, un cajón bien delimitado en el que custodiar esa parte de él que no quería dar en las noches madrileñas. Con ellas volvía a oler la tierra mojada en lugar del olor a colchoneta de los sitios que frecuentaba. Nunca se había sentido cómodo con su vida. Al principio se sentía culpable. Como todo el mundo en esa época, había tenido una educación demasiado prejuiciosa. Pero con el tiempo comenzó a encontrarse bien consigo mismo.

Pocos se explicaban que un tipo como Guillaume de Villeneuve hubiera podido tener un hijo tan prudente y delicado como Pierre. Guillaume —se hacía llamar Guilhem— Villeneuve había querido integrarse en una intelectualidad urbana que nada tenía que ver con el amor por el campo, la vida provinciana y la caza que su hijo

prefería. Estuvo activo en todos los movimientos que terminaron por apartar a De Gaulle y prepararon la llegada de Mitterrand. ¿Era de izquierdas? Más bien uno de esos intelectuales orgánicos que solo se reconocen en una izquierda cuya superioridad moral les permitía estar por encima de todo. Pertenecía a la burguesía acomodada que se había hecho con París en las tertulias, las universidades y la École Normale Supérieure, por donde habían pasado todos. Los nombres que todavía nos persiguen hoy eran con los que Guilhem de Villeneuve tomaba *armagnac* y otras sustancias. Era un clásico. A los intelectuales, lo había dicho Alain Minc, les encantan las revoluciones de calle y las barricadas. Creen ser sus instigadores, aunque en realidad son sus beneficiarios.

En esos ambientes conoció a Fernando Azcárate, joven español que estudiaba para ser diplomático y que le despertaba curiosidad por guapo e inteligente. Y como, en el fondo, lo que interesaba a ambos era ser ricos, no eruditos, pronto se hicieron inseparables. Los unía un rechazo total a los comunistas de salón y a las posiciones de la Unión Soviética. Ambos ambicionaban la tranquilidad económica que solo les podía llegar por matrimonio. Y así Fernando se casó —enamoradoísimo, eso era verdad— con Pincho, y Guilhem había hecho lo propio con Thérèse, la hija de un fabricante de vajillas de Gien con fincas en Sologne.

Los De Villeneuve no tardaron en tener un hijo, Pierre, que sacó de su padre el físico y la curiosidad. Por lo demás, parecía que por sus venas solo corría la sangre de su abuelo materno, cazador y amante de su terruño. Padre e hijo no se soportaban. Guilhem nunca entendió que Pierre fuera tan poco dado a las diversiones de la ciudad y que le gustara pasar tanto tiempo en La Chênaie, para cazar o para estar con sus perros. También le reprochaba que estuviera tan unido a su madre, una puritana que, en cuanto se

casaron, hizo todo lo posible por apartarle de la vida parisina que le divertía. No fueron un matrimonio feliz, si bien mantuvieron las formas hasta el final de la vida de él. Formas laxas, por llamarlas de algún modo. Dos años después del nacimiento de Pierre no volvieron a dormir en el mismo cuarto.

A partir de entonces, Guilhem se instaló a cuerpo de rey en el piso de la familia en París, aunque seguía pasando un tiempo prudencial en casa de su mujer —la Navidad, las cacerías—, el suficiente para frecuentar ambientes que de otra forma le habrían estado vedados. Pierre no se parecía en nada a su padre. Todos los domingos iba a misa sin ironías ni pantomimas para acompañar a su madre, que era todo lo devota que se podía ser. Les gustaba ir a la iglesia de Saint-Benoît, a media hora de La Chênaie. Les tranquilizaba observar a los monjes.

Thérèse había contado a su hijo las correrías de su padre con prostitutas, queridas y todo el sexo alocado y fuera de orden que en aquellos días no traía consecuencias a las personas con poder. Pocos años después de la muerte de Guilhem estalló el caso Strauss-Kahn. Madre e hijo reconocieron un patrón idéntico: el del sexo que se toma porque uno se cree con derecho. Pierre tampoco se sorprendió por el revuelo que en 2020 suscitó *El Consentimiento*, el libro que Vanessa Springora dedicó a los abusos de Gabriel Matzneff, uno de los intelectuales sacralizados por la izquierda, pese a que había contado en sus diarios sus relaciones con menores. Los tiempos habían cambiado, los chicos se habían hecho mayores y la sociedad ya no garantizaba impunidad a la izquierda cultural. El #MeToo había hecho picadillo ciertos prestigios. Si *Lolita* era una ficción cuestionable, unos diarios sexuales con menores podían condenar a su autor. Ese año la editorial Gallimard retiró los libros de Matzneff publicados en 2019. Pierre ya los había comprado, porque su padre

los había empezado a coleccionar desde que salieron y él quería seguir la costumbre. No había en ellos nada que no se supiera, pero a Pierre no le sorprendió la cancelación.

Lo que le extrañó fue cómo el clima social había hecho que el mismo tipo de personas que habían defendido al intelectual corrieran ahora a destruirlo.

La otra gran diferencia de Pierre con su padre era ser un homosexual muy tradicional, casi católico si pudiera ser católico, que encajaba mal con las fantasías del gremio cultivadas por su padre. Si Pierre se hubiera ido a Filipinas a tirarse a niños, quizás Guilhem hubiera tenido algo —la perversión— en común con su vástago. Sin embargo, Pierre prefería ser muy discreto respecto a su vida y esperó a la muerte de su madre para vivir con Mathieu, un paisajista que cobraba por diseñar un jardín seiscientos mil euros y que tenía encargos por todo el mundo.

La Chênaie fue el lugar elegido por Pincho para pasar las primeras semanas tras el funeral y el entierro de Fernando. Aquello unió a Pincho y Thérèse para siempre. Guilhem había acompañado a la joven viuda de su amigo durante unos días, pero enseguida se quitó de en medio para hacerse cargo de no se sabía qué asuntos.

Para entonces, a Thérèse le empezaba a dar igual. Tenía un hijo recién nacido y un padre que le hacía casi de marido. Luego no hubo más hijos. Un día empezó a sentir un dolor en la pelvis. Las fibras se le tensaban como una cuerda a punto de romperse. Fue al ginecólogo, pero este achacó las molestias al estrés de la joven madre. Más tarde comenzaron los manchados, que fueron atribuidos a las mismas causas. Pasó un año, dos... y aunque el sexo era extraño y, por suerte, infrecuente, ella misma se sorprendía por no volverse a quedar embarazada.

Hasta la década de los ochenta, la clamidia era una enfermedad silente. Lástima que Thérèse no tuviera el talento de Karen Blixen ni una granja en África. Y gracias a Dios, tampoco, la sífilis. La finca de jabalíes y patos y una fábrica de vajillas no resultaban tan literarios. La solución llegaría por una idea de su padre, que entró como socio de un negocio charcutero que hacía salchichones de jabalí y ciervo y otros embutidos, que había conseguido colocar con éxito en Carrefour y otras grandes superficies. Ahora, Pierre se reía con su madre. «Podrías escribir “Yo tenía un salchichón en la Sologne”». A lo que Thérèse, que tenía sentido del humor, siempre decía: «Gracias a Dios, solo vendo los salchichones. Hace años que me quité de comerlos».

—Mamá, por Dios —respondía él muerto de risa.

XI

El feminismo había pasado por la vida de Socorro con la indiferencia que producen las cosas que se dan por hechas. A ella nunca la habían hecho de menos por ser mujer y, si había pasado, tenía la sensación de que era por su culpa: por tímida, por insegura, porque no le merecía la pena molestar... ni molestarse. Estaba claro que sus rarezas no ayudaron. Ni esos complejos que nunca la dejaban de roer por dentro.

¿Era el heteropatriarcado? Los homosexuales tampoco la habían tratado mucho mejor que los hombres que se la querían llevar a la cama. ¿Heteropatriarcado? Los tíos son tíos y la mayoría se lleva mejor con sus iguales. La camaradería estaba reservada a un solo sexo porque no había posibilidad de que aquello acabara en la cama. Y si la había no se hablaba de ello.

Socorro no se llevaba bien con las feministas. Había ido a las manifestaciones del 8 de marzo de 2017 a 2019 por interés periodístico más que como una reivindicación. Sin embargo, pensaba ahora, que de una manera que en aquella época no había sabido explicarse, quizás algunas de esas feministas tenían razón. No en todo, pero tampoco en nada de nada. A medida que se iba haciendo mayor se iba convenciendo de que el feminismo —cualquier feminismo, incluso el que no le gustaba— era necesario. Lo había pensado con la posición de su madre, refugiada de las ventoleras comunistas de su marido en casa de las Lequerica. Y el sistema —los tíos son tíos— tampoco había sido más benévolo con sus señoras,

aunque fueran tan privilegiadas. Pincho había tenido que resignarse y superar la frustración de no ser el heredero varón que relevaría a Ignacio Lequerica al frente de *El Matinal*. Lo haría su hermano, mucho más incapaz que ella, aunque, como Socorro, seguramente también sentiría que no lo había peleado lo suficiente. Eligió la vida cómoda. Podía haberse ido a Estados Unidos, hacer una carrera allí... hablaba perfectamente inglés. Y no quiso. Se casó y prefirió seguir el camino que se le presuponía a una mujer como ella en aquella época. Respecto a Pila... Socorro no sabía qué pensar. Era la única mujer de las que conocía que parecía escapar de todos aquellos patrones y que al mismo tiempo sabía manejar a los hombres. ¿Era ella feminista? No lo parecía.

Tampoco lo había sido Gisèle Pelicot antes de que la convirtieran en un símbolo para las víctimas. Lo que más sorprendió a Socorro de sus memorias era que aún trataba de entender por qué su marido la había drogado para ofrecérsela a medio centenar de desconocidos. En su última audiencia, Dominique declaró que «había querido someter a una mujer insumisa». Recordaba entonces que no había permitido que la grabara mientras se acostaban ni había querido que fueran a un club de intercambios en compañía de otro matrimonio.

El detonante, creía Socorro, había sido otro: mientras el señor Pelicot fracasaba estrepitosamente en todas sus aventuras empresariales, ella progresaba en la carrera que había empezado desde abajo en la compañía de energía en la que trabajaba. Había llegado más alto, tenía mejor sueldo, mejor pensión. Por ella habían podido vivir en una casa buena y cómoda... El señor Pelicot no parecía un ejemplo del heteropatriarcado. Incluso, contaba la autobiografía, se hacía cargo de la casa cuando ella no podía porque tenía que trabajar. Y a lo mejor nunca se lo pudo perdonar. Él reconoció en el juicio que le había hecho eso a su mujer más o

menos porque no podía hacerle eso despierta. Así de simple. Los hombres son hombres y la inmensísima mayoría no son unos indeseables. ¿Por qué quisieron violar a la señora Pelicot esos chicos que podían haber sido sus hijos? Porque habían podido. ¿Y todo era una cuestión de poder? ¿De poder hacerlo?

Intercambiaba sus opiniones por mail con Oriol, un periodista muy conocido de las Lequerica que le recomendó leer —«ilústrate, ceporra»— un ensayo muy escandaloso que habían publicado Randy Thornhill y Craig T. Palmer llamado *Una historia natural de la violación. Bases biológicas de la coerción sexual*. «Al final te darás cuenta de que no es cosa de estructuras de poder sino de sexo. De biología. De que los hombres quieren inseminar a cuantas más mejor y de que la violación no es sino una estrategia reproductiva más». La periodista buscó un ejemplar en IberLibro. No lo encontró en español. Vio uno en inglés que costaba veinticinco dólares, dudó un momento, y lo pidió. Socorro pensaba que, salvo en alguna ocasión (ese maldito Luis Gordon), nunca había follado para perpetuar su estirpe. ¿Era eso lo que pensaban los hombres? ¿Y los homosexuales? ¿Y los violadores de ancianas? ¿Los pederastas? Ella lo veía más como una cuestión de sexo. De que ellos siempre tenían más ganas. Retomó su argumento. Violaban porque no podían tener sexo de otra manera. Pelicot había dormido a su mujer porque así podía hacerle lo que ella no le dejaba.

Ese mismo día, Socorro leyó que Tariq Ramadan había sido condenado por violar a tres mujeres. El egipcio, nieto del fundador de Hermanos Musulmanes, se había convertido en uno de los conferenciantes predilectos para explicar el islam político en Europa. Y la izquierda lo había defendido —«islamofobia»—. Él había reconocido serle infiel a su mujer y que las denunciantes habían consentido por su carisma y esas cosas. También él había podido.

XII

Las noches en Madrid son propicias para los inicios del amor. Sobre todo cuando una de las partes trata de no precipitarse en la decadencia y la otra puede permitirse vivir lo que sea porque tiene toda la vida por delante para rectificar. La diferencia de edad con Arri no le parecía a Luis Gordon un problema. ¿Cómo iba a parecérselo si era una gozada verla caminar, dormir, f...? Eso no lo dice un señor, que era lo que se consideraba el bodeguero. A Arri la deseaba, sí, pero también tenía ganas de achucharla, comérsela a besos, olisquearla como si fuera un cachorro... Estaba llena de vida, de ilusión.

La visión de Arri era otra. Luis podía considerarse un tipo perfecto con el que entrar y salir. Era divertido, ingenioso, cosmopolita..., pero con el encanto del que sabe de campo y de otras cosas. Y lo mejor de todo es que le conocía todo el mundo, que es mucho mejor que conocer a todo el mundo. Además, quedaban bien juntos. La donosura clásica de Luis iba con sus hechuras de modelo. Y había pocos hombres que aguantaran con dignidad su 1,80 de estatura.

El encuentro con Luis era lo único bueno que le pasó aquel día que había ido al ginecólogo. Prefería no pensar demasiado en ello. Además, las llamadas de Jean Paul y sus invitaciones le habían hecho descartar que la hubiesen violado. Quizás, se decía, son solo invenciones y paranoias lógicas tras muchos meses leyendo también sobre el caso de Gisèle Pelicot. ¿Será posible que alguien te drogara

para abusar de ti? El ginecólogo había sido claro, pero ella, aunque se esforzara, no conseguía acordarse.

El ginecólogo de Pelicot no había podido sospechar nada. Y lo único que se le ocurrió para justificar sus letargos y los espacios blancos de su memoria fue convencerse de que tenía un tumor cerebral. O alzhéimer.

Arri solo pensaba que había comido poco y bebido mucho en la cena. Y volvía a aquella noche fundida en negro y la congoja de la mañana. El resacón y la vergüenza.

El entusiasmo de Luis la sacaba entonces de su ensimismamiento. Le decía «niña» y la invitaba a entrar, salir, quererle. A veces ella se preguntaba cómo Luis podía ser tan alegre, tener tantas ganas de hacer y deshacer, de trabajar. Estaba ilusionado como un niño con Arri. Cuando un hombre maduro entra en contacto con un cuerpo joven se siente automáticamente revitalizado. Y la modelo parecía no percatarse de la diferencia de edad. No se iba a reír de él, como en una canción de Rocío Jurado. A veces se preguntaba si él tomaba Viagra o alguna de esas cositas con las que se ayudan los hombres, incluso los más jóvenes. Pero le daba pudor. ¿Y si se ofendía? Podría considerarlo una afrenta a su hombría. Nunca se sabía con él, aunque sospechaba que se lo tomaría como una chufra y se reirían juntos. A la modelo tampoco le interesaba lo que hiciera si la hacía feliz. Luis Gordon le daba todo lo que pedía y necesitaba. La llevaba a fiestas, la sacaban en las revistas...

Sin embargo, otra vez, pese a lo bien que estaba, no podía evitar volver a aquella noche en París. Enseguida le quitaba importancia. No habría sido la primera vez que se acostaba con alguien borracha o que consintiera porque pensara que podría venirle bien para

conseguir que la llamaran para alguna campaña. Era la vida de una modelo.

Se preguntaba si había estado bien aceptar la invitación a otra fiesta de Jean-Paul, con el que siempre había hecho buenas migas. Se celebraría en un castillo cercano al Loira. A Arri le divertía moverse entre gente rica y poderosa. Y allí irían personas con mucha influencia, le había dicho Jean-Paul. De momento, nadie le había llamado para ofrecerle algún trabajo interesante o un plan divertido que tuviera que anteponer a aquella invitación. Aún no se lo había comentado a Luis, pero sabía que a él no le gustaría que fuera sola. Sobre todo porque le había contado que algo no había ido bien en aquella fiesta en Francia. Sin detalles.

XIII

Los estudios de Kahneman y Deaton sostienen que la felicidad está directamente relacionada con los ingresos económicos. La curva de la felicidad no es esa barriga de la que hablan los medios, sino la que, según aporta Killingsworth, crece con el aumento de las rentas y el patrimonio. Las conclusiones parecen lógicas, y a las Lequerica les parecía que el nivel de felicidad aumentaba exponencialmente cuando uno se podía permitir viajar en avión privado. En un aeropuerto, le decía Pila a Pincho, como en los juzgados y en los hospitales, el humano pasa de ser ciudadano a otra cosa más gregaria y menos singular, a perder sus derechos. Por eso, cuando llegaron a un trato con la Universidad Douleia por Las Seguidillas, la finca que tenían al lado de Madrid, decidieron que ya podían permitirse viajar en avión privado. Lo habrían podido hacer antes, pero cierta prudencia se lo había desaconsejado.

—Como dice nuestro médico, Pedro, el sudario no tiene bolsillos, así que vamos a pulirnos el dinero porque mejor que nos lo gastemos nosotras que la otra opción.

La otra opción era uno de los tabúes entre las dos hermanas. Su presunto heredero era Ignacito Lequerica, el hijo de su hermanastro y su mujer, Lilian, a quien tampoco tenían demasiada simpatía. Además, pensaban en el disgusto que se habría llevado su madre si se enterara de que su dinero y el de su hermano Alfonso hubiera acabado en el nieto de Arianne Bernard, la mujer por la que su marido la había abandonado.

Pincho no tuvo más remedio que confesar que estaba de acuerdo.

—A mí me parece estupendo ir en avión privado. Así nos podemos llevar a algún perro. ¿Ya sabes dónde tenemos que aterrizar?

—Pierre me ha dicho que en Orleans. Luego le pido a José Mari que se entere de cuánto cuesta el avión para nosotras, las maletas y los perros.

—¿No nos llevamos a Antonia?

Pila chasqueó la lengua.

—Me parece que es un abuso llevarla a Sologne. ¡Qué va a pensar Pierre! Además, así se coge unos días de vacaciones, que lleva años sin querer hacerlo. Y aprovecha para estar un poco con su hija. Por lo que me cuentas, Socorro lo está pasando mal en el periódico.

—Sí, pero lo que no sé es lo que pensará Antonia de quedarse. Ya sabes lo tozuda que se pone.

—No pareces tú con lo de que nos llevemos a Antonia, como si fuera una maleta.

—Has dicho «nosotras, las maletas y los perros». En ese «nosotras» está incluida Antonia. No interpretes lo que no he dicho. Y al final será ella la que decida si viene o no.

José Mari, el administrador de las Lequerica, les comunicó que el vuelo en avión privado a Orleans salía por unos doce mil euros. A las hermanas les pareció bien.

—Para que se lo gaste Ignacito con María Casares...

Pincho asintió. Tenía sentimientos encontrados con el hijo de su hermanastro. Era de lo poco del periódico que le hacía mantener la esperanza en la supervivencia de *El Matinal*.

XIV

María Casares era demasiado lista para no darse cuenta de que Ignacito no resultaba tan buen partido como imaginaban quienes no conocían las cuentas de Ignacio Lequerica y la situación económica de *El Matinal*. El periódico ya no era el boyante negocio que había llegado a ser y no reportaba casi beneficios que permitieran a la familia de Ignacio Lequerica vivir como habían estado acostumbrados. Por supuesto, gastaban mucho y mantenían sus casas, el servicio y las salidas, pero ya no usaban un barco como el que había tenido su padre cuando conoció a Arianne. Ni tampoco podían comprarse todos los coches que les apetecían. Ignacio padre ya había salido escarmentado de la única ocasión en que le había sido infiel a Lilian. Tener una amante en condiciones, como hiciera su padre, era carísimo. Por otro lado, la entrada en el capital de Editasa de Timanfaya, un grupo de prensa regional, privó a Ignacio de poder apuntar gastos personales en las cuentas de *El Matinal*, una práctica de la que su padre había abusado y que había dañado la caja del periódico. Eran otros tiempos. Ya nadie veía bien que se contabilizara como gastos del presidente las cenas o un abrigo de visón para la novia.

La única esperanza de los Lequerica —y, por ende, de María Casares— para poder sacar un poco de lustre a los viejos galones eran sus tías Pincho y Pila, inmensamente ricas y sin hijos. Por eso María insistía a su marido en que tratara de ganarse a Pincho.

—Y por favor, que dejen de llamarte Ignacito, que parece que eres un niño y no una persona con criterio.

Y él se reía porque sabía que su mujer, aunque él no estuviera de acuerdo, solía tener razón.

XV

Pila decidió al final pedir un avión para tres pasajeros con sus maletas. Las dos hermanas no podían concebir la vida sin Antonia y a ella también se le caía la casa encima cuando no estaban las señoras. Se había acostumbrado a ser su sombra y a vivir pensando en cuáles serían sus siguientes pasos. Anticipaba sus deseos, pero también conocía sus manías y debilidades. Se había hecho indispensable para que la vida de Pincho y Pila fuera más fácil.

Antonia pensaba a veces que su hija, Socorro, tenía razón cuando le reprochaba que había dejado de vivir por trabajar con las Lequerica. O servir las. Porque les servía para que estuvieran bien, aunque ella no lo estuviera tanto. Pero nunca se quejaba. Y estaba segura de que, si lo necesitaba, Pincho y Pila, «las señoras», se desvivirían por ella. Por eso, para no molestarlas, o para que no la incordiaran, una tarde que no se encontraba bien (y llevaba varios días así) fue a urgencias. La enviaron a su médico de cabecera, que le mandó hacerse varias pruebas. De momento, análisis, una ecografía y una colonoscopia. Se había empadronado en la casa de las Lequerica en el barrio de Salamanca y podía escabullirse para acudir a las citas cerca sin que nadie, salvo Nelson y Marina, que se veían obligados a relevarla, se percatara de su ausencia. Pero no le dieron cita hasta dentro de un mes, así que se fue tranquila. Ya se preocuparía más adelante si era necesario. Era dura. Solo se tuvo que hacer el análisis la misma mañana en la que salían para Francia. Cogió por su cuenta un taxi. Prefería pagar el taxi que decir a Pincho

y Pila dónde estaba y por qué no iba con ellas desde el principio. Les contó que tenía que ir acompañada de su hija al notario por un asunto relacionado con unos olivos en Terrinches.

Antonia llegó a Torrejón a tiempo. Las señoras aguardaban en la sala de espera en la que solo había otro señor con gafas de sol y un abrigo negro. Llevaba un pequeño *jack russell* que enseguida se enceló con los dos *teckels* que habían elegido las Lequerica. Los tres perros empezaron a ladrarse como locos. Soja y Habichuela, Habita, habían sustituido a Oli y a Buga. Los dos perros habían muerto de viejos en sus camitas en la finca de Terrinches de las Lequerica y ahora eran las dos mimadas de las hermanas. Se las llevaban a todos lados y dejaban al resto de la rehalita, como llamaban a los *teckels* de las Lequerica, en el campo.

Las perras eran hermanas, como Pincho y Pila, una marrón y otra negra —«como nosotras», decía Pila—, y todavía no habían adquirido la seriedad de los perros mayores. El revuelo que organizaron Habita y Soja con el *jack russell* empezó a poner nerviosa a Pila. Le pidió a Antonia que tranquilizara a los perros, pero ella no la escuchó.

—Antonia —insistió con la voz algo crispada. Ella reaccionó entonces sorprendida porque, aunque conocía los arranques de carácter de Pila, rara vez se le escapaban.

—Perdón, doña Pila. —Y alargó la mano para acariciar a uno de los perros, que como no necesitaba ir en el transportín, iba en el regazo de la señora. Casi siempre llevaba alguna cosa para darles, pero esta vez, con las prisas por tener que ir al médico, se le había olvidado.

—Estás como ida. A ver qué te está metiendo ahora en la cabeza tu hija.

Antonia se encogió de hombros y sonrió. A Socorro le había dicho que se iba de viaje, pero no le había querido especificar dónde.

XVI

Había un vuelo diario de Madrid a Toulouse. Solía despegar, si no había retraso, a las cuatro menos veinte de la tarde. Luego había otros dependiendo del día de la semana. Ángel Rojo insistió en ser él quien firmara todos los gastos y viajes de Socorro. No era una labor propia de un director, pero así lo había ordenado. Cuando las secretarías le remitieron el presupuesto del viaje para investigar la operación Bolero-Paprika, aunque ella también llevaba en su cabeza la disparatada historia de la mujer asesinada de Carrillo, no puso objeción alguna. «¿Y vas a poder hacer tus turnos en los fines de semana?». Que el reportaje hubiera sido idea suya no implicaba que dejara de portarse como un tirano bobo. Socorro le respondió que por eso precisamente había propuesto viajar un lunes y quedarse en Toulouse unos días.

—Los hoteles son de tres estrellas —dijo ella.

Rojo aprobó la previsión de gastos porque quería tener tema de conversación la próxima vez que se encontrara con Nuria Alburquerque.

—Elige bien los días en los que viajas para no perjudicar las rotaciones de tus compañeros con tus ausencias.

Como si no hubiera escuchado nada, la periodista salió con pocas ganas del despacho, salvo las de darle un puñetazo a Rojo. La operación Bolero-Paprika no le interesaba demasiado. Lo que le habría gustado era viajar a Francia para seguir, como los dos

corresponsales que ya estaban allí, los casos de violación por sumisión química. O algún suceso.

Pero a Socorro le apetecía hacer aquel viaje. No le contó al director que, además del encargo, tenía planeado seguir los pasos de Chon hasta que se fue a Cuba y lograr una foto de su tumba, si es que existía. Quizás, si ese reportaje lo firmaba con María Casares, tendría más futuro. Decidió proponérselo medio en serio, medio en broma. Se lo debía por «Los hijos de la reconciliación».

Estaban tomando una ensalada de aguacate y salmón en el chino cuando se lo propuso.

—¿Te apuntas? A ti, por estar casada con Ignacito, no te va a decir que no.

Había decidido ser tan sincera con María como lo había sido cuando la conoció.

—Llámale Ignacio, por favor. ¿No te parece que no queda serio para el futuro presidente de Editasa?

Socorro no dijo nada. Prefirió dejarla hablar. María sacó su teléfono y abrió la aplicación de calendario. Chasqueó la lengua.

—Esos días creo que me coinciden con unos actos de la reina.

—¿Qué actos? Seguro que lo pueden hacer con algún teletipo. Podemos volver a firmar una historia juntas. Tú te quedaste muy contenta con el reportaje de los hijos de los generales.

—Ya sabes, Socorro, que la información de la Casa Real es muy delicada y les gusta que vayamos los de confianza. Por otro lado...

Socorro no pudo contener la aspereza.

—Dime.

A María se le notaba un poco incómoda.

—Es que no sé si merece la pena un tema que no tiene actualidad. Además...

A Socorro se le ocurrían muchas respuestas como la pertinencia de que un periódico sirva para descubrir historias desconocidas. La dejó continuar.

—Además, que la historia de la operación Bolero-Paprika es un poco aburrida. ¿Cómo dices que se le ocurrió a Ángel?

Y Socorro prefirió no decir nada. María siguió hablando.

—No entiendo por qué me propones esto. Creo que lo que te pasa es que llevas trabajando demasiados días seguidos. ¿Te acuerdas de lo agobiada que estaba mi primer verano trabajando? Casi nunca libraba.

—Eras becaria.

—Ya... ¡Qué tonta no haberme quejado entonces! ¿Verdad?

Socorro no dijo nada a la «mujer del futuro presidente del periódico».

—Creo que tienes razón. Necesito unas vacaciones. Pero primero tengo que hacer lo del rollo del bolero.

Volvieron a la redacción después de comer. Lo primero que hizo Socorro cuando llegó fue mirar los cuadrantes de libranzas y, cuando vio que casi nadie estaría fuera de la redacción esos días, escribió a sus jefes para explicarles que por petición expresa del director, se iba a Francia a investigar la operación Bolero-Paprika, un asunto tan olvidado como ella. Se quedó unos segundos mirando la pantalla. Parecía que a nadie le importaba si estaba o no en el periódico. En cuanto recibió la lacónica respuesta —«ok»— de Pepe, el jefe de Nacional, se sacó el billete a Toulouse. «Operación Socorro-Paprika», apuntó en la carpeta en la que guardaría los documentos relativos a su investigación. Había decidido que aquella historia sería interesante. Ella haría que lo fuese.

XVII

El vuelo a Orleans duraba unas dos horas. Antonia aceptó el champán que le ofreció la azafata que las atendía.

—Tómate una copita, que para eso nos hemos gastado este dineral —la había convencido Pila mientras al mismo tiempo le acercaba unos sandwichitos.

—Como siempre, el mejor es el de jamón y queso. Eso nunca falla —insistió Pincho, que también se animó a beber. Estaba nerviosa. No había vuelto a La Chênaie desde la muerte de Fernando.

En aquella época, el joven matrimonio viajaba sin cesar, aunque pasaba la mayor parte del tiempo en París, desde donde Pincho mandaba sus entrevistas y crónicas. Para Fernando y Pincho, para cualquiera, aquel París era otro mundo respecto a la España de Franco, pese a que el país estaba en la fase final del régimen, que había pasado de los años de hierro al desarrollismo. Se atisbaba ya el final del franquismo. Pincho escribió mucho. Entre otras historias, las consecuencias de la crisis del petróleo y la muerte de Pompidou, que dio paso a las elecciones que Giscard ganó a Mitterrand.

Sus últimos reportajes antes del accidente de Fernando fueron sobre la legalización del aborto, lo que le permitió tratar de cerca a Simone Veil. Fue precisamente Giscard, a quien había conocido en una cacería en La Chênaie, quien lo había hecho posible. El presidente había empezado a organizar las cacerías en Chambord, el pabellón de caza de Francisco I, en el Loira, el 3 de noviembre de

1974, seis meses después de la muerte de Pompidou y cinco después de ganar a los socialistas. Tenía cierta lógica porque ni De Gaulle ni Pompidou le habían invitado a sus cacerías presidenciales y Giscard era un apasionado de la caza, como lo era de la historia, de la estética, de la música. «Giscard —solía decir Pincho— podía haber sido cualquier cosa. Ahora cualquier cosa puede ser político». Sin embargo, Pila apostillaba: «Pues anda que no dejó que los de la ETA se nos escaparan». Y eso que Giscard siempre había prestado una atención muy especial a Pila. Como se la prestaba a cualquier mujer guapa. De Brigitte Bardot a Lady Di. Pincho lo disculpaba como hacía siempre con los deslices de otros hombres que admiraba. Quién podía resistirse a estar rodeado de belleza. Y eso lo consideraba como un halago a su hermana que, pese a sus críticas a Giscard, le había invitado a cazar perdices en El Lanchar hasta pocos años antes de su muerte en 2020. Como expresidente le daban tratamiento de jefe de Estado —se le llamaba siempre *Monsieur le Président*, aunque Mitterrand lo hubiera largado dos décadas antes— y lo colocaban en los mejores puestos de la línea. Incluso lo llegaban a sacar del sorteo para que nadie dudara de la consideración especial que las hermanas Lequerica daban a *Monsieur le Président*.

Pila había estado varias veces en Chambord acompañando a algunos amigos importantes que Giscard convidaba. Incluso alguna vez la invitó a cazar, propuesta que aceptó y de la que salió airoso porque la menor de las Lequerica era una de las mejores escopetas de Europa.

En aquellas ocasiones, Pila había volado a París y luego había ido en coche a Chambord, que estaba a cuarenta minutos de La Chênaie, la finca de Pierre de Villeneuve.

—Volar a Orleans es tan cómodo. Y luego solo una horita hasta la finca —dijo Pila cuando el piloto anunció que iban a aterrizar.

Su hermana asintió.

—El gasto merece la pena. Y, además, como dices tú, mejor que disfrutemos nosotras, aunque Ignacito, ya te lo he dicho, es un buen chico.

Pincho siempre defendía a su sobrino. Las comidas de los dos en el periódico habían hecho que se encariñara con él. Lo veía con tanta simpatía que le hacía olvidar que era nieto de la mujer que les había hecho la vida imposible cuando eran niñas. Pila era más inflexible.

—Puede ser todo lo buen chico que quieras, pero yo prefiero echar mi dinero a la lumbre antes de pensar que se lo va a quedar Lilian o incluso Arianne si nos sobrevive. Porque será más vieja que Carracuca, pero ya sabes.

—¿Que mala hierba nunca muere?

—Y esa se ha amojamado. Está ahí, tiesa y mandando al bobo de tu hermano.

Pincho no le podía replicar nada a su hermana. Sabía que tenía razón.

Los trámites en los aeropuertos con avión privado son más dulces que si vuelas en comercial. Tan solo necesitaron unos diez minutos para pasar la seguridad y enseguida se pudieron reunir con un conductor que las esperaba en la salida. Iba en un Peugeot 407. Pierre de Villeneuve era de los que siempre tenía coches franceses, aunque luego en el campo no renunciara a los británicos y los japoneses. De todas maneras, alguna vez, cuando iba de caza todavía se dejaba ver conduciendo un Peugeot 504 Dangel, una antigualla que iba bien a la francesidad de la que a Pierre siempre le gustaba presumir. Precisamente ese era el que tenía aparcado en la puerta de la casa cuando Pincho, Pila y Antonia llegaron a La Chênaie.

Pierre estaba ahí, con su rubia, ya con muchas canas, y reluciente cabellera y el jersey de cachemira verde oscuro manchado de barro. Los labradores negros que le acompañaban se lanzaron a saludar a Pila y Pincho, pero los dos *teckels* que se habían llevado las hermanas desde Madrid empezaron a ladrar. Antonia los acariciaba. Enseguida se hicieron con el lugar.

A la casa de los Villeneuve en Sologne se la llamaba *château*, aunque era más bien una casa buena y grande. Una construcción típica del siglo XIX con sus vigas vistas y los ladrillos propios de la región. La madre de Pierre la había decorado muy bien y había incluido los trofeos que habían cazado su hijo y su padre alrededor del mundo.

—Impresionante —dijeron las dos hermanas mientras pasaban por delante de las cabezas de varios carneros que, según les contaba Pierre, había matado en Uzbekistán. Luego estaba la parte de animales de África, un oso polar sobre sus dos patas traseras...

Los cuartos de Pila y Pincho estaban en la segunda planta. El de Antonia en la tercera. Afortunadamente, a ella también le subieron el equipaje. Le faltaba el aire.

XVIII

En el vuelo a Toulouse, Socorro se entretuvo releendo los recortes de prensa de casos que le interesaban más que la operación Bolero-Paprika.

Se guardaba muchas veces los artículos que leía en otros medios. Sobre todo si le valían para alguna de sus investigaciones. Ella los seguía llamando recortes aunque en realidad eran fotos y capturas de pantalla de las que se olvidaba a los pocos meses. Por una página de los domingos de Rosa Montero en *El País Semanal* supo de la existencia de lo que la CNN había llamado la Global Rape Academy, en la que habían incluido una web llamada motherless.com (sinmadre.com), que recibía más de sesenta y dos millones de visitas al mes y en la que había más de veinte mil vídeos con la etiqueta «*sleep*» (dormir). Aparecían hombres levantando los párpados de sus mujeres para demostrar que estaban narcotizadas. Hablaba de un tío que mandaba una droga desde Ceuta a cualquier parte del mundo. Se lo apuntó para buscarla. El dato, no la droga. «Tu mujer no sentirá ni se acordará de nada», decían en los chats de Telegram donde se intercambiaban consejos. En Italia, seguía Montero, había una web llamada miamoglie.com (mi mujer) en la que los maridos intercambiaban fotos de sus señoras desnudas. Algunos párrafos de Montero hacían reflexionar a Socorro: «Son hombres normales, casados, con hijos, que encienden barbacoas, ven *Masterchef* con la parienta al lado... Y por las noches cometen estas brutalidades con la misma normalidad. Eso es lo aterrador. Que

les parece natural lo que están haciendo. Son muchos, muchísimos. Quizás tu vecino. Y son violadores sin remordimientos». Apelaba entonces a los hombres de corazón blanco...

Socorro pensó que nunca había estado con uno que no lo tuviera. Otra cosa es que se hubiese enamorado de golfos que le habían tomado el pelo, que le habían chuleado, que no la habían respetado del todo. Consideró entonces que ella también se había portado mal con alguno que otro. Incluso se había aprovechado de lo tontorrones, de lo fáciles, que eran algunos para sacarles lo que quería. No pedía demasiado. Información la mayoría de las veces. En eso sí que había sido tonta. Pensó entonces en Luis Gordon y en cómo se había cansado de ella a los pocos meses, cuando se le pasó el capricho. Sí, había hombres torpes, tontos y hasta un poco hijoputas... pero pensar que podían ser violadores. Sería que ella había tenido buena suerte. O que esas mujeres la habían tenido malísima. Rescató el recorte de otra historia que había leído en el mismo periódico. Contaba el proceso judicial que había iniciado una señora de Galicia a la que la policía también había ido a buscar en 2022 con seis fotos que su exmarido le había hecho mientras la violaba. Ella no se reconocía en aquella mujer como muerta y solo se convenció al identificar los muebles de su habitación. Dijo que al ver las imágenes tanto ella como su madre se habían puesto a gritar tanto que una vecina llamó a una ambulancia. El tipo, un suizo, se había dado a la fuga antes de que lo juzgaran por un delito continuado de abuso sexual con prevalimiento por el que le podían caer hasta catorce años. No había nada raro en él. Convivían con una hija que había tenido ella y le regalaba rosas cada mes. «Era cariñoso, si me dices que era una persona brusca, que te grita... Pero nunca».

Volvió a su cantinela: los tíos son tíos. O mejor, más correcto y justo: esos tíos son tíos.

Antes de darse cuenta ya estaba en Toulouse. Y nerviosa. No sabía si sería capaz de sacar adelante el trabajo sin tener apenas unas nociones básicas de francés. Esperaba que al menos los hijos de los exiliados supieran hablar español. Lo suficiente para hacerse entender.

El Matinal tenía dos corresponsales en París. El casi septuagenario Faustino Solar había coincidido con Pincho en la capital francesa y se dedicaba a los artículos que a la hija del dueño del periódico no le apetecía escribir: la agenda política, los viajes del presidente, las llamadas historias humanas, los sucesos.

Aquello le hizo agudizar la intuición para esas historias de aparente poco relumbrón, pero que acababan interesando más al lector que los temas culturales y el debate sobre el aborto de los que escribía Pincho. Fue así como empezó a estar atento a las crónicas de tribunales, de sucesos. Miriam Sánchez, la otra corresponsal que pagaba Editasa, escribía esencialmente para los regionales. Era una treintañera voluntariosa que pensaba que un viejo como Faustino no tendría ya el hambre y la inmediatez que requería una corresponsalía. Pero el perro viejo se las sabía todas y estaba atento a los principales periódicos nacionales, lo que le permitía estructurar la información y estar al tanto de cuándo se juzgarían los casos. Para el lector de los periódicos de Editasa y *El Matinal* debía de ser una sorpresa ver que las primeras informaciones sobre el caso de Gisèle Pelicot se publicaban en el diario centenario con un día de adelanto respecto a los regionales del grupo.

La historia tuvo gran relevancia sobre todo por la actitud de la mujer, que decidió renunciar a su derecho al anonimato y provocar que sus violadores tuvieran que mirarle a la cara en un juicio

público. Entre los acusados, había desde jubilados a enfermeros, bomberos o incluso un concejal. Dominique, el marido, fue sentenciado a veinte años de prisión mientras que para otros cincuenta imputados las condenas oscilaron entre tres y quince años.

Pocos meses después de la sentencia de Pelicot se procesó a Joël Le Scouarnec, el cirujano que aprovechaba que sus pacientes, niños y niñas, estaban anestesiados para violarlos.

También en ese caso Faustino había estado más avisado que Miriam, pero ella había sido tan activa en las redes sociales que consiguió que la llamaran de las teles para reportar desde los juzgados. Y hasta escribió un libro.

Socorro sabía bien cómo funcionaban las cosas y pensó que quizás para sus indagaciones sobre el terreno en Toulouse le vendría bien hablar con Miriam, pero también pensaba que Faustino, por edad, seguramente hubiera tenido mayor conocimiento de la época, pues aún había podido tratar al exilio español en Francia.

La conversación por teléfono que tuvo con Miriam sobre la mujer de Carrillo le resultó a Socorro bastante estéril. A una periodista tan joven, aquello le parecía marciano. Además, la Pasionaria le sonaba como una especie de Gloria Fuertes de la Guerra Civil. Y si conocía a Gloria Fuertes era por la reivindicación que se había hecho de ella en los últimos años y porque alguien le había regalado *El libro de Gloria Fuertes. Antología de poemas y vida*. La conversación con Faustino fue muy diferente y productiva.

Socorro no se tuvo que esforzar mucho para reconocer a Faustino, que había tenido la delicadeza de viajar a Toulouse para encontrarse con ella. Para él no era tanto sacrificio, cogería un avión desde París. El periodista tenía un sueldo de los de antes —y que Ignacio le mantenía en recuerdo a su padre— y, además, se había

casado con Jacqueline, la joven viuda de un ministro de Giscard que tenía un capital nada desdeñable. Por añadidura al periodista español le iba bien escribiendo catálogos de exposiciones.

Pese a que llevaba más de cincuenta años en Francia, aún había algo de español de otra época en Faustino. Quizás fuera el acento levísimo o la manera en la que se calaba la boina. También llevaba un pañuelo anudado en el pescuezo y una chaqueta cruzada azul marino. El pelo lo tenía ralo, pero se apañaba muy bien sus tres mechones para disimular la calvicie. Por lo demás era guapo y caminaba como un Bradomín algo pasado de rosca. Los dos besos que le dio en las mejillas le parecieron a la periodista excesivamente babosos.

—No sabes la ilusión que me hace conocerte. Me gusta mucho leerte. Tienes algo como de mi época.

Ella se lo agradeció con la mirada, sonriendo todo lo que el sol le permitía sin forzar una mueca rara.

—Yo también te sigo mucho.

A Socorro no le gustaba irse por las ramas. Empezó con la historia que le había contado el hijo de Líster.

—Leerías el reportaje sobre los hijos de los generales. Los de los dos bandos. Según el hijo de Enrique Líster... Bueno, contaba su padre que Carrillo mató en París a su primera mujer estrangulándola y que el cadáver fue enterrado en el jardín de la Pasionaria. Me dijo que la historia la incluyó en un libro; pero que esas partes se quitaron porque no tenía pruebas y, además, en esa casa se edificó luego un rascacielos. Y luego está el asunto de las muchas versiones de la muerte de Chon que ha dado Carrillo en la tele, creo que fue en *Informe Semanal*, o en libros, en sus propias memorias. Es verdad que Paul Preston ha desacreditado esa historia. También está que...

Faustino escuchaba a Socorro con atención, pero no pudo más.

—Ay, madre, ¿a dónde vas con eso, chiquilla? Semejante historia no es capaz de demostrarla ni Woodward y Bernstein. Ni la CIA. Ni Agatha Christie. Que no te digo yo que no haya ocurrido, que con los años me creo cualquier cosa.

—¿Y la operación Bolero-Paprika? ¿Y la historia del hotel Regina de Toulouse? En realidad, es lo que interesa al director y para lo que me ha mandado.

—Hombre, de eso sí podías escribir. No porque no se sepa, sino porque mucha gente de hoy no conoce la historia de los exiliados españoles en Francia. Y los periódicos, además de para dar noticias y contar historias, están para desasnar. Vaya nombre tan ridículo lo de operación Bolero-Paprika.

—A mí también me lo pareció cuando lo leí, pero supongo que es cosa de los políticos que se las quieren dar de... ¿Originales? Pensé que era algo de la época, pero luego me acordé de que García Margallo había bautizado como Barretina al comando del Ministerio de Asuntos Exteriores que debía neutralizar la acción exterior de los nacionalistas catalanes para el simulacro de referéndum de 2017.

Faustino se echó a reír.

—¿Barretina? Este Margallo... Si a mí me dijo un día que él no era del Opus Dei, que era del Opus Night. A ver. Te puedo poner en contacto con un amigo, un contemporáneo que estaba bastante al tanto de todas las idas y venidas del PCE en el exilio. Me parece que conocía bastante a Jorge Semprún y fue amigo de los padres de la que escribió la biografía del rey Juan Carlos.

—¿Laurence Debray?

—Su padre, Régis, ya lo sabrás, fue un comunista feroz, aunque luego trabajó con Mitterrand.

Socorro no dijo nada, porque lo cierto es que no tenía ni idea. Sin embargo, había apuntado otro nombre que le podía ser útil.

—¿No conocerás a Geneviève Dreyfus-Armand? Escribió un libro que se llamaba *El exilio de los republicanos españoles en Francia*. Y llega hasta la muerte de Franco.

—La verdad es que no he tenido el placer, aunque sé quién es perfectamente. También está esta... —Faustino empezó a rascarse la cabeza, pensativo—. ¿Cómo se llamaba? Phryné Pigenet, pero esa está ahora con cosas del exilio catalán.

—A mí eso me da igual.

—Quizás lo mejor que puedes hacer es pasar unos días en París para tratar de hablar con esta gente. ¿Tienes hotel?

Socorro se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Te puedes quedar en casa. Hace tiempo que los hijos de mi mujer no vienen y tenemos dos cuartos libres, aunque están repletos de libros. El único riesgo es que se te caiga alguno en la cabeza.

La periodista resopló. No tenía pensado viajar a París porque pretendía quedarse unos días en Toulouse.

—En realidad, podría mirar los archivos, las hemerotecas, aunque no hablo francés.

—Ahora con el móvil y la inteligencia artificial eso no es problema.

Socorro asintió sorprendida de que un hombre tan mayor como Faustino estuviera al tanto de la tecnología. Le dejó continuar:

—Lo que puedes hacer es, cuando acabes aquí, venir unos días a París y entrevistar a los historiadores. Esos hablan todos español, además. Yo me vuelvo ahora, pero hay aviones constantemente. Y trenes. Coge uno en dos días y te acompaño en lo que quieras,

aunque, ya te digo, los hispanistas suelen hablar español perfectamente.

La periodista sonrió. Era extraño. Se suponía que estaba en un viaje de trabajo, pero tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo porque el reportaje no estaba resultando tan interesante como esperaba Ángel Rojo. Seguramente porque no lo era. Pensó que estaría bien tener algo más con lo que rellenar. Aunque fueran nimiedades.

—Eso haré. Luego puedo volver aquí y cojo el avión a Madrid, que ya lo tengo reservado.

—Tú y tus preocupaciones por el dinero. Los jóvenes sois así. Yo, como soy viejo y rico, todo me importa bastante poco.

—No sabía que tuvieras dinero.

—Es que sin hijos... Uno es siempre más rico. Tú lo sabrás porque tampoco tienes.

Socorro no le dijo nada.

El periodista le dio otros dos besos húmedos en las mejillas, se caló su boina y se despidió agitando la mano.

—Nos vemos en París. —Y le dio dos toquitos en las mejillas con las manos. Estaban frescas.

—*À demain* —dijo—. Por si no lo entiendes es «hasta mañana».

Ella rompió a reír.

—Hasta ahí llego. No soy tan cazurra.

Y le vio marchar con ese pasito pretendidamente marcial que gastaba. Se notaba que Faustino conservaba el pulso periodístico. Tenían algo en común: para personas como ellos, el trabajo era parte de su identidad. Todo lo que vivían era susceptible de convertirse en un artículo, en periodismo. Lo que leían, lo que sentían, lo que bebían y comían... Y lo que dejaban de vivir.

Se fue pensando en lo que Faustino le había apostillado sobre no tener descendencia. Una persona sin hijos tiene más dinero porque los niños son caros. A su edad, dejémoslo en cuarentañera, Socorro se daba cuenta de que el tiempo se le pasaba para ser madre. No lo había planeado. Simplemente, como supuso que sería para las Lequerica, no había ocurrido. No es que se le hubiera pasado, es que nunca había encontrado a nadie con el que tener una familia. Quizás porque la única que tenía era su madre, y Antonia vivía volcada en las señoras. ¿Dónde andarían ahora?, se preguntó. Llevaba un tiempo sin saber de su madre. Afortunadamente ella siempre estaba bien. Ya la llamaría cuando acabara en Toulouse.

XIX

Puede parecer que un señor mayor hace una pareja ridícula con una chica joven. No si la decrepitud de la carne de uno viene acompañada de mucho dinero y la tersura de la otra, de necesidad. Pero también para eso hay que valer. Hay mujeres que cuestan mucho. Arri y Luis Gordon no formaban una pareja ridícula, salvo si se consideraban algunas variables no perceptibles en una fotografía. Para eso estaban las crónicas de Gabriela Cañas, que desde que supo del romance lo había hecho transitar de rumor hasta «noviazgo» —o «relación», como se decía ahora— estable. Apostillando este término siempre con la diferencia de edad. Este tipo de noticias le daba mucha vidilla a Gabriela. A los suscriptores les encantaba comentar los años que Luis le llevaba a Arri y, contestándose, iban completando la historia. Hablaban de Lucía, de sus hijos e incluso de cómo ella había dejado su «prometedora» —ellos utilizaban esta palabra— carrera para dedicarse a ser madre y esposa, y acompañar a su marido a El Puerto de Santa María para fundar Milésima.

A partir de ahí, los comentarios que dejaban los lectores comenzaban a ser hirientes, lo que animaba a Gabriela a escribir crónicas más detalladas. Por eso, cuando Luis, apelando a su amistad, la llamaba para desactivar las reacciones de los lectores, ella se excusaba diciendo que nunca se quitaban. «Ni con los políticos ni con nadie», decía antes de recordarle que esperaban que

hicieran una entrevista juntos o que, si se casaban, ella debía ser la primera en enterarse.

A Arri ese tipo de tejemanejes le daban igual. Sabía que eran parte de la estrategia comercial de Luis Gordon, que en los últimos años se había dado cuenta de que él era el mejor reclamo publicitario de la bodega en la que se había jugado parte de su patrimonio y el de su mujer. Lo que más gracia le hacía era cuando advertía a los periodistas de que tuvieran cuidado con lo que publicaban porque sus hijos estaban en el colegio «y ya se enteraban de todo. Ya sabes que los niños son muy crueles». Y así lograba que los artículos nunca lo retrataran como infiel o inconstante, sino como un simpático truhan, un conquistador. Caradura, pero bueno. La verdad, la verdad.

Luis apenas había pensado en Socorro en los últimos meses. Puede que se debiera a que ella había firmado menos reportajes relevantes y a que él no veía la televisión. O a que aquella historieta —sí, historieta— que habían tenido no era digna de nostalgia para él. La única vez que el nombre de Socorro Núñez se le había pasado por la cabeza en los últimos meses fue cuando Arri le contó lo rara que se había sentido en Francia. ¿Y si de verdad le había ocurrido algo, la habían violado? Luis solo conocía de lejos los ambientes de la moda, pero entendía lo que muchos pretendían cuando invitaban a modelos. Hasta conocía a alguno que había hecho carrera poniendo las drogas y las tías en las fiestas. Y a estas las sacaba de una agencia de modelos a la que muchas se apuntaban para probar suerte. O los susodichos montaban su agencia propia. Arri, que no era tonta, se reía cuando Luis reflexionaba en voz alta a propósito de su profesión.

—Qué antiguo eres.

Y él no podía decir nada porque era verdad que, a su lado, se sentía antiguo. Pero también estaba convencido de que los hombres habían cambiado poco desde que él era joven. ¿Y él...? Consideraba que ya había cumplido con la Iglesia y con la Seguridad Social con casi veinte años de matrimonio y tres niños caucásicos que pagarían las pensiones. ¿Qué le iba a decir? ¿Que no creía en la familia? Claro que sí. Incluso diría que no le importaría fundar otra con Arri si no le hubiera prometido a Lucía que no tendría más hijos. Una de las condiciones que su exmujer había puesto al firmar el divorcio era que Milésima solo podría ser de los hijos que habían tenido y que, extrajudicialmente, él se comprometía a hacerse la vasectomía.

Sin embargo, llegado el momento, no se decidió porque sentía que menguaba su hombría. Como si lo caparan. Así que seguía teniendo cuidado y, como decía él, «poniéndose el impermeable» si se llevaba a alguna a la cama. Sin embargo, con Arri era distinto. «Era una buena niña. De una familia estupenda de Murcia», como solía puntualizar a sus padres, que estaban muy disgustados con su nueva faceta de soltero de oro. «Pero no dejes embarazada a ninguna —le habían insistido—. No les hagas eso a tus hijos...».

Y él los tranquilizaba diciendo que su única familia era la que tenía con Lucía, aunque lo de Arri era distinto.

—Entonces, dime. Cuéntame otra vez lo que te pasó en Francia.

Y ella le hablaba de Jean-Paul. Y de lo bien que, según el fotógrafo, le había venido para su trabajo. Le volvió a explicar lo extraña que se había sentido al levantarse al día siguiente. La sensación de que algo le había pasado. Y entonces Luis pensaba en Socorro y en cómo ella habría podido saber a quién —forenses, jueces o a aquel amigo policía— llamar. Pensar que alguien hubiera podido tocar a su niña le provocaba una furia desconocida que le subía como lava por el esófago.

—A otra fiesta en Francia con esa gente no vas a ir sola. Por si acaso.

Y ella se sentía protegida en la madurez de Luis Gordon.

—Es que a veces se me meten en la cabeza unas tonterías. Estoy segura de que no me pasó nada.

XX

Socorro dedicó el resto del día a pasear por Toulouse para poder incluir algunos detalles en el reportaje que escribiría sobre la operación Bolero-Paprika, si es que a alguien le interesaba la historia. A los periodistas siempre les gusta demostrar que han viajado a los sitios sobre los que redactan algún artículo, aunque ya casi no quedaran testigos de la época y el tiempo hubiera derruido los edificios de los que se hablaba. Se puede empezar con la frondosidad de los árboles, el empedrado de la calle... Y por supuesto, hablar con los vecinos para que les dijeran que no sabían nada de la Pasionaria y Carrillo. O que seguramente su padre les había conocido, pero que «había muerto el pasado verano». Y eso fue exactamente lo que pasó, por lo que decidió parar para comer un *cassoulet* con vino blanco como le había recomendado Faustino.

Sentada en una mesa sola, empezó a mirar en el móvil más información sobre el caso Pelicot. Le interesó un artículo de Oriol sobre el *cuckold*. El concepto viene del cuco, que pone sus huevos en el nido de otro para que ese otro, el *cuckold*, los saque adelante. También es una parafilia que describe a esas personas que se excitan al ver o imaginar que su pareja tiene sexo con otro. Decía Oriol que la actividad de Pelicot encajaba en esta descripción. Él se excitaba viendo cómo otros hombres violaban a su mujer. Y ella, como estaba sedada, no podía dar su consentimiento. «Pelicot obtenía placer de la humillación, como es lo propio de la práctica», sentenciaba. La periodista frunció los labios porque el *cassoulet*

hervía y se quemó. Le gustaban los guisos, sobre todo si podía tomar un poquito de vino en esas copas mínimas que se usan en los restaurantes franceses. El *cassoulet* —con sus judías blancas, el confit de pato, las salchichas— era bastante pesado, por lo que para bajar la pelota que se le había hecho en el estómago se fue caminando hasta la catedral. Le pareció una como tantas. A Socorro no le gustaba hacer turismo. Le gustaba ir viendo lo que se iba encontrando en los lugares que visitaba. Y si veía un monumento le parecía estupendo, como también le gustaron las tiendecitas de las calles aledañas, el convento de los Agustinos, el canal... y el Capitolio, sede del ayuntamiento, donde se habían reunido los exiliados para mantener viva la llama del antifranquismo. De lejos.

Decidió seguir el recorrido que había publicado un medio de izquierdas. Pasó de largo por la rue du Taur, donde estaba la sede del PSOE y en la que hoy se erige la filmoteca de la ciudad. Contaba el reportaje que en 1972 Felipe González había acudido a la ciudad para renovar el PSOE. O más bien resucitarlo. Tampoco el Ateneo Español era ya lo que fue, ni la sede de la CNT en la rue de Belfort.

La Halle aux Grains, en la place Dupuy, también seguía en pie. Allí los simpatizantes de la CNT conmemoraban su «19 de julio de 1936, aniversario de la Revolución», porque fue el día que los republicanos tomaron las armas. Y en ese mismo lugar hablaba Dolores Ibárruri, la Pasionaria, a sus correligionarios.

A Socorro le pareció extraño que el itinerario del diario de izquierdas no hubiese incluido el paso por lo que fue el Hospital Varsovia, situado en el número 15 de la calle con el mismo nombre. Lo había fundado, en 1944, un grupo de médicos exiliados republicanos en un palacete. Tras la operación Bolero-Paprika se integró en otro complejo hospitalario.

En Toulouse llegaron a vivir cien mil exiliados españoles. Muchos eran catalanes, por lo que se llegó a conocer la ciudad como «la 5ª provincia». Socorro había leído en *El País* (a José Andrés Rojo, el hijo del general, que además había participado en el reportaje de la discordia) lo que Albert Camus escribió de los españoles del exilio. Que conocieron «el sabor de la derrota» y descubrieron «con una sorpresa indecible, que puede tenerse razón y ser vencidos, que la fuerza puede someter al espíritu y que, en muchas ocasiones, el arrojo y el sacrificio no son recompensados». Hoy, el 10 por ciento de la población de la ciudad es de origen español. De los cien mil que llegaron, se quedaron cuarenta mil. Incluso después de la muerte de Franco. Era lógico. Habían hecho su vida lejos de España y para qué iban a volver. Muchos de los afectados de la operación Bolero-Paprika acabaron en Argelia, en Córcega o en países del Este.

Socorro no era una gran lectora, pero leía mucho. Por trabajo. Prefería hablar con la gente que leer lo que esos mismos hubieran dicho en el libro de cualquiera. Sin embargo, sabía que aprender algo nuevo cada día, formarse, era el trabajo y el privilegio del periodista. Al menos del buen periodista, y ella lo era. Tenía el talento, la curiosidad y la habilidad para encontrar historias, aunque a veces no salieran. Quizás lo de la operación Bolero-Paprika o lo de los españoles en Toulouse no tuviera mucho interés para el lector. Quizás decepcionara a Rojo. Aunque sabía que estaba aprendiendo muchísimo. Pincho le había hablado de Bill Moyers, de lo importante que es la educación de un periodista y del privilegio que supone tener que estudiar de manera continua. Entre los libros que se llevó estaba *Descendientes del exilio*, de Juan Carlos Sánchez Illán y Ángel Bahamonde Magro. Muchos de los testimonios recogidos en él eran de gente que había estado en Toulouse. O nacida allí, como Germinal Gambier-Esgleas, nieto de Federica Montseny. Le hizo

mucha gracia leer la impresión que le causó de niño enterarse de que «Toulouse no estaba en España».

Caminó por la orilla izquierda del Garona. Pasó por el hospicio de Saint-Joseph de la Grave, donde había leído que nació Carlos Gardel. También había leído que en 1463 se originó un incendio en una panadería que duró doce días (el viento procedente de los Pirineos lo propagó) y destruyó miles de casas de madera de las que hoy apenas quedan vestigios. Luego, en la reconstrucción, se utilizó ladrillo de arcilla local y por eso los edificios tenían ese tono rosa y anaranjado. Y de ahí que se la conozca como la «Ciudad Rosa». Se dice que sopla al aire de España y se habla con un acento un poco especial. Y que terminó convirtiéndose en un centro importante de la aviación europea en el siglo xx. Empezó con las Lignes Latécoère en 1918, que luego daría lugar a la legendaria Aéropostale. Saint-Exupéry voló en ambas. En 1970 se creó Airbus, cuya sede permanente se quedó en Toulouse.

De vuelta al hotel, Socorro cogió las memorias de Dolores Ibárruri, la Pasionaria, que había comprado cuando decidió ponerse con el tema de la mujer de Carrillo. Le aportaron poco, pero un párrafo le ayudó a hacerse una idea de lo que había sido Toulouse en aquellos años. «Era una ciudad muy acogedora. En sus calles se oía hablar español profusamente. Allí estaban nuestros valientes guerrilleros. Ellos nos llenaban de orgullo y de esperanza». Aunque es de suponer que más bien se tratara del idioma. Después Pasionaria (así la llamaba su padre) hizo poco, entre otras cosas porque Franco se había convertido en el centinela de Occidente y los americanos le apoyaban. Cuenta que quiso formar un gobierno de coalición nacional en el que participaran desde socialistas y comunistas hasta monárquicos. En Toulouse también conoció a Picasso. «Si hubiera hecho en su fecundísima vida más obras como

el *Guernica*, ella bastaría para consagrarle como el mejor pintor de toda esta época de lucha y errores». Luego le visitaría en su estudio parisino, donde volvería a hablar de los «ojos más maravillosos de nuestro siglo». La Pasionaria viviría para ver el *Guernica* en Madrid, pero no para ver cómo parte de la izquierda destrozaba al pintor por el trato que dio a sus mujeres. El machismo. Es de suponer que a ella lo de separar la vida y la obra le parecería una ridiculez.

A Socorro también se lo parecía. Y se acordó de que tenía que llamar a su madre, aunque estuviera tan enfrascada en su investigación.

XXI

Antonia le contó a Socorro que estaba en Sologne con las señoras.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Pse. Desanimada. Sin muchas ganas. Este reportaje no va a ser extraordinario, ya te lo aviso. Me lo ha encargado el director porque se lo ha pedido una periquita a la que debe tener mucho respeto.

Le contó de qué iba.

—En cuanto acabe esto de los comunistas me voy a coger una semana de vacaciones.

La madre no le hizo caso.

—Serían unos tontos idealistas. Como tu padre, que era un...

A Socorro no le apetecía que su madre le comenzara a contar las andanzas de su padre con el cura y lo de cuando se quiso ir a Francia el 23-F.

—No sabes lo encantador que es Faustino, el corresponsal. Me voy a ir a París a hablar con algún historiador y me ha invitado a dormir a su casa.

—¿Y qué vas a hacer después? No tienes el vuelo de vuelta a Madrid hasta el domingo.

—Lo mismo debería quedarme un tiempo por aquí. Ya que estoy... Puedo descansar en Toulouse.

—Haz lo que quieras.

Socorro no dijo nada. Se quedaron las dos en silencio. Por fin habló la periodista.

—Bueno, mamá, te dejo que tengo que ver cómo me organizo en París para las entrevistas.

Y le colgó el teléfono abruptamente.

Socorro pensó que no se había despedido de su madre. Siempre olvidaba preguntarle cómo estaba.

XXII

Faustino la llamó y le mandó un archivo sobre dos mujeres que estaba seguro de que le interesaría: Elisa y Josefa Úriz, dos de las personas implicadas en la operación Bolero-Paprika. Y claro que aquella historia de las dos mujeres de Tafalla cuadraba en el artículo que tenía en mente Socorro. Militantes izquierdistas. Maestras y pedagogas, estudiantes en la Institución Libre de Enseñanza, trabajaron en programas de educación infantil durante la Guerra Civil. Y también organizaron redes para evacuar a los niños a Francia. Tras su salida de la cárcel corsa en la que las internaron, acabaron en Berlín Este, en un edificio del barrio de Prenzlauer Berg que hoy está totalmente aburguesado. Una murió en 1958 y la otra en 1979, sin abjurar de sus principios. Están enterradas juntas. Socorro pensó que quizás alguna habría tenido hijos que le pudieran explicar lo que su madre les hubiera contado de la redada en Toulouse. Pero enseguida vio que el franquismo las clasificaba como maestras rojas, sin marido y sin hijos. En un legajo que custodia el archivo del PCE hay una carta escrita por Elisa. «No he tenido hijos, pero he enseñado a muchos a pensar. Los que sobrevivieron a las bombas son mis criaturas». Ese tipo de sensiblerías gustaba mucho a las criaturas de las redes sociales.

Phryné Pigenet era la única persona que realmente había tratado la operación Bolero-Paprika, como probaba una pequeña monografía que la IA le había buscado a Socorro. La periodista tenía una relación particular con el ChatGPT, Claude y Gemini, alimentada por

el optimismo de Oriol, que lo consideraba muy útil para los periodistas. A Socorro no le costaba cuestionar todo lo que le decía la IA y pedirle las fuentes de las que había sacado los datos. Sabía lo suficiente para detectar sus delirios y, con entrenamiento y pago, había conseguido personalizarla para que no fuera del todo complaciente con sus requerimientos. De Pigenet había encontrado un texto de unas veinticinco páginas que desgranaba la compleja operación desarrollada por las autoridades francesas para deportar a los republicanos. Por suerte, podía leerlo traducido al español. Al final, contaba la historiadora, tuvieron que rescatar unas leyes de la Francia de Vichy para que la operación Bolero-Paprika pudiera llevarse a cabo de forma legal. Las redadas en la madrugada, la destrucción de documentos, parecían justificadas en aquella Europa de 1950 por el enfrentamiento entre el comunismo soviético y Occidente y la guerra de Corea. «La operación Bolero-Paprika marca el fin de un ciclo: aquel en que Francia se consideraba tierra de asilo para los refugiados antifascistas». Otra frase grandilocuente que subrayaría.

A Socorro le quedó claro que Pigenet no le diría mucho más de lo que ya había escrito. Aun así, decidió contactar con ella. Aunque las palabras que extrajera de un trabajo escrito fueran las mismas, el lector valoraba más una entrevista que las citas.

Se sacó un billete de avión a París para el día que le había dicho Faustino. No se cogió el primero, ni el segundo. Quería uno que llegara hacia el mediodía para no tener que madrugar ni molestar excesivamente al corresponsal y a su mujer. La vuelta la reservó para el mismo día que ya tenía el billete a Madrid. Era por la tarde y solo tendría que esperar unas horas en el aeropuerto en las que aprovecharía para avanzar en el artículo...

XXIII

En casa de Pierre de Villeneuve siempre se comía muy bien. Alternaba la cocina tradicional francesa con platos de la región. Como en la casa de las Lequerica, casi siempre había platos de caza. Según les había explicado Pierre, muerto de risa, esa era la única forma por la que Mathieu, que había sido vegano, accedía a acompañarle a cazar. Sin embargo, para agasajar a las Lequerica, Pierre había contratado a un señor de París que preparaba *aligot*, una mezcla de patata, queso y mantequilla. Un puré elástico que Pierre había hecho acompañar de *magrets* de pato y unas salchichas de jabalí y cerdo de su fábrica de embutidos que se vendían muy bien. También hizo abrir un Sancerre blanco muy fresco. Les contó que Mathieu llegaría al día siguiente y que lo haría acompañado de una tal Kaori.

—¿De dónde es? —preguntó Pila.

Pierre se rio.

—De Japón. Pero habla español perfectamente. Es una escultora a la que le está yendo muy bien. Hace unas cosas muy bonitas. ¿Ves ese nidito que hay ahí encima de la chimenea?

Pila le dijo que no. Entonces se levantó y fue hacia la repisa que le indicaba Pierre. Vio una cerámica delicadísima de palitos trenzados, como los que haría un gorrión, con dos huevos. Sí, era muy elegante y delicada.

—¿Y qué viene a hacer aquí? —quiso saber Pincho.

—Pues descansar. Ha estado casi dos meses decorando un castillo del Loira para un tío que debe de estar forrado, Victor Castel. No sé si te acuerdas de él y de su mujer, Colette. Eran muy amigos de mis padres y supongo que, en su época, también los debiste tratar cuando estabas en París. Él es un empresario muy importante.

—Me acuerdo de ellos, sí. Hacían perfumes, cosméticos para las casas importantes de moda, ¿no?... Y creo que sé de qué *château* se trata. Me parece que eran de la pandilla que tratábamos con tus padres. Eran muy divertidos. Elegantes. Ya sabes, ese tipo de franceses que parece que solo pueden ser franceses —dijo Pincho.

La mayor de las Lequerica entornó los ojos, nostálgica. Habían pasado casi cincuenta años desde que se había quedado viuda y no había día en el que no pensara en Fernando y en todo lo que había dejado de tener cuando murió. Sentimiento de pérdida, lo llaman. O duelo. Nunca imaginó que eso pudiera durar toda una vida.

—Pila, ¿tú te acuerdas de la cacería esa a la que nos invitaron después de la muerte de Franco? Yo no pude ir porque tenía que trabajar para el periódico.

La menor de las Lequerica se puso seria.

—No me acuerdo, no.

Pincho puso cara de estar pensando o recordando.

—Sí, fuiste con Fernando y Guilhem.

La pereza se notó en el tono de la menor de las Lequerica.

—Toda esa época se vuelve confusa cuando pienso en ella. Era joven y...

—Te lo pasabas muy bien. Estarías haciendo alguna de las tuyas.

Entonces Pierre les anunció que de postre habría tarta Tatin, que casualmente había sido creada en el hotel Tatin de Lamotte-Beuvron, a pocos kilómetros de La Chênaie.

—Me encanta la tarta Tatin —dijo Pincho.

—Supongo que os sabéis la historia de cómo se inventó.

Pincho y Pila callaron para dar a su anfitrión el placer de pensar que les estaba enseñando algo. Las dos recordaban a Guilhem, el padre de Pierre, soltando el mismo rollo. Pierre prosiguió:

—Al parecer, a las dos señoras Tatin, hermanas como vosotras, se les olvidó poner la masa en una tarta de manzana y dejaron las manzanas caramelizándose en mantequilla y azúcar hasta que se dieron cuenta de que faltaba la masa.

Pila no pudo contener la desgana.

—Y entonces colocaron la masa encima y la volvieron a meter en el horno.

Su hermana se echó a reír.

—Ya sabes que mi hermana ha cazado mucho por la zona y se sabe todas las historias.

—Claro. Mi madre siempre decía que la mujer a la que más envidiaba era a tu hermana. Por libre.

—Y porque nunca me casé con alguien como tu padre.

—Exactamente. Cuando se murió papá, mi madre empezó a viajar muchísimo y a decir que todas las mujeres tenían derecho a unos buenos años de viudedad. Aunque hacía muchos que se comportaba como si mi padre no existiera.

La conversación no le pareció muy apropiada a Pincho.

—Creo que yo hubiera cambiado mis años de buena viudedad por pasar al menos cinco con Fernando.

Pila y Pierre se dieron cuenta de que habían metido la pata.

XXIV

La vida en La Chênaie transcurría plácida para Pincho, Pila y también para Antonia, a la que habían instalado en un cuarto cercano a las hermanas. No había motivo para madrugar, por lo que a las señoras les llevaban un café a la habitación antes de bajar a desayunar a un comedorcito pequeño anexo a la cocina. Antonia había decidido permitirse descansar y como las hermanas estaban bien atendidas, ella había acordado con Pila y Pincho que no les llevaría el café acostumbrado. La bajada de guardia de Antonia —así lo había denominado Pila— les había extrañado mucho. Era la sombra de las Lequerica, tan presente en sus vidas como el amanecer y la caída de la noche. Estaban tan acostumbradas a su presencia que casi sabían la hora por lo que hacía Antonia. Como si fuera Kant, quien por lo riguroso de sus horarios servía de reloj a sus vecinos de Königsberg. Pincho pensó que algo le debía de pasar. Ya le había parecido raro que la primera noche dijera que se encontraba mal y que si no les importaba que el personal de La Chênaie se encargara de deshacerles la maleta. Sus sospechas aumentaron cuando les explicó que había organizado que les llevaran el primer café (con un zumo de pomelo y jengibre y té para Pila) al cuarto porque no se encontraba bien. Le preguntaron.

—Nada, nada. Que me duelen los huesos. He debido de coger frío. Solo necesito descansar unos días.

—Pues no sé con quién voy a comentar lo que escribe Socorro —le había dicho Pincho.

Antonia les dijo que estaba en París en casa de Faustino Solar. O que iba para allá.

Pila la interrumpió.

—¿Con su mujer? ¿La ministra? Esa es una arpía...

—Se encontraron en Toulouse por una cosa que está haciendo para el periódico y él la invitó para que pudiera hablar con personas que le interesaban para el reportaje.

Pincho se extrañó.

—Qué raro que el periódico le haya mandado tantos días a Francia y le permita irse e improvisar así. Pensaba que ya no se podían autorizar ese tipo de viajes tan caros, aunque si se queda en casa de Faustino es un ahorro. Un hotel medio decente en París ya debe costar unos trescientos euros diarios.

Antonia sacó a las señoras de su error. Les explicó que era Ángel Rojo el que había enviado a Socorro a hacer el reportaje.

Pila se quedó sorprendida.

—¿Y qué es lo que investiga, que ese mastuerzo ha querido que *El Matinal* pagara los gastos?

Pincho quiso meter baza.

—Pues debe de ser alguna idiotez que le haya metido en la cabeza Nuria Alburquerque. Esa idiota con ínfulas es su último capricho. Si hasta me la quiere colocar en *Juglar*.

Antonia les explicó lo que había entendido de lo que Socorro le había contado al teléfono.

—Es la historia de unos exiliados españoles en Francia. Unos comunistas o algo así.

Pincho chasqueó la lengua.

—Sí, estaba entusiasmada con demostrar que la primera mujer de Carrillo fue enterrada en el jardín de la Pasionaria. Al parecer, cuando hicieron ese reportaje tan bonito María y ella, se quedó con

la copla de eso que le contó el hijo de Líster. No me extraña que Rojo no le dejara ir a hacer esa locura.

—Pero es que me parece que ahora está en otra cosa de unos pobres desgraciados. Carrillo y la Pasionaria sí que me suenan y las cosas que me contaba Socorro eran sobre otra gente. La operación... algo. Algo de pimentón.

—Pues dile que acabe pronto. Lo mismo se puede venir unos días por aquí y así nos cuenta cosas —dijo Pila.

Antonia dudó. Sabía que a su hija no le gustaba pasar tiempo con las señoras.

—Se lo diré, aunque ya saben que se vuelca mucho en los reportajes. Además, con lo arisca y cabezota que es.

Pila la zarandeó con cariño.

—Que se venga. Pierre estará encantado de tener una chavala joven por aquí. Sobre todo si, como Socorro, es guapa. Ahora se lo digo.

Antonia sintió un vahído, pero logró recomponerse. Aun así, la menor de las Lequerica notó su indisposición.

—Antonia, ¿tú estás bien...? Te noto...

Pincho quiso acabar la frase.

—Te notamos rara. ¿Te pasa algo?

Y Antonia, que era tan seca y casi tan malafollá como su hija, se puso a llorar. Y les contó a las señoras que estaba de médicos. Que se había hecho un análisis, pero le habían mandado una ecografía y una colonoscopia. Que su madre se había muerto de un cáncer de colon y que seguramente le pasaba lo mismo.

—Pero si todavía no te han confirmado nada. Si no te has hecho las pruebas —saltó Pila.

—¿Cómo no nos has dicho nada? —preguntó Pincho casi indignada—. Podríamos haber cambiado el viaje de fecha y

quedarnos en Madrid para ir a los médicos, para pedir una segunda opinión. Aunque no sé de qué porque no te han dado todavía ninguna.

—Sí, señora, pero no me quito de la cabeza a mi madre. Es que me pasan cosas parecidas. Sangrar y eso. De todas maneras, no quiero dedicarme solo a pensar que me voy a morir. Aquí, con las señoras, estoy más entretenida. Y no estoy haciendo nada. Son unas vacaciones.

Las hermanas la dejaron hablar mientras colocaba unas porcelanitas de Nymphenburg que había en la mesita al lado del sofá en el que se habían sentado. Le temblaban tanto las manos que una de ellas se le resbaló y cayó al suelo. Era un perrito con el rabo hacia arriba.

Pila se agachó a recogerla, antes de que Antonia pudiera reaccionar.

—No te preocupes, que esto no se nota.

Y fue caminando hacia la puerta que estaba más cerca del lago y tiró al agua la porcelana. Cuando volvió con su paso decidido se abrazó a Pincho y Antonia y las tres se pusieron a llorar.

—Eres tonta, Antonia. Y seguro que tampoco le has contado nada a tu hija.

Antonia negó con la cabeza mientras se sonaba la nariz con un pañuelo.

—Pero no le digan nada. No quiero preocuparla. Bastante con que yo no me lo quite de la cabeza.

—No nos salgas con idioteces. Ella querría estar contigo si supiera lo angustiada que estás.

—Sí, y que también se vuelva loca conmigo en casa.

Antonia no sabía que Pila había mandado un mensaje a Socorro al ir a deshacerse del perro de porcelana. Le pedía que la llamara

cuanto antes. Tenía que decirle algo urgente.

XXV

Ninguno de los historiadores con los que quería entrevistarse Socorro estaba en París aquellos días. Vaya faena, le había dicho Faustino. Phryné Pigenet, la que más le interesaba y la que tenía más —o, mejor dicho, alguna bibliografía sobre el tema— estaba dando una charla en Barcelona.

Aquello le importó poco porque nunca había estado en la ciudad y Jacqueline, la mujer de Faustino, se había ofrecido a hacerle de guía. La periodista se quedó muy sorprendida. Era una de esas francesitas rubias y delicadas que tenía las maneras cursis de los caniches de los dibujos animados, con sus taconcitos y el pañuelito en el cuello. No había terminado de entender que a la española no le interesara visitar museos y exposiciones, por lo que se conformó con pasearla. Lo que más le gustó a Socorro era sentir el aire frío en las mejillas mientras recorrían el Sena en un *bateau-mouche*. París —tuvo que reconocer Socorro— era bonito. Jacqueline la invitó a comer en el café Marly en el Louvre. Después les llamó Faustino porque, en una tertulia con sus amigos de aquella época, había dado con uno que pasó su adolescencia en Toulouse. Quedaron en un sitio en Montparnasse, una zona que le pareció mucho más fea que todo lo que habían visto antes. Sentados en una terraza, fumando como carreteros, pudo ver a Faustino con un señor minúsculo, que parecía al borde de consumirse. Le habló del café Tortoni, que llevaba una española gordísima y con mucho carácter, que era una institución entre los españoles.

—¿Y de la operación Bolero-Paprika? —preguntó ella.

—Ni idea. Nunca escuché nada entre los españoles. Supongo que pasaría de un día para otro, pero yo era muy pequeño.

Miró la pantalla. Vio un mensaje de Pila Lequerica.

«¿Qué querrá esta señora?», pensó. Lo cierto es que muy rara vez —o, mejor dicho, nunca— las Lequerica se ponían en contacto directamente con ella. Lo habitual era que le mandaran algún recado con su madre.

La periodista abrió el mensaje: «Hola, Socorro. Soy Pila Lequerica. ¿Me llamas, por favor? Gracias». Se alejó unos pasos y marcó el teléfono. Pila apenas dejó sonar el primer tono. Ni siquiera dejó que la hija de Antonia, trabucada entre «el señora», «Pila» y «doña Pila», dijera ni una palabra. «Hola... Creo que estás en París. Estamos en el campo como a dos horas. Tienes que venir».

Por fin, Socorro logró arrancarse. «Pero ¿mi madre está bien?».

—Está aquí. Vente.

Volvió a la mesa. Faustino y el señor seguían hablando frente a dos copas de *armagnac*. Estaban hablando de José Tomás y de Morante... Se sentó, pero no se veía capaz de seguir preguntando nada sobre los exiliados españoles en Toulouse. Aquel tema de la operación Bolero-Paprika era una idiotez. Carraspeó y llamó al camarero. Quería un cubata. Nunca había sido muy aficionada, pero necesitaba anesthesiarse un poco. *Whisky diet coke*, dijo. El camarero no reaccionó. Faustino acudió al rescate y le pidió algo gesticulando mucho. Diez minutos después, el camarero volvió con una bandeja y una botella de J&B, una lata de Coca-Cola y un vaso con un hielo. Lo dejó en la mesa frente a Socorro. Lo rellenó de *whisky* hasta la mitad y luego le puso Coca-Cola hasta que llegó al borde de la copa. El camarero se largó.

No se pudo sujetar ante la visión del triste hielo flotando en la copa. «¿Y esta puta mierda de copa?». Faustino empezó a reír.

—Aquí no te van a poner una copa como en España.

Ella se acercó el vaso a los labios. Enseguida se dio cuenta de que era casi todo *whisky*. El traguito le confirmó la sospecha. El sabor le hizo contraer el gesto de la cara y arrugar la nariz. La garganta le había ardido. Tosió.

—Esto está demasiado fuerte.

Se lo bebió casi entero de un solo golpe. El último trago pareció infundirle valor porque, por fin, casi de carrerilla, se atrevió a decirle a Faustino que agradecía mucho su hospitalidad, pero que necesitaba irse de París para ir donde estaba su madre con las Lequerica.

El periodista entornó la mirada.

—¿Pincho y Pila Lequerica están en Francia?

Le extendió el móvil para que viera las referencias que le había mandado Pila para que se sacara el billete.

—Me gustaría irme lo antes posible. Tu mujer y tú habéis sido muy amables, pero creo que debo coger el primer tren de mañana.

Faustino le sonrió.

—Claro, hay que ir si las jefas te lo mandan. La verdad es que hace muchos años que no veo a las hermanas. Supongo que Pincho sigue tan lista... y Pila continuará siendo...

—Guapa —se adelantó Socorro.

—Y una bruja —sentenció Faustino—. Menudas liaba cuando venía a ver a su hermana. Supongo que seguirán muy unidas. Todavía me acuerdo de cuando don Ignacio me mandó a Gstaad para que estuviera pendiente de lo que pudieran necesitar las dos cuando se mató el marido. ¿Cómo se llamaba?

Se encogió de hombros. No se acordaba del nombre.

—Fernando Azcárate... Estaba muy bien relacionado, ¿sabes? Conocía a todo el mundo en París. Incluso a gente de la que estos días se habla todavía. Y no siempre bien.

Socorro le explicó que su madre le había contado que era un diplomático importante y que había estado destinado en la embajada francesa.

—Bueno, a lo que iba. Cuando llegué a Gstaad para ayudarlas no pude hacerlo porque Pila ya había hablado con la policía y hasta había preguntado cómo llevarse el cadáver a España... Don Ignacio estaba muy preocupado por su hija mayor, pero yo le dije que no tenía por qué. Eso sí, me quedé con ellas unos días hasta que vino el padre con la mujer y el hijo.

Socorro le miró extrañada.

—¿También estuvo Arianne?

—Menuda era. Supongo que no querría que su marido, con la pena de la hija, se ablandara. Nunca te han contado lo de la sucesión de *El Matinal*, ¿verdad? Yo lo viví muy de cerca porque Pincho estaba en París en aquella época y me contaba la frustración que sentía.

—Qué pena que perdieras el contacto.

—Desde luego.

Socorro se quedó pensando en eso de la sucesión, pero no tenía ganas de hablar más con Faustino. Aunque le parecía la persona más interesante que había conocido en los últimos tiempos. Alguien de quien obtener información de primera mano, de quien aprender. Para los chascarrillos de internet y para los refritos no necesitaba a nadie. Tampoco necesitaba un corresponsal que leyera la prensa extranjera como podía hacer ella desde Terrinches.

En ese momento Faustino estaba liado con su última historia para el periódico y, como siempre, se había vuelto a adelantar a la joven

Miriam Sánchez. Esta vez se trataba de la detención de un técnico de patrimonio, que llevaba treinta años sin hacer ruido en el Ministerio de Cultura. Era de esos funcionarios eternos, anodinos, de quien casi nadie se acordaba. Al parecer contactaba a cincuentonas para hacerles lo que él denominaba con ínfulas de apariencia profesional «entrevistas cualitativas» sobre hábitos culturales. Las citaba en despachos del propio Ministerio y les daba una chapa importante sobre mosaicos romanos, que eran su especialidad. Después les ofrecía una bebida —un zumo, café, agua— «para relajarse», en la que había vertido diuréticos y ansiolíticos.

La entrevistada entonces se ponía muy nerviosa por el apremio de ir al baño mientras se veían obligadas a aguantar las historias del funcionario que sabía exactamente lo que les estaba pasando. Cuando, al fin, tras muchos rodeos, les decía dónde estaba el cuarto de baño, estas correteaban apuradas. Allí había colocado cámaras ocultas —a veces dos, para asegurar el plano— que recogían lo que hacían en el retrete.

El tiparraco había grabado durante muchos años «entrevistas cualitativas». Su labor, el desempeño pretendidamente eficaz, se confundía con la burocracia gris del Ministerio. El papeleo —ahora digitalizado— los trámites —muchas veces telemáticos— parecía que nunca se acababan y opacaban el verdadero propósito del funcionario. Trabajar poco y seguir aprovechando el puesto para sus tropelías. Hasta que un día una señora, una entrevistada cualitativa, le denunció. Había sospechado de tanta perorata, de la amabilidad, de que le hubiera insistido en que bebiera. La policía encontró un archivo que contenía los quince años de actividad urinaria catalogados como si fuera documentación del Ministerio.

—La burocracia inútil imprime carácter, como el sacerdocio —reflexionaba Faustino.

—Anda que los franceses os estáis luciendo como pervertidos este año. Entre los médicos, lo de Pelicot y esto...

A Socorro le ardían los labios agrietados por el *whisky* cola. Apenas había escuchado lo que le decía Faustino. Solo podía pensar en su madre. Por un instante se le cruzó por la mente que Antonia hubiera tenido un accidente, pero enseguida se le pasó. Eso se lo había dicho Pila por teléfono.

XXVI

Faustino Solar no se limitaba a traducir la información que leía en los periódicos franceses. También tenía sus propias fuentes policiales y una nutrida red de descendientes de españoles que trabajaban en lugares parisinos en los que siempre pasaban cosas. Conocía a muchos funcionarios de rango medio, y la mayoría de las casas buenas de los distritos VIII y XVI tenían porteros españoles, por lo que no había movimiento en estos vecindarios —un emiratí que se compraba la casa más cara de Francia, la salida indiscreta de algún rey— que se le pasara.

Tenía controlados también los principales *tabacs* y los establecimientos de comida china y libanesa para llevar, por si ocurría algún altercado. Y, por supuesto, conocía a algunos traficantes de poca y mediana monta y también a algún capo que le proporcionaban informaciones de lo más variopintas: desde la rica heredera que se había instalado en el piso de papá con un rapero congoleño hasta si se había celebrado alguna fiesta en la que se hubiera consumido una cantidad inusual de droga.

Faustino lo llamaba sus redes de información, aunque por lo general solo le proveían de datos sin importancia, más o menos frívolos, e informaciones menores sobre sucesos. O no tan menores, porque los detalles servían para hacer sus crónicas más ricas, sin esos matices fríos que solían derivarse de los corta-y-pega con traducción de los medios franceses que hacían otros corresponsales.

Habría que considerar —se reconocía— que hacía muchas décadas que había dejado de ser un corresponsal español en Francia para convertirse en un francés que escribía en un periódico español. Su matrimonio con Jacqueline, la mujer de todo un ministro, le había naturalizado y apenas seguía ya las informaciones nacionales. En París había asuntos que siempre eran importantes, o que algún día podían serlo. ¿No había empezado todo lo *woke* en el sesenta y ocho? En París, en Lutecia, estaba el germen de todo. Quizás fuese el Sena, la luz, pero era tierra fértil para las ideas. Aunque estas fueran malas. O perversas.

Un portero de una calle aleadaña a la avenue Foch le había contado hacía unos años que la policía había visitado un dúplex de su edificio para interrogar al dueño. A la salida había escuchado a los agentes hablar de drogas, de sumisión química, de si era violación y de que había otras familias importantes... Y más casos. Faustino le escuchó con atención, pero no le dio demasiada importancia. Quizá se quedara en nada. Podría saber si había noticia cuando recibía algún soplo de la policía, que trataba de mantener siempre el máximo secreto de sus actuaciones para evitar filtraciones. Sobre todo, si atañían a casos en los que mantener en secreto la identidad de las víctimas era considerado una prioridad.

Un funcionario amigo que estaba a punto de jubilarse le llamó para contarle que en Batignolles iban a juzgar a una persona importante por una fiesta en la que habían drogado a varias mujeres y las habían violado mientras estaban inconscientes.

XXVII

Faustino metió a Socorro en un tren a Orleans y le explicó que allí debía esperar media hora hasta que saliera otro tren a Lamotte-Beuvron, donde —según le había dicho Pila— la recogería un coche para llevarla a La Chênaie. El periodista estaba pletórico, si es que ese era el calificativo para la risa nerviosa que se le escapaba cuando le contaba a Socorro que las webs de algunos medios importantes habían publicado que comenzaba un juicio contra varios invitados de Philippe Rohmer, dueño de una fábrica textil. Una de las chicas que habían asistido a una de sus fiestas, llamada Cécile Schneider, había denunciado que la habían drogado para abusar de ella.

En un principio, la policía se había centrado en el hijo de Rohmer, su novio, pero la joven había estado espabilada y los agentes habían certificado que había ADN de más de una persona en las muestras biológicas recogidas en los exámenes médico-forenses que le habían practicado. No tenían la espectacularidad —y, sobre todo, el nombre rimbombante— de las pruebas de violación de las series americanas, pero eran igual o más minuciosos. Al final, solo habían encontrado semen de los jóvenes, que, por supuesto, alegaron que la chica se había pasado de copas y que había querido montarse una juerga. Como en muchos casos similares, no había lesiones ni desgarros compatibles con una agresión, pero aquello había derivado en el clásico intercambio de una palabra contra otra: ella insistía en que no bebía, frente a los chicos, que contaban que había tomado

ketamina, MDMA, popper y cantidades ingentes de cocaína... Y que cómo iba a recordar nada. Los análisis eran compatibles con lo que habían declarado los acusados, pero ella sostenía que la habían drogado.

El caso parecía hecho a medida para avivar el debate entre quienes creen estar bajo el yugo de la justicia patriarcal y quienes pensaban que a los hombres se les estaba privando de derechos. Las asociaciones feministas de izquierdas organizaron llamamientos, *trends* en redes sociales y artículos defendiendo que a ella había que creerle. Frente a esta visión mayoritaria, no tardaron en surgir voces que pedían que las sentencias debían circunscribirse a las pruebas —¿a qué si no?—, en lugar de condenar al hombre de manera preventiva sin juicio. Por supuesto, los razonamientos lógicos de estos últimos quedaban colonizados por declaraciones analfabetas de *influencers* que negaban las cifras de violaciones, cuando todos los estudios indicaban que había muchas más agresiones de las que se denunciaban. La discusión se había simplificado tanto que el llamado *zasca* de redes sociales —el corte de toda la vida— y las sentencias rápidas —un tacleo verbal— habían sustituido a los argumentos en debates que acababan con vídeos de señoras bailando *El violador eres tú*, de Las Tesis.

Una de esas concentraciones fue el primer reportaje que Miriam Sánchez firmó para *El Matinal* sobre el *affaire* Schneider. Por su parte, Faustino movió sus redes para tratar de hacer una crónica más o menos ponderada del caso: el entorno de la familia Rohmer, sus negocios, los amigos a los que invitaban a esas fiestas. El debate que había agitado a Francia no tardó en trasladarse a otros ámbitos. La izquierda quería tratar a las mujeres como menores y la derecha se erigía en garante de sus conquistas sociales porque era la única valedora frente a religiones —la musulmana, claro— que sostenían

que el testimonio de una mujer valía la mitad que el de un hombre. Y, en menos de una mañana, la controversia había virado hacia la renuncia de Occidente, la alianza de civilizaciones o si los ricos eran más peligrosos para las mujeres que los terroristas del ISIS, que habían violado y esclavizado a miles de yazidíes.

A Cécile Schneider, la chica, la víctima, no le había ayudado que los abogados carísimos de los acusados hubieran encargado informes en los que se contaba una vida más o menos disoluta que ella reflejaba sin pudor alguno en sus redes sociales. En su contra, las redes sociales comentaban los coches de los padres, los pisos en París, las botellas que pedían en las *boîtes de nuit*.

XXVIII

Socorro se enteró del *affaire* Schneider por lo que leyó en la aplicación de *El Matinal*. No estaba en las posiciones destacadas que garantizan que los lectores hagan clic en la noticia, pero sí lo suficientemente visible como para situarse entre las más leídas del diario, pese a no tratarse de información nacional, que siempre interesaba más. «Violación grupal» o «la manada pija» eran expresiones que alimentaban los instintos más morbosos. También ayudaba que se calificara de «mansión» la casa en la que se produjeron los hechos.

El tren de París a Orleans sorprendió a Socorro porque parecía mucho más anticuado que los que solía coger. Al menos —pensó la periodista— estaban siendo puntuales. En España, el servicio ferroviario se había deteriorado tanto que muchos habían decidido no utilizar ni siquiera la alta velocidad, otrora orgullo nacional, al pensar que probablemente llegarían tarde a su destino.

En la gare d'Orléans se puso nerviosa, pero enseguida vio en los monitores el número de la vía en la que estaba estacionado el tren que iba a Lamotte. Este también le pareció viejo, como si lo hubieran aireado después de que alguien hubiera fumado dentro, pero salió igualmente sin retraso. Media hora después llegaba a su destino. Le pareció un pueblo del Oeste: una sola calle con los comercios, la estación y un hotel, el Tatin.

—¿Sabes que ahí se inventó la tarta Tatin? Si quieres te cuento la historia, porque me la han contado ya unas mil veces.

No había reconocido a Pila, que acababa de bajarse de un coche muy raro, de aspecto antiguo, conducido por un señor que también se apeó para coger su maleta. Socorro se acomodó en la parte de atrás.

El campo de Sologne no tenía nada que ver con España. Era muy plano, con muchos castaños y robles, muy verde, con mucha agua. Había infinidad de pequeños estanques que salpicaban el paisaje. Veinte minutos después llegaron a La Chênaie. La casa —el *château*, especificaron a Socorro— era impresionante, mucho más lujosa y rica que las de la familia Lequerica, que ella conocía tan bien. Se alzaba frente a un estanque sobre el que sobrevolaban patos.

Los perros salieron a recibir el coche. El conductor redujo la velocidad casi al mínimo para poder reaccionar si alguno se ponía delante. Al llegar a la puerta, se detuvo. Socorro y Pila bajaron y los perros se les subieron casi a la altura de la cintura. Enseguida apareció un tipo rubio, muy alto y espigado, vestido con unos pantalones de pana y un jersey de lana. Iba descalzo, por lo que las chinasy de la entrada debían de estar haciéndole daño en los pies.

Pila cogió a Socorro del brazo y la arrastró hasta situarla frente al tipo.

—Este es Mathieu. Es paisajista.

Se notaba que era una persona muy tímida. No sabía muy bien qué decir para presentarse.

—Los jardines de aquí no los he hecho yo, así que no te cortes si te parecen descuidados. Pierre es tan mirado con el dinero... que nunca ha querido que le planteara ninguna idea para arreglarlos.

Hablaba un español perfecto, con un acento suave. Ella se presentó como periodista e hija de Antonia. ¿Qué iba a decir?

Apareció entonces Pierre, con ese aire despreocupado de las personas seguras de sí mismas. Venía acompañado de más perros.

—Socorro, ¿verdad? Encantado. Yo no hablo tan bien español, aunque me defiendo, que para eso mis padres me mandaban de joven a España. Si prefieres nos podemos entender en *anglais*.

La recién llegada negó con la cabeza, avergonzada y compungida. Nunca antes de ese momento se había sentido tan limitada por no saber idiomas. Hizo una pequeña reverencia para compensar. Pincho salió en el momento justo para escuchar.

—Sí... yo solo quiero hablar con mi madre.

Lo dijo con una voz quebrada, la garganta anudada por la pena y los nervios. La mayor de las Lequerica habló:

—Tu madre está en la cocina enseñándoles a preparar los patos como hacemos las palomas en El Lanchar.

La cogió de la mano y caminaron hasta donde Antonia se hacía entender con señas ante una rumana y una etíope, que no hablaban ni papa de español. Los perros de las Lequerica, Soja y Habita, tenían acobardados a los de la casa, pese a que los labradores les doblaban el tamaño. El olor del coñac y de las cebollas dulces caramelizadas impregnaban la estancia.

Dejó adelantarse a Pila, que ya la había puesto al corriente de que Antonia no se encontraba bien y que podía estar enferma. Que se había empeñado en que se iba a morir de lo mismo que su abuela. Había tensado tanto la garganta para evitar el llanto que le dolía muchísimo. Si hubiera sabido hacerlo, habría pedido un vaso de agua.

Antonia se puso muy contenta de ver a su hija. Caminó hacia ella y la abrazó. Entonces, como en una película, todos —Pila, Pincho, Pierre y Mathieu— comenzaron a llorar. Solo madre e hija se esforzaron por contener el llanto.

Pincho y Pila acompañaron a Antonia y Socorro a un recodo del salón, donde había un sofá y un par de sillones para que estuvieran

solas. Se sentaron juntas en el pequeño sofá.

—Pero, mamá, ¿cómo no me has dicho que estabas mal? Te habría acompañado al médico. ¿Y qué porras haces aquí? ¿Por qué no te están operando o algo?

—Hija, si todavía no me han dicho nada. No sé por qué te han llamado las señoras.

—Porque por lo visto dices que te vas a morir de lo mismo que tu madre, que te pasa lo mismo.

—A lo mejor no. Ya veremos.

—Cuando te operen, si te tienen que operar, me pediré las vacaciones. Total, para el caso que me hacen en el periódico. Uy, perdón, no quiero decir... Que me voy a pedir las vacaciones para estar contigo desde ya.

Y añadió, poniéndose solemne, aunque sabía perfectamente la respuesta.

—Si me puedo quedar.

—No creo que haya problema. Y te diría que las señoras ya se han adelantado para arreglarlo.

Su madre rio y le dio un beso. Socorro no despegaba la mejilla de la de Antonia, como si hubiera hecho ventosa.

XXIX

Los programas y tertulias de televisión en España también se interesaron por el *affaire* Schneider —el «caso Schneider» o el asunto, como había traducido alguno—. Antes de dar paso a las peleas habituales entre los tertulianos, cada cadena conectaba con su corresponsal en París. Miriam Sánchez era joven, mona y funcionaba. Además, hablaba con apasionamiento del caso, incluyendo expresiones como «el machismo mata», «ni una más» y todas esas construcciones que se habían puesto de moda al tratar la violencia sexual desde el feminismo imperante que había contagiado tanto a los medios de comunicación como al discurso político.

Arri había encendido la tele al llegar a casa y la tenía de fondo mientras su madre ordenaba en la cocina las provisiones que habían comprado en El Corte Inglés. «La niña —suspiraba Arri madre— comía poco y mal, a deshoras, cuando la dejaban». Le había comprado latas de berberechos —¡el hierro!—, de atún —socorrido— y de anchoas, que era lo que le gustaba. También otras cosas: All-Bran —el que «cementa» en la boca—, leche de soja y galletas de arroz. Arri le contó a su madre que el aspecto de su nevera siempre hacía reír a Luis Gordon cuando la abría.

—No quiero ni imaginar los ruidos que te hace la barriga de hambre —respondió ella.

—Le dije que se llamaban borborigmos. Lo sabía porque lo había leído en un libro de Amélie Nothomb.

A la madre no le gustaba un pelo el nuevo novio —ella decía ligue— de su hija.

—¿Y qué te dijo él?

—Que era un buen nombre para un vino.

Y se echó a reír. La madre se limitó a una caída de ojos. Nunca imaginó que su hija acabaría siendo modelo, pero tampoco que iba a caer en las redes de un sujeto como Luis, que era solo diez años más joven que ella y conocido en la prensa y en las redes por ser un conquistador. «Un follador», le habían dicho las amigas antes de saber que había empezado a salir con Arrixaca. Y cuando lo supieron, les faltó poco para llamarla, para preguntar —con una mezcla de envidia y curiosidad malsana— por un tío que estaba de moda y conocía a lo que ellas consideraban la «alta sociedad», «la jet» o, simplemente, que salían en el *¡HOLA!* La gente que a ellas les resultaba familiar, porque ahora aparecían jóvenes que no sabían quiénes eran. Arri podía haber sido una de ellas, pero había decidido juntarse con un famoso de toda la vida.

Por aquello de la proteína, Arri madre había incluido en la compra huevos, pavo y el queso *cottage* que recomendaban en todas las dietas. Iba a hacer un comentario al respecto cuando vio a su hija absorta mirando la televisión. Una periodista de París contaba que a una chica que había ido a una fiesta la habían violado.

—¿Entonces has quedado con el tal Luis esta tarde?

—Calla, mamá, que quiero escuchar esto.

—Lo he leído antes no sé dónde. Pobres chicos. Ella no tiene pruebas.

Arri miró a su madre y pensó en contarle sus sensaciones al despertarse aquella mañana en Francia. El médico le había dicho que todo era normal y tampoco tenía pruebas de que le hubiera pasado nada. Y ella había preferido olvidar. En su caso también era

gente importante, con dinero. Por lo menos así eran los invitados con los que había hablado cuando estaba consciente. Y la noche había tenido un final feliz a tenor de esa marca, que, según Jean-Paul, se había interesado en contratarla.

Dejó que su madre siguiera ordenando la despensa en pequeñas columnas de latas de atún al natural. Entonces sonó el teléfono. Era Luis para invitarlas a comer a un restaurante italiano que estaba muy de moda.

—Me han pedido que vaya. Lo acaban de abrir y quieren que salga en los medios. El vino blanco de la casa es uno de pasto que estoy haciendo y que espero que le guste a la gente. Es el primero que hago que no es fino.

A Arri no le apetecía ir, pero pensó que a su madre le podría divertir comer con Luis y ver cómo le trataban las camareras, la gente que se le acercaba a pedirle fotos. Lo que era ir con alguien conocido como él. La modelo no se tomaba al bodeguero en serio. Era muy realista: sabía que él nunca querría ser el padre de sus hijos, si es que algún día se decidía a tenerlos. De momento, no tenía ganas. Se le habían quitado.

XXX

Pincho y Pila tenían once y nueve años cuando nació el hijo de su padre con Arianne Bernard. Era un niño más que deseado, anhelado. Por algún motivo —y todos pueden imaginar cuál— Ignacio Lequerica siempre había sentido que sus dos hijas no habrían colmado las expectativas de su padre. Como si solo un hijo, un varón, otro Ignacio Lequerica, pudiese estar al mando del diario que había fundado su bisabuelo en 1903. E Ignacio era, sobre el papel, todo lo que su padre podía esperar: guapo, buen estudiante, simpático... Podía decirse que era un poco tontorrón con las mujeres —la suya le sabía manejar—, pero disfrutaba mucho de la parte social, que también es muy importante para un medio. Se le daba bien. Y tenía agallas para aguantar rapapolvos de políticos y empresarios, de anunciantes, si no les gustaba algún artículo de los que se publicaban en el periódico. La verdad era una materia prima delicada que se maleaba fácilmente al venderla como información.

Cuando Pincho aún no había conocido a Fernando, don Ignacio le preguntó qué creía que le deparaba la vida.

—Supongo que casarme y tener hijos. Y quedarme en casa.

La respuesta de la joven le inquietó.

—Pues sí, papá, pero también ser periodista y, si se puede y me lo merezco, dirigir *El Matinal*. O convertirme en la editora. Me encantaría hacer lo que haces tú. Lo que hacía el abuelo. O el fundador.

El padre sintió una pizca de orgullo —a qué padre no le gusta que su hija le admire y quiera seguir sus pasos—, pero también de culpabilidad. Desde que nació su hijo, Ignacio sabía que sería él quien debía ocupar el puesto más relevante en Editasa y, sobre todo, que una mujer no estaba preparada para pasarse la vida en la redacción de un periódico. Ni siquiera su hija, en la que reconocía virtudes que le faltaban a su hijo.

Pincho sufrió mucho porque conocía a su padre y sabía que nunca le permitiría llevar a la práctica lo que ella creía que tenían que ser los medios.

—¿Y tú qué crees que debemos hacer? —le preguntaba a su hija, simulando que para él no era otra cosa que una manera más entretenida de lo que él consideraba jugar a las casitas.

—Pues, papá... Creo que, para los lectores, los periódicos son una ventana a muchos mundos, a otras personas. Una manera de ver las cosas, siempre con la verdad. Si no son independientes, la democracia es imposible.

Don Ignacio no pudo evitar reír.

—Pero vivimos en un régimen... Y si algún día... Franco... tú sabes.

—El hecho natural del que habláis a veces.

—Pues eso. Don Juanito está aquí y está bien casado. Y ya tiene un hijo. Con él supongo que el régimen pervivirá de alguna forma. Si firmó los Principios del Movimiento, será por algo.

Pincho se encogió de hombros.

—Pero es que España no puede ser una anomalía en Europa y Occidente.

—No es una excepción. Está Portugal también. Ya sabes que no somos franquistas y que pocos han hecho más por la vuelta de la

monarquía que esta familia, pero hay que reconocer que el Caudillo nos ha traído paz, prosperidad y estabilidad.

Aún nadie había acuñado el término «excepción ibérica», pero Pincho se dijo a sí misma que España no podía ser una excepción. En ese momento habló su hermana, que estaba haciendo un solitario sobre la mesa mientras escuchaba a su padre y a Pincho.

—Papá, pues yo creo que Juanito va a hacer algo. Yo no le he tratado mucho, pero conozco a chicos que sí lo han hecho y parece que tiene claras las cosas, aunque no se lo pueda decir al *caudillo* —dijo, haciéndose eco de un chiste inocente que entonces corría entre los españoles.

—Y además, en 1971, la BBC dijo que, en su viaje a Washington, explicó que haría evolucionar el régimen —apostilló Pincho.

Don Ignacio rompió a reír.

—¿Tú de verdad crees que alguien va a renunciar a todos los poderes del Estado? Habéis leído demasiadas novelas. En fin... ¿qué van a saber dos niñas como vosotras? Lo que tenga que pasar, pasará, pero ya os digo que niñas como vosotras os enteráis de poco. Si sois unas privilegiadas...

XXXI

Pila se acordaba muchas veces de aquella conversación. Pocos años después de que hubiera tenido lugar, ella ya sabía lo que pasaría. Con el tiempo se dijo que la Transición había sido una sorpresa porque el franquismo no conocía la voluntad de la oposición ni la oposición tenía idea de lo que querían los franquistas. Sin embargo, Pila —que entonces era una jovencita guapísima y vivaz— iba de cama en cama y se quitaba la camisa vieja para ponerse la nueva con chaqueta de pana. O mejor sin camisa, descamisada. Para entonces ya conocía muy bien a Juanito, «Alteza», como siempre se refería a él, aunque él insistiera en el tuteo. Con doña Sofi también se llevó bien, aunque ambas supieran que Pila había tenido sus líos con el marido.

La menor de las Lequerica había transitado entre la relativización y la indiferencia ante asuntos que a otros les parecían importantes. La gravedad, para ella, era motivo de risa, no de drama. Algunos —en ocasiones su propia hermana— calificaban su forma de ser de frívola. Tan displicente con el resto, insobornable y poco dispuesta a aceptar las debilidades ajenas. Siempre tuvo claro que no querría estar con nadie porque creía que no había hombre capaz de aguantarla, de dejarla ser libre. Tampoco veía a ninguno aceptando la relación casi simbiótica que tenía con su hermana mayor. Solo estuvieron alejadas los tres años que Pincho vivió con Fernando. Entre otras cosas porque el joven matrimonio se había trasladado a París y ella siempre estaba ocupada escribiendo artículos para la

corresponsalía de *El Matinal*. Fernando fue bien recibido por don Ignacio, que pensó que le daría nietos y que a su hija se le quitaría la tontería de ser periodista.

Pincho y Fernando vivieron un noviazgo casi perfecto entre viajes, conferencias y cenas. Conocieron a mucha gente relevante de la época. Alternaron con familias importantes y ricas, con los políticos que mandaban, las élites del régimen —incluidos los Martínez-Bordiú— y también con los intelectuales franceses que tanto admiraba Fernando. El dinero de los Fernández de Córdova —y los contactos de tío Alfonso— les abrían todas las puertas. Lo normal: eran una pareja atractiva, con esa actitud que los convertía en invitados ideales. Interesantes, simpáticos, con una historia. Como les pasaba a otros españoles, quienes no conocían España se quedaban sorprendidos de lo liberales y modernos que podían ser dos ciudadanos que habían crecido en una dictadura contemporánea a la de Hitler, aunque, como sus dictadores, tuvieran finales muy diferentes. Uno se pegó un tiro en un país arrasado por la guerra y el otro murió en la cama.

Durante esa época, Pila se convirtió en la mujer que sería los siguientes cincuenta años. Se dejó querer por toreros, sedujo a cantaores y, posteriormente —un poco por molestar al retrógrado de su padre—, empezó a salir con periodistas, que además le parecieron los seres más divertidos del mundo. Tenían ego de artista y pretensiones de millonario, pero estaban constreñidos por el apremio del día y por unos sueldos raquíticos. Conoció de cerca a los más prometedores y conservó la amistad de quienes cumplieron las expectativas. Hubo muchos idiotas que quisieron acercarse a ella por ambición, pero la mayoría olvidaba enseguida que era hija del dueño del periódico más relevante de España. Con esos se comportó como

una mantis religiosa. Pero a ella no le hacía falta reproducirse para comerse al macho.

Durante las seis semanas que duró el viaje de bodas de Pincho y Fernando —el barco de un amigo por las islas griegas y un viaje por Estados Unidos—, Pila se fue de safari con el tío Alfonso y sus amigos *taquimaris*, como decía él a los mariquitas. Se lo pasaron muy bien, y ella se divirtió con el regocijo de la pandilla ante los cuerpos fornidos de los guías y rastreadores. Pila mató un búfalo, un león, un leopardo y un elefante. El primero y el último. Le dio cierta pena, algo que le ocurre a muchos cazadores con los paquidermos. Muchos años después, cuando salió la foto de Juanito con el elefante muerto, supo que su reinado había terminado. Y entendió por qué. Su tiempo había pasado.

Cuando Pincho y Fernando, ya casados, se instalaron en París en un piso de la rue de Varenne, le prepararon un cuarto a Pila, además de los reservados para el primer hijo que tendría que venir y la niñera. Pila viajó a París muchas veces antes de que su hermana enviudara. Tenía motivos de sobra para ir a Francia sin depender socialmente de Pincho y Fernando: su pandilla de caza, que era divertida. Giscard la invitaba a Chambord y también aceptaba propuestas de otros amigos con fincas, que disfrutaban de su carácter, tan salvaje como su físico. «La mujer más guapa de España», decían de ella las revistas.

Pincho no se preocupó por que los niños no llegaran en el primer año de casada. El ginecólogo le dijo que quizá se debía a que trabajaba demasiado y le sugirió dejar la corresponsalía de *El Matinal*, algo que ni siquiera quiso considerar. La idea de verse esperando a su marido todo el día en el piso de la rue de Varenne —o peor aún: perder el tiempo yéndose de compras o dedicándose a esas actividades culturales *soft* propias de su sexo, la visita al

museo, la charla con el filósofo— no le parecía compatible con la vida que quería, aunque incluyera ser madre. Había conocido colegas que habían tenido hijos sin que su escritura se resintiera.

Sin embargo, reconsideró su decisión cuando, meses después, seguía sin quedarse embarazada y su padre volvió a decirle que se dejara de tonterías y tuviera hijos. Había tomado una decisión al respecto —pararía de trabajar y se centraría en ser madre— cuando Fernando murió esquiando en Gstaad, un viaje en el que también estaba Pila.

Pincho nunca encontró consuelo para su soledad, aunque sentía que sus lecturas, *Juglar* y ese hambre que no sacia escribir una buena historia siempre la acompañaban.

XXXII

Chambord es el castillo más bonito de todos los *châteaux* que pueden verse en el Loira. Hay otros muchos que merecen la pena: Chenonceau, Blois, Cheverny, Amboise... Pincho y Pila ya habían ido con Pierre a visitar algunos antes de que Socorro llegara a La Chênaie para estar con su madre. También habían ido a Chambord, pero a ninguna de las hermanas les importó acompañar a Socorro y Antonia a verlo. Pincho les iba contando todo lo que sabía. Les habló de la simetría, de la planta cuadrada perfecta y del entramado de los tejados, casi del gótico tardío. Les metió una buena perorata cuando llegaron a la escalera que algunos atribuyen a Leonardo Da Vinci, que había muerto cerca, en Amboise, en 1519, el mismo año en que empezaron a levantar Chambord, de modo que nunca lo vio terminado. Para probar lo ingenioso de la construcción, en la que madre e hija no parecían muy interesadas —¡como para estarlo!— les hizo subir a una y bajar a otra. Cuando no se cruzaron, las dos se miraron con cara como de qué curioso. «Si no parece que...», decían cuando se veían. Entonces, la directora de *Juglar* sacó su tono explicativo. Cada espiral era una escalera independiente y las aberturas hacían creer a quienes subían por una escalera que estaban a punto de cruzarse con quienes utilizaban la otra. Sin embargo, nunca llegaban a encontrarse. «Eso es típico de Leonardo —sentenció—. Los planos del castillo, el planteamiento, se relacionan con Domenico da Cortona, al que los franceses llamaban Boccador, boca de oro, sería por el pico. Pero en algunos dibujos de

Leonardo ya aparece una escalera como esta, luego... se le puede atribuir».

—Leonardo es el de la Monalisa, ¿no? —preguntó Socorro.

—Es broma esa pregunta, ¿no?

Pila escuchaba sin decir nada. Ella también podría hablar de Chambord y contarles las cosas que sabía del castillo. Describirles la habitación en la que había dormido cuando la invitaron a las cacerías presidenciales y cómo se disponían las mesas en las cenas. Sin embargo, solo acertó a decir: «No imagináis el frío que hace aquí dentro. Yo me dormía con el abrigo puesto pese a todas las mantas que nos ponían y a que la chimenea estaba encendida. Siempre me acordaré del vaho que nos salía de la nariz al respirar». Pincho no pudo reprimir las ganas de burlarse de su hermana. «A saber con quién estarías aquí». Y Pila le correspondió con una risita, pero no desveló el misterio. «Con alguien que conocías bien».

La mayor de las Lequerica prosiguió. «Fernando te acompañó a alguna cacería mientras yo trabajaba y me dijo que... siempre se te disputaban».

Pila rara vez era áspera con su hermana cuando hablaba de su marido.

—Bueno, qué sabría Fernando. Desde luego aquí nunca me acompañó.

—Qué misteriosa te pones.

Pila volvió a subir la escalera de Leonardo y se perdió sola por Chambord.

XXXIII

El debate sobre el *affaire* Schneider había ido en Francia mucho más lejos y profundo de lo que lo hubiera hecho de haberse producido en España. La chica admitió que quizás hubiera accedido a acostarse con su novio, el hijo del organizador de la fiesta, pero que no se acordaba de haber accedido a hacerlo con sus amigos, que le parecían bastante repugnantes, que es como se traduce *dégoûtant*.

De nuevo la sombra del caso Pelicot se cernía sobre este asunto. Como ya había sucedido con otra señora en Inglaterra que acusaba a su marido y seis de sus amigos de violarla durante trece años. La víctima había renunciado al anonimato que garantizaban los tribunales para que la identidad de los perpetradores quedase al descubierto. Aquello era lo que había hecho que los medios, y sobre todo las redes sociales, identificaran a las partes del caso. Se abrían hilos y se cerraban con la ligereza del que se dice experto de la materia del momento para lograr interacciones.

Aun así, los argumentos se repetían por aquello de que las redes canibalizan a los medios de comunicación.

La palabra de uno no tendría que valer más que la de otro, pero era fácil admitir que casi ninguna mujer accedería a acostarse con los amigos de la persona a la que quiere. Se hacían analogías certeras. Nadie pondría en duda su palabra si ella hubiera denunciado el robo de su cartera... pero el sexo, en muchos casos sí que se da a cambio de nada y a desconocidos. Quién no ha leído las aventuras de Catherine M. en el Bois de Boulogne. Para la víctima,

Marie —ese era su nombre—, todo lo que no fuera comportarse como Maria Goretti le perjudicaba. La *Vierge Marie*, la llamaban para burlarse de sus acusaciones. Y lo que había hecho, las experiencias que había tenido, sus estudios sobre literatura —una tesina sobre Dominique Aury e *Historia de O* que fue convenientemente analizada—, desmentían la reputación intachable que se le suponía a una víctima de violación, al menos a ojos de los nuevos tiempos que corrían. Tampoco ayudaba que, tras la denuncia, hacía ya dos años, ella hubiera acabado esos estudios y quisiera perseverar en la enseñanza universitaria.

Otro aliciente del debate era la variante social, la diferencia de clases. Los acusados de la agresión tenían dinero, pero ella era una estudiante de clase media que había disfrutado de invitaciones de otros conocidos con dinero. Las redes sociales hablaban de sus intervenciones más o menos atrevidas en clase, de su alegría al interactuar con los chicos de su edad, de dos novios, también ricos, que había tenido. Pero ella no se cansaba de decirlo. En su cuerpo había ADN de tres chicos que no eran su novio de entonces. Y eso no lo hubiera querido ni después de beberse la reserva de Jägermeister del mundo entero ni de meterse toda la *keta* que se fabricara en los laboratorios. «Lo que para mí es una decepción es que mi novio, o el que yo pensaba que quería ser mi novio, se hubiese unido a mis violadores. Eso es porque él también me violó», había dicho.

La sentencia tardó poco en ser pública. El novio de la chica salió exculpado porque ella admitió que había tenido sexo con él y no se pudo demostrar que le hubiera suministrado ninguna droga de sumisión química. El ADN de los otros chicos que hallaron en el kit de agresión sexual sí que se consideró una prueba de que lo que decía Marie era verdad. Y se les condenó.

Ayudó el testimonio de un camarero que la había visto inconsciente en un sofá.

XXXIV

Los días de primavera en La Chênaie se sucedían con la cadencia de las escenas de una película de la *nouvelle vague*. Las conversaciones del grupo se alternaban con las cenas, las comidas y unas sobremesas más o menos melancólicas. También había tiempo para visitas culturales, lecturas al calor de las chimeneas o echarse al sol aún tibio de las mañanas de abril. Salieron alguna vez al campo. No era temporada. Solo Kaori fue de caza para matar un jabalí. Después, aquella delicadísima japonesa cogió su cuchillo, destripó al animal y se lo quiso servir en algún tipo de preparación al grupo. Pierre se lo impidió porque había que mandarlo al veterinario para hacerle las pruebas de triquinosis.

—En cualquier caso, yo no pienso tomar carne de jabalí sin cocinar. Vamos, tampoco comería cerdo o pollo.

Al final, la ceramista japonesa amiga de Mathieu resultó ser una persona bastante peculiar, no menos que el resto de la comitiva. Hasta tenía un pasado andaluz porque se había colocado de *au pair* en casa de unos sevillanos. Hizo buenas migas con Pila, que le enseñaba en el móvil fotos suyas de cuando era joven, sola o con toreros, gitanos, príncipes. «Somos un grupo particular: dos solteronas ricas y cascarrabias, dos mariquitas, una japonesa cazadora, una moribunda imaginaria y su hija periodista metomentodo», bromeaba Pila cuando se le calentaba la boca con la copita de la Vieille Prune de Souillac, un licor de ciruela que venía en

una botella grande con una etiqueta escrita en caligrafía de señora mayor.

No molestaba a nadie porque todos eran conscientes de que, si uno se quería burlar u odiar a alguien, había que empezar por uno mismo. Kaori era muy discreta, pero bajo los efluvios de un par de copas de Sancerre contaba con su español japonizado detalles de su trabajo con los Castel. «Querían escenas bastante clásicas. Con muchos animales y naturaleza». Como tantos japoneses, estaba fascinada con el flamenco y todo lo que había absorbido en Sevilla. Por eso, le fascinaban las historias de Pila. El trabajo de Kaori para los Castel era un misterio.

—El *château* debe de ser impresionante. Por lo menos se están gastando un dineral en reformarlo —dijo Mathieu.

—Es gracioso porque hay un par de cuartos en los que se han esmerado más con la decoración. Tenían muy claro lo que esperaban de mí. Hasta me dieron un dibujo exacto. Querían ninfas y faunos... muy mitológico —continuó Kaori. Su francés no era demasiado bueno, pero se hacía entender ayudada por una gesticulación oriental y unos ojos vivísimos. Tenía una educación excelente, delicada, muy prudente. De repente se descolgó—: Me encantaría que pudierais visitar el castillo. Están dando velocidad a los últimos detalles de la decoración porque lo quieren inaugurar a finales de esta semana.

—Pues lo podríamos intentar. Seguro que a la procesión de monstruos de cierta edad que estamos aquí nos gustaría ver lo que has hecho. Lo mismo tú puedes llamar a Colette, a madame Castel, para recordarle la amistad que la unía a tus padres —dijo Mathieu dirigiéndose a Pierre.

—Mi madre tenía en común con Colette el confesor, que ya murió hace tiempo. Ella debe de ser de vuestra edad, contemporánea de

mi madre, quizás un poco más joven, pero a quien de verdad trataban era a mi padre.

—Está en tus manos —insistió el paisajista.

—Como tenéis tantas ganas, estoy dispuesto a tirar de la amistad de mi padre con Victor, el marido.

—Pues si tienes que recurrir a esa carta... mejor que sea por un buen motivo.

Kaori, que había estado abstraída de la discusión y desconocía los motivos de las reservas de su anfitrión, sentenció:

—Es el trabajo que he hecho del que me siento más orgullosa. Os vais a llevar una sorpresa.

XXXV

Pincho se sentía satisfecha de haber accedido a pasar unos días en La Chênaie. La presencia de Pierre y Mathieu, la peculiar manera en la que se trataban, su relación de iguales, la aversión a la ciudad de los dos, tan tradicionales y al mismo tiempo tan ¿modernos?, le hacían reconciliarse un poco con aquellos años que había vivido en Francia, los más felices y a la vez los más tristes de su vida. Pensó en el hijo —o en los hijos— que le hubiera gustado tener con Fernando y se imaginó cómo habrían sido. Y si hubiera sido una buena madre. ¿Los habría aceptado tal y como eran? Pensó que ojalá le hubieran salido tan sensibles como Pierre. O tan guapos y simpáticos como su sobrino Ignacio, tan... ¿Cómo decían esas chicas jóvenes a las que el ágrafo de Ángel Rojo había dado columnas en *El Matinal*? Heteronormativos. Era verdad que su sobrino era noble, pero no sabía si tenía la sensibilidad y el hambre que se requiere para ser periodista, al menos uno de los buenos. Era demasiado... manejable, como su padre. Le faltaba arrojo. Pila siempre decía que los niños ricos que se hacen toreros no se arriman.

Y podría haber tenido una niña. ¿Cómo hubiera sido? Bastaba con mirar a su hermana y a ella para percatarse de que una misma educación podía dar productos diferentes. También le podría haber salido una hija como Socorro, no le hubiera importado, aunque suponía que su hija habría salido más lectora y menos hosca. Quizá lo que más echaba de menos de haber tenido una hija es que alguien se desviviera por ella como Socorro lo hacía por su madre.

Desde que había llegado a La Chênaie se ocupaba de todo lo que pudiera necesitar Antonia, con un gesto abnegado pero amoroso. Con la devoción de las hijas por sus madres. Con la misma que Pincho y Pila hubieran cuidado a la suya de no haber muerto cuando eran tan niñas. A su padre le habían querido, pero había sido distinto. Aunque Pincho intuía que las madres quieren más a los hijos que los hijos a los padres. No dudaba que habría querido a su hijo. Pero ¿y si el hijo o la hija no le hubiera gustado?

Mientras caminaba, comenzó a fijarse en las fotos de las paredes. Llegó a una zona en la escalera en la que vio una en la que se reconoció de joven. Con Fernando, vestidos de noche en la misma casa en la que estaban ahora. Fernando, muy guapo con su esmoquin y ella con un traje largo. A su lado, Pila. Muy rara, con una mueca de disgusto, también vestida de noche. Y muy al fondo, se veía a Guilhem, con una chaqueta de corte asiático muy bonita. Thérèse no aparecía. Se extrañó. La vio en la siguiente foto. Iba vestida de forma algo matronal, mayor, reflejo de su educación estricta y burguesa. En otra instantánea, con un sombrero y ropa de *tweed*, el padre de Thérèse. Miraba con gesto severo a Guilhem, que le hacía uno de burla.

Más adelante, los invitados a otra cacería junto al *tableau*, los animales abatidos durante aquella jornada. Pila también estaba en un extremo, un lugar impropio para ella. Iba con una falda de *tweed* y un marsellés que solía ponerse en aquella época. Pincho no acertó a verle el rostro, estaba muy difuminado. En el otro extremo adivinó las figuras de Fernando y Guilhem, riendo. Pensó en el que había sido su marido. Nunca le había dejado de echar de menos. Escuchó la voz de Pila. Preguntaba a alguien si la habían visto.

—Estoy aquí —gritó.

Pila subió las escaleras hasta donde estaba su hermana.

—Mira qué fotos han puesto aquí. He de decir que no sales muy bien.

Pila se miró, rascándose la cabeza.

—Seguramente tendría resaca. Me temo que ese es el *château* de los Castel. El que ha decorado Kaori.

Pincho se extrañó.

—Esa es la cacería a la que fuiste cuando murió Franco. Yo no pude ir porque tenía que trabajar.

Su hermana la ignoró y señaló la otra foto en la que se había fijado Pincho.

—Mira y aquí está el pieza de Guilhem burlándose de su suegro. Anda que si el viejo no se hubiera contenido le habría dado una paliza. Se la merecía.

—En esta sale con Fernando. Eran muy amigos. No me acordaba de que también seguían viéndose tanto en el campo.

—Creo que sí. Eran los dos muy parisinos, pero les gustaba el lado social de la caza.

—Me parece recordar que sí que fueron los Castel los que os invitaron a esa cacería. Yo no solía acompañar a Fernando en esa época porque andaba muy liada con el periódico.

—Te podrías haber escaqueado de trabajar.

—Te dejé ir con Fernando. No te quejarás. No lo había más guapo.

—Alguna otra vez quiso acompañarme, pero como no íbamos a dormir juntos, no me gustaba tener que pedir otro cuarto a los anfitriones... Aunque ya sabes que Fernando no era mi tipo.

—Ja, ja, ja. Fernando nunca hubiera intentado seducir a mi hermana. No era de esos.

Pila sintió que había llegado el momento de darle la razón a su hermana. Escucharon la voz delicada de Mathieu. «Pincho, Pila...

¿Queréis ir a dar un paseo?». Los dos perritos que estaban con ellas parecieron entender al paisajista y se empezaron a poner nerviosos. Sabían que había llegado la hora de salir al campo. Empezaron a aullar. Pila cogió por los hombros a su hermana.

—¿Vamos?

Y ella asintió alegre, aún mecida por los recuerdos felices. Pila parecía tan seria como en las fotos que había estado mirando su hermana.

XXXVI

A don Ignacio Lequerica no se le ocurrió llamar a su hija Pincho cuando, en la medianoche del 19 de noviembre, le dijeron que el estado crítico de la salud de Franco había llegado a una situación irreversible. «¿No se puede recuperar? ¿Volver a ponerse bien? Hace un año...». Al otro lado del teléfono, su interlocutor musitó un «ya está». Y se cortó la comunicación.

El editor de *El Matinal* solía enterarse de todo lo que sucedía en el entorno del dictador, aunque el ideario monárquico del diario le suponía no pocas restricciones por parte de los franquistas de la vieja guardia. O, más bien, entre los azules, las camisas viejas y la sangre nueva del régimen. El viejo Lequerica no sabía qué seguiría a la muerte de Franco. Tenía informaciones contradictorias. De un lado, el sector inmovilista no tenía muy claro de qué pie cojeaba el príncipe de España, a quien el caudillo había nombrado sucesor a título de rey. Las estructuras del régimen, los ensamblajes, pensaba que estaban listos para resistir pese a las presiones de Europa, de EE. UU. y de la modernidad. A no ser que la media España vencida se echara a la calle a hacer una revolución que nadie quería. De otro lado, estaban las encuestas que Fraga llevaba encargando a ICSA Gallup desde hacía muchos meses y de las que informaba puntualmente a Ignacio Lequerica. Aquellos sondeos particulares incluían preguntas delicadas en cuestionarios más amplios sobre productos comerciales. Hasta hicieron una encuesta sobre el proceso de Burgos: «Como usted sabe, el jefe de Estado ha indultado la

pena de muerte recaída en la sentencia. ¿Esta decisión le satisface a usted mucho, bastante, poco o nada?». El 74 por ciento era favorable a la clemencia. La sociedad española se notaba desenganchada de los principios del nacionalcatolicismo en otros asuntos y, como supo don Ignacio Lequerica con estupor, no había una mayoría aplastante en contra del aborto.

Por supuesto, también habían preguntado sobre la restauración de la monarquía depuesta en 1931. Solo la apoyaban cuatro gatos. «Nosotros», pensaba Lequerica.

Cuando habló con Santos Armestos, el talentoso periodista que acababa de ascender a jefe de la sección nacional de *El Matinal* ese mismo año, y que luego sería director del periódico, este ya sabía que el hecho biológico se anunciaría antes de que amaneciera. Por eso, por el férreo control de los medios, el director había mandado componer una portada con la noticia y cuatro páginas contando el desenlace del hombre que había regido durante casi cuarenta años los destinos de España. Cuando sobre las 5:45 se comunicó la muerte del dictador, mandó parar las rotativas y meter la nueva portada y las cuatro páginas extra. «Franco ha muerto» fue el titular.

Armestos no se había movido de la redacción de *El Matinal*, situada en la calle General Díaz Porlier, en toda la noche. Don Ignacio Lequerica llegó a primerísima hora acompañado de su hijo Ignacio, que ya tenía dieciséis años. Estaba exultante, pese a la preocupación y la presión de sacar adelante las ediciones con nueva información. El dictador había muerto a las cinco menos veinte de la madrugada.

—Es un día muy importante y, si vas a heredar el periódico, tienes que estar aquí. Es una jornada histórica.

Armestos dio una palmadita en la espalda al muchacho. Después le preguntó a don Ignacio si había llamado a su hija Teresa a París.

Era importante que recogiera las reacciones en Francia. Lo que hiciera Giscard era vital para lo que pudiera acontecer en el futuro de España.

El editor chasqueó la lengua. «Eso lo puede hacer Faustino. No quiero que mi hija se vea sobrepasada». El periodista dudó si contradecirlo. Tenía mucho aprecio profesional a Pincho. Sabía que era resolutiva y capaz. Ya lo había demostrado con la discusión y la tramitación de la ley francesa que había despenalizado la interrupción voluntaria del embarazo en enero de ese mismo año.

—Pincho escribe muy rápido y suele mandar sin problema. Además, tengo entendido que su hermana Pila tiene relación con el presidente de la República y lo mismo se entera de algo.

—¿Esa? Suerte tendrás si no está de juerga ahora mismo con él. Por casualidad, Pilar está en Francia porque la han invitado a una cacería en la casa de unos amigos de su hermana.

—Esperemos que esté con algún conocido de Giscard.

XXXVII

El presidente de la República fue muy hábil al lidiar con la muerte de Franco. Evitó los elogios que se le dedican a los muertos, la foto con Pinochet o Imelda Marcos y envió a Chirac, su primer ministro, al funeral del Caudillo que se celebró el domingo 23 de noviembre de 1975. Un día antes, Giscard sí que asistió a la proclamación de Juan Carlos como rey de España en las Cortes. Pincho escribió unas crónicas larguísimas hablando del mensaje que el presidente enviaba a los españoles y que su apoyo a una monarquía moderna era un hecho. Añadía además algunos detalles que le había comentado su hermana, Pila, que en varias ocasiones había estado cazando con Giscard y el príncipe de España. También había otro tipo de reacciones y, por supuesto, la del exilio republicano, que nunca se publicaron, pero de la que Pincho quiso saber, aunque para ello tuvo que ausentarse de la cacería a la que había sido invitada junto con su marido, Fernando, y su hermana. También estaban invitados los Villeneuve, que solían ser sus anfitriones los fines de semana que pasaban en el campo. En el último momento, Thérèse también desistió de acompañar a su marido.

Les Bruyères, la finca de los Castel en La Sologne, estaba tan solo a media hora de La Chênaie. Pero Fernando, Guilhem y Pila habían decidido aceptar la invitación a dormir para poder disfrutar de la pequeña fiesta que solía celebrarse después de la cacería. Los Villeneuve contrataban normalmente una orquesta de París y el grupo se quedaba bailando y bebiendo hasta la madrugada.

XXXVIII

A Socorro nunca se le había ocurrido preguntar a su madre cómo era don Fernando, el marido de doña Pincho, como decía su madre. Aunque ella, por ser compañeras en la redacción, le quitaba el tratamiento. Había nacido después de su muerte y siempre había asumido a la mayor de las hermanas como una persona sola, viuda, con una melancolía muy diferente a la alegre despreocupación de la que Pila hacía gala. Había en ella un aire más adusto. Más madurez que en su hermana pequeña, como si con la muerte de su marido le hubieran arrancado un trozo de algo. Para Socorro, el marido muerto de Pincho era una presencia constante, pese a que se hablaba muy poco de él. Eran esos silencios lo más destacado en el dolor de Pincho. Si al menos hubieran tenido un hijo. Ese es el motivo por el que Socorro nunca había sentido la necesidad de preguntar nada a su madre. Ni Antonia, muy leal a las hermanas, le había comentado nada a la hija.

Los pocos días que había pasado en La Chênaie, las conversaciones que había escuchado, las fotos... Todo eso picó la curiosidad de Socorro.

—¿Cómo era don Fernando? —le preguntó un día a su madre mientras tomaba un bizcocho de guindas con mucha mantequilla. Las dos habían sustituido el café por un té con leche, canela y mucho azúcar que les preparaban en la cocina de La Chênaie. El sabor le resultaba reconfortante, casero, aunque en su casa nunca lo

hubiera tomado. No estaba mal, pensaban con espíritu crítico Socorro y su madre, cómo se hacían las cosas en La Chênaie.

Antonia no se sentía mal. Tan solo decía que estaba algo cansada y atribuía esa pesadez de cuerpo a haber dejado de hacer alguna de las tareas rutinarias de las que estaba encargada en casa de las Lequerica. Era de las que sentían que trabajar, las obligaciones, cumplir... la hacían más ligera. Aun así, estaba disfrutando de recibir trato de invitada y de dedicar aquellas tardes a su hija, algo que nunca había podido hacer.

—Pues don Fernando era un hombre muy guapetón. Muy alto y delgado. Con ese ímpetu de quien siempre tuviera algo urgente y divertido que hacer. Era simpatiquísimo o al menos eso le parecía a doña Pincho porque, si no, nunca se hubiera casado con él.

—Pero no le conociste mucho.

—Pues entré a trabajar en El Lanchar cuando se comprometieron y en aquel primer año de novios viajaron poco. Para doña Pila debió de ser duro porque ella siguió yendo al campo y nunca dejaba de ir una sola mañana a cazar. Ni siquiera cuando su tío, don Alfonso, le pedía que dejara algún trofeo para su cuñado.

Socorro se puso en el lugar de Pila.

—Lo entiendo. Es como si le hubieran quitado a su compañera de juegos.

—Bueno, las dos hermanas eran muy diferentes, pero siempre se habían llevado bien. No creo que esa historia en la que estás pensando sea verdad. Ten en cuenta que Pila ya entraba y salía, como ha hecho toda su vida.

—¿Y qué tal se llevaba ella con su cuñado?

Antonia chasqueó la lengua.

—Pues bien. De vez en cuando salían juntos los tres, viajaban. Parecía que se llevaban bien.

Socorro no estaba al margen de la reputación de Pila.

—¿Y cómo es que Fernando Azcárate no se fijó en Pila, con lo guapa que dicen que era?

Antonia se echó a reír.

—Es que era demasiado joven. Y además Pila no era de las que se casan, como bien ha demostrado después.

Socorro se quedó pensando. Dejó seguir a su madre.

—Lo que sí es verdad es que a Fernando le gustaba estar con las dos hermanas. Y a doña Pincho creo que en el fondo le agradaba pensar que tan buen partido la hubiera preferido a ella antes que a su hermana. Supongo que lo decía en broma porque ella nunca ha sido presumida...

—Pero fue la verdad. Yo también hubiera preferido a Pincho. Es tan inteligente...

—Como lo era don Fernando. Por eso se gustaron tanto. Pila es mucha mujer... Supongo que por eso está sola.

Socorro se quedó pensando en lo que decía su madre.

—Como yo —dijo un poco de broma.

—No es lo mismo. Tú te crees poca cosa.

XXXIX

Antonia también le habló a Socorro de los dos meses que pasó en París ayudando a Pincho a organizar la casa de la rue de Varenne. O como decía ella, a imitación de Pincho, simplemente: *ruedevarenne*. Como aún no estaban casados, la mayor de las Lequerica se había instalado con ella en el piso vacío mientras su prometido seguía en su pisito en Le Marais. Había que mantener las formas pese a que aquel voto de castidad momentánea era mero trámite. Pincho no era tan liberal como su hermana y decidió guardarse hasta la boda como una especie de superstición, como si no preservarse contribuyera a que algo malo le pudiese suceder.

No era de ir a anticuarios ni de mirar revistas de decoración y si les tenía que echar un vistazo era por un criterio estrictamente periodístico. Como tampoco tenía mucho interés, y creía que otros sabían más, se dejó guiar por decoradoras y decoradores poco preocupados en la comodidad y necesidades de unos recién casados, pero muy interesados en las comisiones y en lograr reputación con la autoría de un piso que verían muchas personas. Así que un poco por hacerle compañía y un mucho por servirle de anclaje de la realidad, Antonia salió de Terrinches para acabar en el mercado de las pulgas en París o en los estudios de diseñadores de interiores, muebles... Las dos tenían unos veinticinco años, por lo que no era difícil que las líneas entre señora y servicio se difuminaran. Sobre todo, cuando se trazaba la que separaba la españolidad de lo francés. O cuando las dos se iban a comer a

cualquier *brasserie* en la que Pincho pudiera olvidar que decorar una casa no era una actividad que la divirtiera. Si sus labores con *El Matinal* se lo permitían, le gustaba llevarse a Antonia a ver exposiciones o visitar iglesias. Se sentían muy cómodas en su respectiva compañía. Además, Antonia tenía uno de esos humores manchegos finísimos que le permitían acuñar todo tipo de sentencias inapelables por crudas. Pincho solía poner a Antonia como ejemplo ante pedantes de cualquier tipo, aunque la mayoría de las veces la réplica consistiera en un bufido despectivo o en unas pocas palabras que la mayor de las Lequerica se veía obligada a traducir muerta de risa.

Además de visitas al mercado de las pulgas, Pincho iba a probar suerte a algún *déballage*, una práctica que comenzaba a expandirse. Iba en compañía de algún anticuario y decorador a los que pagaba muy bien para que descubrieran tesoros donde ella solo veía algo viejo. Fernando provenía de una muy buena familia, pero empobrecida. Él contaba con mucho orgullo que ser diplomático de carrera le había permitido conocer lo que denominaba el gran mundo. La falta de dinero no le privaba de tener gustos caros que su mujer podía satisfacer gracias a la chequera familiar y a que tío Alfonso, al que siempre consultaban pese a que ya eran mayores de edad, pensaba que la casa de su sobrina era como una embajada y no estaba de más que se hablara de ella. Los gustos de Fernando nunca eran descabellados ni injustificados. Si compraba algo caro era porque se sabía bueno, por lo que nunca había tenido ningún tipo de desacuerdo con su mujer. Lo único que recordaba Antonia de aquella época eran las muchas visitas —como cinco en un mes— que había hecho al piso de *rue devarenne* (así seguido) Guilhem de Villeneuve, que le parecía un poco payaso y al que una vez quiso dar un bofetón porque le cogió el trasero y casi llegó al delantero. A

Antonia, como a Pincho, no le gustaba aquel tipo, pero don Fernando parecía muy contento a su lado, como si se sintiera más vivo. Pincho se había sentido muy unida a Antonia por ese mes viviendo entre cajas y confidencias unidireccionales porque solo venían de parte de la señora. Antonia sentía que a Pincho poco le podía importar que aquel muchacho de Terrinches raro y que se decía comunista le hiciera gracia, que a su padre le gustara tomar alguna copita de más de anís o las muchas habilidades que tenía su madre. Siempre había asumido que sus cosas tenían menos importancia que las de su señora.

Antonia podía haberle contado a Socorro que ni un solo día de los que estuvo en *rue devarenne* antes de la boda, Fernando quiso dormir con Pincho. Al contrario, solo pernoctó con ella, después de casados. El lugar de celebración de la boda fue el único punto de fricción entre los dos. De hecho, es la única pelea que tuvo con Fernando. Ella se hubiera casado en El Lanchar o en Los Manantiales, que tenían su capilla y una casa que podría acoger a las pocas personas que quería presentes. Sin embargo, Fernando tenía muchos amigos extranjeros a los que ya había invitado y prefería casarse en Madrid. Además, septiembre era un mes de temperaturas magníficas. Antes de que se celebrara la boda, don Ignacio llevó a los dos chicos a Estoril para que don Juan, el rey, como le llamaba él, conociera a Fernando, el hombre que había elegido su hija mayor para casarse. Doña María había preparado un bacalao y comieron en Villa Giralda. Para beber, el tío Alfonso, que se hablaba lo justo y necesario con el que fuera su cuñado, mandó doce botellas de Dom Pérignon. No faltaba Ignacio, el hermano de Pila y Pincho, al que ya le habían salido pelos en las piernas, pero su padre le obligaba a seguir llevando pantalón corto. Y por supuesto, estaba Pila, a la que don Juan calificó de «peligro». Don Juan se

lamentaba de no poder ir a la boda, que se celebraría en Los Jerónimos.

—Irá Juanito, supongo, si no tiene nada mejor que hacer. Si Franco no le manda a inaugurar algún pantano. Paco, el Rana, le llaman.

Y don Juan Carlos, que había asumido temporalmente la jefatura del Estado en julio tras la flebitis del dictador, claro que fue a la boda, aunque se le veía algo cabizbajo después de que Franco volviera a asumir todos los poderes y él volviera a quedar a la espera.

—Le putea el viejo, ¿eh? —le dijo «peligro» Pila, que el día de la boda estaba muy seductora, ante la mirada de desaprobación de la princesa Sofía, que pensaba que el Caudillo tenía ojos y oídos en todos lados.

—No lo sabes tú bien. Pero afortunadamente se ha recuperado —dijo haciendo el paripé. La vieja guardia y algunos ministros también estaban en la ceremonia.

Había mucha gente. Tío Alfonso había mandado arreglar un cortijito por si se ponía a llover o el calor excesivo obligaba a los invitados a buscar una sombra. Hicieron una pequeña obra para ampliar el porche y repasaron el empedrado. Y con las plantas, las flores, las velas, los cielos de Madrid... las directrices de un decorador que Fernando se había traído de París con el beneplácito del tío, todo quedó bastante aparente, como tuvo que reconocer Pila. Eso sí, fue carísimo.

A la vuelta del viaje de novios, las cosas cambiaron entre las dos hermanas. Era inevitable. Pincho parecía embobada con su marido.

XL

La casita en Las Seguidillas donde Pincho había celebrado su boda se derrumbó al poco tiempo. La habían arreglado con tanta premura para el enlace que la construcción aguantó poco, apenas un par de temporales. Cuando casi cincuenta años después vendieron la finca por el dineral que había negociado Pila, su hermana mayor se dio un último paseo por donde hubo una tarima para el baile. No quedaba nada, salvo ese empedrado que había hecho sufrir tanto a las que se habían puesto tacones de aguja. Entonces a nadie se le ocurría repartir alpargatas, tapas para los tacones finos o llevarse otros zapatos en una bolsa. Para presumir había que sufrir, aunque Pincho sí se había procurado unos zapatos cómodos que su vestido de novia ocultaría.

De Fernando no quedaba nada en Las Seguidillas más allá del recuerdo de aquel día. ¡Y trescientos millones! Era mucho dinero como para rechazar semejante oferta por la nostalgia de un día. ¿El más feliz? Pincho volvió a ser sincera consigo misma. Para ella habían sido mejores los años de apogeo de *Juglar*. Lo de Fernando había sido otra cosa. Tan breve. Mejor no tocar esos recuerdos. Las Seguidillas estaban mejor en la cuenta corriente de las Lequerica.

XLI

Las noticias del caso Rohmer habían interesado mucho a Pila, aunque rara vez expresaba lo que pensaba de verdad y despachaba con desdén y cinismo las posiciones enfrentadas. Sabía bien, como ya le había explicado a su hermana en multitud de ocasiones, que había muchas más violaciones de las que se denunciaban. Y no solo porque en la actualidad se consideraban abusos casos que hace años no lo eran —acostarse con alguien muy borracha, tener sexo sin ganas—, sino porque denunciar era un engorro o penalizaba socialmente a las víctimas. Pila podía colocarse en eso que llamaban el feminismo amazónico, el de las mujeres fuertes. En la cama debía haber hecho siempre lo que había querido y si había tenido que mandar a tomar viento fresco a algún baboso, lo había hecho. Ella era una mujer que pocos hombres se atreverían a contradecir, en parte porque también detestaba eso que llaman victimizarse. Se esforzaba por ocultar sus debilidades, que consideraba algo muy distinto a mostrarse vulnerable o necesitada cuando sabía que era lo que le requería el pieza que quería seducir. Hacerse la tonta y otras estrategias del amor no habían cambiado a lo largo de los siglos y Pila era una erudita que sabía dar a cada hombre lo que requiriera sin cálculo ni plan alguno. Para ella los hombres eran un libro abierto con muchas páginas y todas escritas. Las mujeres eran diferentes. De ahí que hubiera tantas páginas en blanco. O, simplemente, faltasen.

Pila le dijo a Pincho que el apellido Rohmer le resultaba familiar, quizás de la época en la que su hermana había estado casada con Fernando. Le preguntó si los conocía. Le soltó que sería por el director de cine de esas películas donde no pasa nada. Pila contestó un pelín indignada que conocía perfectamente esas películas, aunque no le gustaran mucho y que no era de eso de lo que le sonaba. Socorro y Antonia escuchaban calladas el intercambio entre las dos hermanas. Llegó entonces Kaori, que había pasado la mañana en el *château* de los Castel para hacer fotos de su obra con el fin de enseñarlas a otros clientes.

—Pero solo a ellos. No me dejan ponerlas en mi página web ni en mis redes, que es lo que suelo hacer. No creo que pase nada porque os las enseñe a vosotras. Además, no se lo vais a decir a nadie.

Aun así, pasó las imágenes rápido y las hermanas, Socorro y Antonia, solo pudieron apreciar la pericia de Kaori, que, por lo que sabían, cobraba muy bien su trabajo. Al terminar de enseñarles las fotografías, les dijo que, pese a que no había pedido permiso a los Castel, había llegado a la conclusión de que esa mañana era un buen momento para que visitaran el castillo de Les Bruyères. Estaban acabando de limpiarlo porque iban a celebrar una fiesta.

—Pierre y Mathieu están preparando los dos coches para que vayamos. No se tarda nada.

Corrieron a ponerse el abrigo. Pila, Kaori, Socorro y Pierre fueron juntos y Pincho y Antonia en el coche con Mathieu. La mayor de las Lequerica pidió a Antonia que se sentara delante porque iría más cómoda. Ella dijo que estaba bien en la parte de detrás y que dejaran de tratarla con tanto cuidado, que no les iba a pagar nada. Pincho no tuvo más remedio que echarse a reír, aunque se le escapara una lágrima.

El camino lo hicieron por carreteras angostas rodeadas de castaños y de robles. La primavera había entrado con fuerza en la Sologne y todo estaba floreciendo. Era curioso, se dijo Socorro, pero el campo no olía tanto como en España. No había ni tomillo ni romero, sí otras variedades más vistosas. Al poco llegaron a Blancafort, donde había un castillo muy conocido. Lo pasaron y entraron en otra carretera que desembocaba en una entrada y un camino blanco que llevaba a un jardín con setos de frutales. A Socorro no le impresionó el castillo —un *château* como cualquier otro *château*— de Les Bruyères hasta que guiados por Kaori llegaron a la segunda planta y pudo ver el jardín estructurado hasta un estanque y luego lo que los franceses llamaban el *bois*, el bosque, donde también se cazaba. La comitiva había atravesado los pasillos y escaleras en los que unas cuatro personas —dos hombres y dos mujeres— se dedicaban a limpiar y a recolocar los muebles. En realidad, les explicó Kaori, lo único que habían hecho los Castel había sido reformar el salón de Les Bruyères, pero habían aprovechado aquello para poner cosas nuevas.

—Por eso los muebles están cubiertos de sábanas y las alfombras, enrolladas —explicó.

Después volvieron a bajar para llegar al salón que Kaori había decorado con escenas mitológicas de caza. Pincho, que tenía el ojo entrenado para la iconografía, les ayudó a identificar a Artemisa, a Acteón con su jauría transformado en ciervo tras ver a la diosa y a Meleagro, claro, con el *sanglier* tan típico de la zona. El trabajo que había realizado Kaori tenía una impronta poco occidental, pese a representar relatos de la mitología clásica. Era muy bonito, delicado. En ese momento, el que parecía el jefe del escuadrón de limpieza se acercó a Kaori y le susurró algo al oído. Ella sonrió.

—Me han dicho que van a comprar a Carrefour y que si no nos importa quedarnos una media hora vigilando la casa.

—Dile que sí, claro. Así no la tienen que cerrar. Podemos darnos una vuelta por el jardín.

Las dos mujeres y los dos hombres subieron en una furgoneta de trabajo y salieron pitando. Entonces Kaori bajó de tono, como si las personas que se acababan de ir aún pudieran escucharla.

—Esto es perfecto porque así os puedo enseñar la salita de estar que les he hecho a los Castel. Se llega por aquí y está conectada con su habitación.

Y atravesaron en fila india un pasillito hecho de madera hasta que llegaron a un cuarto de forma hexagonal. Allí había antes un bonito secreter Biedermeier, que Kaori les dijo que era de 1815. También que lo había sacado de ese lugar porque no tenía sentido con la nueva decoración, así que lo puso en una antesala, y se habían necesitado cinco hombres para moverlo. A cada lado de la habitación hexagonal se podían ver los relieves de Kaori, cuyo estilo ya les resultaba inconfundible. Pincho se esforzó en volver a demostrar que sabía mucho de mitología, pero enseguida se dio cuenta extrañada de que no reconocía las escenas, que también debían de ser de mitología. Le preguntó a Kaori. Ella les respondió: Antíope, Danae y Calisto.

En ese momento, oyeron llegar un coche y Kaori se asustó. Apremió a los demás para que salieran rápido. Y así lo hicieron. Fuera se oían perros, voces de niños y portazos de coche. Salieron todos a la entrada. A Socorro solo le preocupaba que su madre no se cansara demasiado. En la entrada se encontraron a una señora mayor que a Socorro le pareció muy elegante. Kaori corrió hacia ella para saludarla.

—Colette, madame Castel, ¿cómo está? —le dijo respetuosa.

Ella sonrió mirando con severidad a uno de los dos niños que arrastraba un perro blanco lleno de barro que amenazaba con entrar en la casa.

—Hola, Kaori. Espera, que voy a decir a mi nieto que se quede en la calle, que no quiero que estropee todo el trabajo de limpieza que se ha hecho.

Y con solo un par de frases, niño y perro fueron a perderse por el jardín. Kaori iba a excusarse, pero Pierre se le adelantó para que la japonesa no se delatase.

—Colette, no sé si te acuerdas de mí. Soy Pierre de Villeneuve. Madame Castel entornó los ojos.

—Pero... ¡qué viejo estás! —Y se echó a reír con Pierre.

—Hago lo que puedo. Perdona que nos hayamos presentado así, pero es que Kaori se queda en nuestra casa estos días y quería enseñarnos el salón.

Como respuesta ella le dio un abrazo.

—Te lo decía en broma. ¿Sabes que quería mucho a tu padre y no hay día que Victor y yo no nos acordemos del brillante Guilhem?

Pierre asintió incómodo y presentó al resto de la comitiva.

—Pincho, Antonia, Socorro, que también es amiga.

Socorro se acercó tímida y le estrechó la mano, mientras ella le sonreía.

—Este es Mathieu, mi...

—Mathieu —matizó ella—. No te preocupes por explicarte. Ja, ja, ja. En este tiempo no hay que dar explicaciones de nada.

Lo dijo con ese tono condescendiente y educado, que solía irritar al discreto Pierre.

Y por último presentó a Pila.

—*La belle* Pila. ¿No te acuerdas de mí? —preguntó Colette.

Pila estaba seria.

—Sí. ¡Coincidíamos alguna vez de caza!, ¿no?

—Exactamente —dijo ella—. Aquí mismo. ¿No te acuerdas? Tú estás igual de guapa que entonces.

—Casi. Los años no perdonan. Tú estás casi igual —acabó concediendo Pila—. Qué mala memoria.

Y la señora Castel aceptó el cumplido.

—Qué bien que *la petite* Kaori os haya enseñado los relieves maravillosos que nos ha hecho. Estamos muy contentos...

Pincho terció.

—Son una maravilla. Quedan muy bonitos en contraste con todas las *boiseries* de la casa.

Colette sonrió complacida.

—Muchas gracias. Tú debes de ser la mujer de Fernando Azcárate. Estuvimos juntas en una fiesta en París.

Pincho asintió.

—Qué raro es el presente cuando se mezcla con el pasado. Estabas invitada a una cacería aquí el fin de semana que venía tu marido y como se murió Franco o algo, él vino solo. Con tu hermana pequeña...

La aludida asintió sonriendo visiblemente turbada.

—Lo pasamos muy bien aquella noche. ¿Os queréis quedar a cenar?

Pila interrumpió a Pierre cuando iba a aceptar la invitación.

—Nos encantaría, pero es que no me encuentro muy bien. La edad tiene estas cosas.

La señora Castel se había quedado sorprendida por el rechazo.

—Pues otro día que no tengas achaques organizamos algo.

Pila no quiso que la pulla hiciera mella.

—Bueno, si no se nos olvida... Ya sabes que la desmemoria también se da a nuestra edad.

Y se despidieron. En el coche, mientras volvían a casa solo hablaron de los relieves de Kaori.

—Son una maravilla.

Pila no dijo una sola palabra hasta que llegaron a La Chênaie.

—A mí la tal Colette me ha parecido un pelín gilipollas. Ya lo era hace cincuenta años. En eso no ha envejecido.

XLII

Antes de salir de su cuarto, tras tomar un café y leer la prensa, Pila comenzaba el día haciendo ejercicio. Cuando estaba en Madrid, con su entrenadora de siempre. Cuando estaba en la finca o de viaje, sabía lo que tenía que hacer. Demasiados años con las mismas rutinas. Las que le convenían para seguir bajando las escaleras como una *vedette* del Folies Bergère, sentarse en el suelo y levantarse sin problema. Solía llevar un pequeño altavoz de Bang & Olufsen para escuchar música a la vez. O la radio. O un pódcast titulado «La caverna de Platón» en el que se ponía antiguas entrevistas de don Dalmacio. Estaba haciendo una plancha cuando tocaron a la puerta. Era Pincho. Sonaba Dalida. *Je me sens vivre*.

—Qué bonita canción, ¿te acuerdas lo que nos gustó la película de los volcanes?

—Claro que me acuerdo: *Fire of love*. Pero tú detestas a Dalida. La echarías a uno de los cráteres con el matrimonio de vulcanólogos.

—No detesto a Dalida —protestó Pincho—. Es solo que me gusta más Mina.

—No sé qué tiene que ver una con otra, salvo ser italianas, aunque una naciera en Egipto, y sean divinas las dos. Y Dalida se hizo francesa, como el bobo de George Clooney y su mujer, la de los derechos humanos.

—Es que no sé cómo puedes ser tan partidaria de alguien que canta con ese espantoso acento francés.

—Eres una esnob. Quédate con tu Mina cantando en perfecto italiano. Sabes que me gustan las dos. Desde que teníamos tocadiscos hasta mi *playlist*. Y con los años creo que ha terminado gustándome más Dalida, aunque también tengo mi parte de esnobismo. Es como si el buen gusto dictara que Mina es la mejor cantante de raza blanca del planeta.

—Eso lo dijo Louis Armstrong.

—Ya. Y Liza Minnelli que era la cantante más grande. Pero al final creo que he mandado a paseo el buen gusto y me quedo con lo que me produce más felicidad. Y Dalida me la produce. No solo *Laissez-moi danser*, que levanta a un muerto.

De pronto, dejó de sonar Dalida y empezó a cantar Françoise Hardy, *Comment te dire adieu*.

—Mira —dijo Pincho—, con Françoise Hardy estamos de acuerdo.

—Y no te vas a quejar de su acento francés —dijo Pila riéndose y dejándose caer de la plancha—. ¿Querías algo?

—Nada importante. Es que no dejo de pensar que ayer estabas un poco rara con esa Colette. Como si te hubiera pasado algo con ella que no me quieres contar.

—Bobadas —sentenció Pila mientras seguía sonando la misma canción de Françoise Hardy.

XLIII

Arri tomaba Pulpo Enamorado, crujiente, y Luis, una Milanese Cantinera llena de queso. A los dos les encantaba Puntarena, aunque no fuera un sitio con famosillos donde ver y dejarse ver. Arri le contó a Luis que su amigo el fotógrafo la había invitado a un *château* en Francia, cerca de Chambord. El fin de semana.

—Pero ¿no aprendes? ¿No se supone que te pasó algo allí?

—Es trabajo, relaciones.

—Pues me voy contigo.

—Solo me han invitado a mí.

—Me da igual, yo también tengo trabajo, relaciones, vino que vender.

—Pues te tendrás que buscar otro sitio para dormir.

—No te preocupes, necesito varios días para visitar restaurantes y hoteles, reservaré un buen hotel. Y lo mismo no tienes ni que dormir donde sea que te han invitado.

—Sí, claro, voy a llamar así la atención. Ahora me voy, que mi noviecito me está esperando. Venga ya.

—Haz lo que quieras, pero voy.

Y se puso a mirar en el móvil.

—Una vez estuve con mis padres en La Maison Tatin, donde se inventó la tarta. Un hotel pequeñito y urbano porque está en Lamotte-Beuvron. Y creo que está reformado. Además, puedes salir a la calle y no estás en medio del campo. Mira —dijo mientras

entraba en la web—, está a treinta y siete kilómetros del castillo de Sully-sur-Loire.

—Te he dicho que voy cerca de Chambord, no cerca de Sully.

Luis seguía buscando en el teléfono.

—Pues en el propio Chambord hay un hotel. A cuatro minutos andando del castillo. —Empezó a leer—: Relais de Chambord. Small Luxury Hotels of the World. Mira qué habitaciones. Voy a mirar y reservar cuatro días. Hasta el domingo. ¿A ti cuántos días te invitan a dormir?

—Creo que viernes y sábado.

—Pues miércoles y jueves conmigo. Y luego, si tienes que dormir allí, te ayudo a escapar.

—Haz lo que quieras.

XLIV

Los escrúpulos le sonaban a Pila a un término de biología. O de anatomía. Escrupuloso era como miocardio, aurícula o ventrículo, pero también vesícula, vejiga. Escrúpulo viene del latín *scrupulum*, que significa literalmente una piedrecita, una de esas que se mete en el zapato y molesta al andar. Aunque siempre trataba de ocultarlo, a Pila le gustaba pensar de ella misma como una mujer dura, en las antípodas de esas damiselas a las que los hombres despachan como un coñazo.

Tenía poco respeto o ninguno por los maridos, salvo si estaban casados con sus amigas. Y solo si eran muy cercanas. O con su propia hermana. Es verdad que en la puesta de largo Fernando había bailado con las dos, pero Pila se retiró cuando vio, mejor dicho, supo, que había bastado un breve intercambio para que Pincho quedara prendada de aquel muchacho tan sofisticado. Así que nunca bailó más cerca de lo prudente, ni le rozó con los dedos el cuello y ni mucho menos le hizo sentir el pulso de sus venas contra el muslo. Fernando le había correspondido con idéntico respeto, aunque por lo que luego supo Pila, su cuñado había sido un hombre de mundo. Había conocido a muchas mujeres y no era un meapilas. Más bien al contrario. Tras la boda, Pila y Fernando siguieron con la misma cordialidad cosmética. No podía decir lo mismo de Guilhem, el amigo que Fernando le había presentado en su primera visita a París. El marido de Thérèse le había gustado a Pila desde la primera vez que habían cenado en La Rotonde, en

Montparnasse, para tomar carne, *gratin dauphinois* y salsa bearnesa. Era su tipo. Despreocupado, con eso que llaman ahora *nonchalance*, pero también divertido y algo malicioso. Además, estaba casado con la amiga de Pincho, por lo que era perfecto para que la cosa no se pusiera demasiado seria. Pila detestaba lo que ella llamaba «intensidades» porque el amor, las grandes historias de amor, tenían para ella un principio y un final. La infinitud, el para siempre, no entraba en sus planes. Y Fernando prefería hacer como si no supiera que Guilhem y Pila estaban juntos, aunque servía de coartada para los amantes. Las visitas a las exposiciones, las salidas al cine... eran solo el preludio de una copa o dos en el bar de un hotel en el que Fernando siempre se daba cuenta de que acababa sobrando.

Fernando nunca le hizo confidencia alguna a su mujer respecto a las escapadas de Guilhem y Pila. No le culpaba, pero a Pila le extrañaba que su cuñado no le contara un chisme tan divertido a su hermana Pincho.

En más de una ocasión Pila pensó que, en realidad, a él no le hacía demasiada gracia el romance que tenía con su amigo. No entendía por qué. Thérèse era una mujer encantadora, delicada, sensible..., pero no era especialmente amiga de su hermana y su marido. O al menos de esas a las que se les debía lealtad. A Pila le extrañaba un poco que Fernando se excediera a veces en sus comentarios subidos de tono, muchas veces explícitos, sobre lo que le gustaba y le divertía Pila. Ella nunca le dio mucha importancia. Era demasiado joven y aún no estaba acostumbrada a los efectos que causaba su belleza. Era de esas guapas de verdad. Producía un estremecimiento entre los hombres. Unos sentimientos que aprendería a moldear con las experiencias que le proporcionarían algunos de sus romances más fallidos y difundidos por la prensa de la época. Pero esa sabiduría de puta vieja —eso le decían las piedras

a la Celestina— estaba aún lejos a sus veintipocos años y solo podía preguntarse por qué el hombre del que estaba tan enamorada su hermana la miraba a veces de esa forma inquisitiva.

Casi cincuenta años después, Pila seguía siendo muy guapa, pero ya era mayor y los únicos hombres que se querían acostar con ella eran ese tipo de homosexual mitómano que se pirraba por la historia, la suya. «Ni se te ocurra hacerte un Sara Montiel», le solía decir su hermana cuando algún muchachito engolado la frecuentaba demasiado. Pila se echaba a reír porque es verdad que echaba de menos ese tiempo en el que su belleza le bastaba para conseguir lo que se proponía, aunque luego nada de lo que se había propuesto conseguir la había hecho feliz. Eso solo lo habían logrado los perros.

XLV

A su regreso a La Chênaie, Socorro y Antonia se fueron a dar un baño porque la casa de los Castel tenía la calefacción y las chimeneas apagadas y a las dos se les había metido el frío en el cuerpo. Se tuvieron que turnar para hacerlo. Era una bañera antigua, con pies de bronce y madera y muy alta, por lo que Socorro tuvo que ayudar a su madre a meterse. Por primera vez en muchos años, la contempló sin ropa, lo que la impresionó. Se la veía frágil como un pollito con el espinazo mojado. Socorro tuvo cuidado de fijar su mirada en los ojos de su madre para que ella no se sintiera cohibida por su desnudez. El agua estaba caliente y la periodista se había cuidado de hacer espuma con el gel, para que su madre estuviera cómoda. En cuclillas junto a la bañera, se le hizo un nudo en el estómago. Pensó que pronto tendría que afrontar «el momento» que, como escribía Diego Alarcón en sus columnas sobre los ancianos, era ese en el que se asumía que tocaba cuidar de los padres. Lavarles, vestirles, hasta darles de comer. Ella no iba a pasar de cuidar de los hijos a cuidar de los padres. Se había saltado un paso. Antonia se dio cuenta de lo que pensaba y movió las manos para que unas gotas de agua salpicaran a su hija.

—Oye, que no soy una inválida. No hace falta que me ayudes.

Socorro sabía que lo mejor que podía hacer era cambiar el registro. Como ella, su madre detestaba depender de alguien y sabía que nunca toleraría que otra persona la cuidara.

—Si yo lo hago por estar más contigo —dijo carraspeando. Entonces cambió de tema—. Oye, ¿no te parece que Pila se comporta de una manera muy extraña? Está como antipática. Y con ganas de saltar con todo.

Antonia frunció los labios.

—Quizás doña Pila esté cansada. Y ya sabes que no es de las que se esfuerzan por agradar. Llevamos mucho tiempo lejos de casa y aquí ellas no mandan.

Su hija no le hizo caso.

—No sé si será impresión mía, pero a mí me parece que estaba tensa, o más bien antipática, con la francesa. ¿Tú no lo crees?

Antonia apoyó la cabeza en el lateral de la bañera con cuidado de no mojarse el pelo.

—No lo entiendo, la verdad, pero sí que estaba nerviosa. Y esa señora no parecía amenazante.

Antonia se miró los dedos de las manos y vio que tenía las yemas arrugadas.

—Voy a salir, que ya estoy cansada de estar a remojo como los garbanzos. Prepárame el albornoz, por favor.

Socorro se levantó y descolgó uno de los albornoces blancos colgados tras la puerta. Envolvió a su madre y el olor a suavizante pareció reconfortarla. No se le escapaban las lágrimas porque las sabía contener. Le dolía mucho la garganta de aguantarse la llantina. Sabía que a su madre le molestaría y que se ganaría alguna burla o un buen pescozón.

La acompañó a la puerta del baño y dejó que el agua se fuera por el desagüe. Después cogió la ducha de mano y el agua caliente corrió por su cuerpo. Apenas tardó un minuto y estuvo lista enseguida. Cuando salió del baño, su madre ya se había puesto los

pantalones de lana y el jersey de cuello vuelto que se había comprado hacía un par de rebajas.

—¿Bajamos y nos preparamos una infusión?

A Socorro le pareció bien, pero justo cuando iban a bajar la escalera, se encontraron a Pila en uno de los saloncitos. Se estaba tomando un *whisky* cortito con hielo. La menor de las Lequerica golpeó el sofá con la palma de la mano.

—Sentaos conmigo mientras me tomo el *whiskito*... ¿Quieres uno? A tu madre le diría que no debe, pero si se anima...

La periodista se encogió de hombros y Pila lo tomó como un sí. Antes de que madre e hija pudieran impedirlo, se levantó y se fue a la cocina pequeña, donde había una nevera con hielo y volvió con un vaso lleno de cubitos. Sirvió a la joven un dedo de la botella que tenía en la mesa. Después les ofreció una cajita en la que había tiras de naranja recubiertas de chocolate: «¿*Orangette*?».

Aceptó para rebajar el sabor del *whisky*. Se dio cuenta de que Pila estaba nerviosa por el constante repicar de las uñas pintadas de rojo contra el vaso. No sabía cómo empezar la conversación. Lo hizo su madre.

—Señora, qué mala bicha se veía a la francesa esa. ¿Se conocían mucho?

—Poco. La única vez que la vi fue en una cacería que hicieron justo después de la muerte de Franco.

Socorro se atrevió a intervenir para sonsacar. Le seguía impresionando tutear a quien su madre siempre trataba de señora y de usted.

—¿No lo pasaste bien?

—Pse. Era una gente como muy... *cool*, como dice la gente ahora, muy francesa. Un poco estafalaria. Iban un poco de

superiores. O al menos esa fue la sensación que tuve. Eso sí, nos pusieron unos vinos fantásticos y una comida impresionante.

—¿Fue con don Fernando y el padre del señor Pierre? —preguntó Antonia.

—Claro. Él era el que más insistió en ir y el que consiguió que me invitaran a un puesto, que no había motivo porque no me conocían de nada.

—Habrían oído hablar de usted. Lo mismo don Fernando les había hablado de usted quiso aclarar Antonia

Pila chasqueó la lengua en un gesto que ni Antonia ni su hija supieron interpretar.

—Sí, supongo que mi cuñado tendría algo que ver. Por entonces nos veíamos mucho con Guilhem, el padre de Pierre. Y él era el que realmente conocía a los Castel.

Socorro, como siempre, estaba más preocupada por los vericuetos periodísticos.

—Pincho no pudo ir por la muerte de Franco.

—Y porque Giscard tuvo una actuación muy importante. Ahí, he de decirte, Socorrito, que la que se enteró de todo para que mi hermana pudiera lucirse fui yo, que por entonces tenía a todo un presidente de la República como admirador incondicional. Siempre con el beneplácito de su mujer, Anne-Aymone, que era una señora imponente de verdad.

Lo dijo un poco de carrerilla. Enseguida volvió a aquella noche en Les Bruyères.

—Cuando me levanté al día siguiente en casa de los Castel, creo que tuve el peor despertar de mi vida.

—¿Resaca?

Pila no le pudo responder porque llegó Pincho. Estaba vestida con su pantalón y su jersey negros.

—¡No sabéis quién me acaba de llamar!

Ninguna le respondió.

—Luis Gordon. Llamó de la oficina de casa José Mari, el administrador, le dijo que estábamos aquí cuando la secretaria le contactó para preguntarle cuántas cajas de Milésima queríamos comprar este año.

Quizás porque la cercanía produce cierta mimesis, Pila dijo exactamente lo que Socorro estaba pensando.

—Pues queremos poco Milésima. Con lo carísimo que cuesta ahora. Ese Gordon se ha subido a la parra. ¿Y qué quería el guapo bodeguero? ¿Joder a alguna tía? Menuda carrera lleva en los últimos tiempos, por lo que escribe Gabriela Cañas.

Socorro se vio obligada a intervenir para no mostrar que Luis Gordon le pudiera importar algo. Que no le importaba. Sin embargo, la voz, temblorosa, le salía a duras penas.

—Creo que está con una modelo murciana, Arri Martín. Es muy famosa y guapa.

—Y muchísimo más joven —remató Pincho.

Antonia no dijo nada, aunque estuviera al tanto del estúpido romance que su hija se empeñó en tener con el bodeguero, un señorito que la despreció. Tampoco había vuelto a hablar con su hija de eso. Sabía que lo había pasado muy mal, pero era tan orgullosa como ella y no le gustaba mostrar lo que había sufrido.

Pincho prosiguió.

—Pues Luis Gordon me ha llamado y me ha dicho que estaba en el Relais de Chambord con la modelo. Que ella tiene no sé qué fiesta y que la había acompañado para conocer gente a la que endilgarle Milésima. Me ha preguntado si podía hacernos una visita.

Pila se quedó mirando a su hermana. Esperaba que le hubiera dicho que no, qué necesidad sabiendo lo que había sufrido Socorro.

Antonia bajó la mirada. Precisamente, estaba pasando lo que había temido cuando supo que su hija se había enamorado de ese señor. O peor aún, de ese señorito. La palabra era inevitable.

—Le he dicho que Pierre estaba muy liado y que estábamos en plan muy tranquilo. Sin beber. Así pensará que no va a comprarle vino.

Antonia respiró aliviada; Pila, también... ¿Y Socorro? Socorro se dio cuenta de que le daba cierto morbo volver a ver a Luis Gordon. Le apetecía, aunque presentía que sentiría cierta rabia, incluso dolor. Ya no le guardaba rencor por haberla engañado. Ni siquiera por haberla considerado la «hija de la muchacha». La enfermedad de Antonia había hecho que relativizase lo que antes le podía parecer un drama. Pensó que Luis no había sido otra cosa que una historia que había salido mal y no porque sus educaciones fueran diferentes, sino porque Luis era un gilipollas y un creído.

—Con lo guapo que es seguro que Pierre y Mathieu están encantados de tenerlo invitado a comer. ¿Esto que he dicho es homófobo? —reflexionó Pila.

—Es la realidad —remató Pincho.

XLVI

El *château*, así lo llamaban en el pueblo, de La Chênaie no llamó mucho la atención a Luis. Le parecía una casa buena, como muchas en las que había estado. Como la que tenía un primo de su madre, que todavía no se había venido a menos, en la finca que había sido de su familia. Lo que sí le impresionó fue «el cochinaco» que cruzaba por uno de los claros que se abrían entre el *bois*. Cuando entraron en la casa, los llevaron al salón en donde Pierre, Mathieu y las dos Lequerica tomaban un aperitivo.

—Buenas tardes. Pincho, Pila, qué bien estáis aquí. Esta es Arri —les dijo para presentarla.

Pila esbozó una media sonrisa cargada de malignidad.

—Ah. Es un placer conocerte. Está bien que los guapos se junten. El diálogo intergeneracional, me parece que lo llaman.

Pila tenía la mala costumbre de calibrar la inteligencia de las personas por la forma de encajar las bromas.

Arri captó la ironía y rio con cierta timidez, consciente de lo que podían decir otros. La juventud no es nunca una desventaja. Sin embargo, a Luis Gordon, la parte vieja del par, no le hizo demasiada gracia la apreciación de Pila, pero como era un relaciones públicas y nunca descuidaba sus objetivos, sacó dos mágnam de Milésima en rama del último año.

—Las he traído fresquitas porque he pedido que me las guardaran en la cámara del hotel. Nos estamos quedando en uno precioso que está cerca de Chambord.

Pila se alegró de que la presencia de Luis al menos sirviera para que alguien propusiera tomar una copita. Pincho no pensaba de la misma forma.

—Te habíamos dicho que estábamos sin beber.

Le iba a explicar que Antonia no se encontraba muy bien, pero Pila la paró.

—Yo sí me tomo una copita.

—Y siempre se puede hacer una excepción. Nos encanta el fino —dijeron al unísono Mathieu y Pierre, que habían ido muchas veces a la feria de Sevilla en compañía de un rico heredero francés, que se había comprado una casa estupenda allí, y le gustaba pasear a sus amigos por todos esos tópicos que en Andalucía forman parte de la cotidianidad.

Trajeron las copas donde normalmente servían el vino blanco —«Perfectas para el fino», acotó el bodeguero— y Luis Gordon las sirvió. Los anfitriones parecían entusiasmados. Entonces mandaron traer un poco del salchichón de la familia. Luis cogió una rodaja con un pelín de pan.

—Quillo, qué bueno está el pan en Francia.

En eso llegó Socorro, vestida con unos pantalones de lana azul y una camisa blanca. Su madre se había empeñado en peinarla —«Hija, tienes que estar perfecta»— y estaba muy guapa, aunque era difícil que alguien estuviera guapa al lado de Arri. La modelo parecía de otra especie. No debía de ser ni humana.

Socorro nunca pensó que las primeras palabras que cruzaría con Luis Gordon después de tanto tiempo versarían sobre las barras de pan francés. Menos mal que las charlas de sobremesa en La Chênaie habían dado mucho de sí.

—Es que la *baguette de tradition* está regulada desde 1993 y no se pueden usar aditivos. También utilizan una harina de hacer pan,

sin modificaciones... Es lo que me han explicado... Luego te cuento cómo se inventó la tarta Tatin.

La periodista lo había dicho de corrido, como si estuviera recitando la lección. Luis, que no esperaba la presencia de la que había sido su amante y con la que se había portado bastante mal, se quedó cortado.

—Hombre, Soc —así la solía llamar en la intimidad—, no sabía que estuvieras por aquí con Pincho y Pila.

—He venido a estar unos días con mi madre que, como sabes, siempre las acompaña.

Socorro y Luis se habían conocido unos años antes, cuando se halló el cuerpo de Antía Ortiz de la Vega en una viña de El Puerto de Santa María a la que compraba uva Gordon. Entonces Socorro no estaba cómoda con las Lequerica alrededor. Le resultaba difícil trabajar en *El Matinal* como periodista y a la vez ser hija de una persona de servicio —«la muchacha»—. ¿Cómo tratar a las hermanas? ¿De señoras, de doñas...? Al final se había impuesto el trato entre colegas, lo que sorprendió a Luis.

Socorro tuvo que reconocer que el corazón se le hizo un poco trizas cuando presentó a Arri.

—¿Y esta es tu nueva novia? Te he visto en las revistas.

La modelo la saludó con simpatía. Socorro dio por hecho que Luis no le había contado lo suyo ni que le hubiera partido el corazón. Seguro que no porque nunca le dio importancia a su historia. Quizás porque no la consideraba más allá de una aventura. Los polvos que se le echan a una, ¿cómo se llama?, con derecho a roce. De sus otras novias famosas, dos marquesas, un par de ricas... seguramente sí le habría dado todo tipo de detalles.

En eso anunciaron a Pierre que la comida estaba lista.

Dejó pasar primero a las Lequerica y luego invitó a pasar a sentarse a Socorro y a su madre. A Luis se le escapó la pregunta.

—Ah, pero ¿os sentáis a comer con nosotros?

Pila terció por ellas.

—Hombre, claro. Aquí están las dos periodistas el día entero opinando de todo.

Socorro no pudo evitar que se le notaran un poco los rencores. El de la mujer abandonada y la conciencia de clase.

—Estamos todo el día hablando de la actualidad. Vas a tener que estar muy atento porque lo mismo no te enteras.

Luis frunció el ceño.

—Oye, que yo leo todos los días *El Matinal*.

Arri tampoco pudo contenerse. La escena le parecía cómica y familiar.

—Sobre todo si salimos nosotros. ¿No?

Luis se echó a reír y acarició la mejilla de la modelo. Le dio un beso sonoro, casi de hermano, pero muy cariñoso.

Y Socorro sintió entonces una punzada de celos. Luis nunca se había mostrado cariñoso con ella delante de la gente. Y mucho menos después de una pulla como la que le acaba de meter Arri. Ni siquiera cuando estaban en lugares en los que nadie los podía conocer. Le había dicho a Socorro que le daba vergüenza mostrar su afecto en público. Que a determinada edad era un poco paleta.

XLVII

Habían salido varios artículos con nuevos casos que remitían a Pelicot. El *Daily Mail* publicó un texto a propósito de la sentencia contra el hombre que había sido condenado por permitir que violaran a su mujer en sesiones en las que participaban hasta quince hombres (se habían identificado a unas cincuenta, aunque se sospechaba que a lo largo de los años podían ser unos mil) y que él había grabado meticulosamente. El caso, insistía el periódico, revelaba que muchos maridos abusaban metódicamente de sus mujeres y que la tendencia de invitar a participar en las violaciones a otros estaba aumentando. O eso decía el autor del artículo. «Los casos que se conocen son solo la punta del iceberg», había dicho una psicóloga forense que había hablado con el tabloide inglés. Otra especialista, les explicaba Pincho en español para que también lo entendieran Socorro y Antonia, atribuía este aumento a la pornografía, que normaliza estas escenas y que, según ella, en sus terapias veía mucha frustración por las altas expectativas que tantos hombres ponían en el sexo y las relaciones.

Pila intervino:

—Yo no creo que la pornografía tenga tanto que ver. ¿Por qué violaban los rusos a las alemanas? O los japoneses, que tenían las casas de consuelo donde forzaban a las chicas. Niñas que se llevaban de Corea. O la barbaridad que hicieron en Nankin. Ahí no había porno ni *porna*... Pese a que ahora digan que Alfonso XIII era una especie de productor. Tiene que haber algo más.

—Precisamente eso es lo que decían en el artículo del que os hablo. Que siempre ha habido este tipo de abusos, pero que ahora se detectan y hay más facilidades para denunciar. No es que haya una epidemia.

A Arri se le ocurrió que tenía algo que decir.

—En una pedanía de Murcia, una chica marroquí estuvo secuestrada dos años por un español que la consideraba su novia. La violaba y le pegaba. Hasta tenía un ojo blanco. Lo perdió por una de las palizas. Al final, ella pudo escapar por un descuido de él. Dos años desaparecida. Me pregunto si la policía la habría encontrado si no hubiera sido marroquí. Una marroquí que se va y ya está, que desaparece.

—Esa historia es increíble. Qué soledad la de esa chica. Pero también es verdad —dijo Socorro—, que ahora hay foros y canales donde se habla de violación sin restricciones. Una vez me metí en un grupo de Telegram que tenía setenta mil miembros de diferentes países. Y ahí se discutía cómo violar a la mujer o a la novia de los amigos. O cómo drogarlas para que se dejaran. Me acuerdo de que uno de Alemania contaba sus planes para sedar a su mujer y que se la tiraran los amigos.

—Siempre en asuntos tan bonitos, Soc. Hay cosas que nunca cambian —apostilló Luis con su tono de gracioso. Arri le dio un golpe en el antebrazo y le pidió a Socorro que siguiera. La periodista recogió el guante.

—Un tipo español de sesenta y un años que vivía en Aquisgrán, en Alemania, acaba de ser sentenciado a ocho años por violar y drogar a su mujer. También la grababa, claro.

—Y luego está el caso de lo que le ha pasado a esa chica francesa a la que acabaron destruyendo cuando denunció. Aunque dos de los chicos fueron condenados —dijo Arri.

—El caso Schneider. Aquí no se ha hablado de otra cosa. Los chicos fueron condenados, pero han intentado cargarse la reputación de la denunciante. Vamos, que lo han hecho. Y el que era su novio se fue de rositas, pese a que fue el que la llevó a la fiesta. Claro que ella reconoció que se habían acostado.

—Es que eso es lo normal —opinó Pierre.

—Estoy de acuerdo. ¿Para qué va a violar un hombre a su...? —dijo Luis.

—Pelicot es un caso, pero hay muchos más. El hecho es que las duermen...

Socorro quiso hacer su aportación, basado en las investigaciones que había podido hacer entre ediciones de actos de Letizia y alarmas en la central de Zaporíyia por los ataques de Putin. No le quedó muy bien el discursito que traía aprehendido:

—Hay incluso nombres para todo eso. La atracción sexual hacia las estatuas se llama *pigmalionismo*. Aunque me parece que el término *agalmatofilia* sería más preciso. A los que tienen sexo o violan a personas inconscientes se les llama *somnófilos*, aunque poéticamente se denomina su filia como el *síndrome de la bella durmiente*.

—Y el hijo de Mette-Marit de Noruega...

—Menudo golfo el pequeño Marius, como le llamaba la prensa rosa de cuando se anunció el noviazgo. Dormir a las niñas para violarlas —intervino Antonia que se atrevió a terciar porque había vivido de forma intensa la historia de Mette-Marit y su amiga Eva Sannum.

—Mette patas o Mette otras cosas le podrían llamar. La verdad es que nuestro Pedro desde Dinamarca es el que mejores crónicas ha escrito. Y de nuevo: ¿qué necesidad tendría este chico de violar a

nadie? Si lo tiene todo. Hacia sus tropelías en el palacio de los padres —sentenció Pincho.

Pila se levantó de la mesa después de la perorata de su hermana.

—¿Quién quiere un *whiskito*? Perdona, Luis, que no siga con el fino. Aquí en Francia prefiero tomar otras cosas. No quiero tener dolor de cabeza después.

Y Pierre dijo algo que le curó la decepción a Luis Gordon.

—Pues a nosotros nos encanta, ¿verdad, Mathieu? Te vamos a comprar algunas cajas para tener en las cacerías.

Luis se irguió sobre la silla, muy orgulloso para rendir pleitesía aún más a Pierre.

—En ese caso, os haré el 10 por ciento de descuento de amigos y os haré del Club Milésima para que tengáis un 20 por ciento de descuento si prerreserváis el vino del año.

Socorro no dijo nada, pero como nunca dejaba de entrar en la página web de Luis Gordon para estar informada de sus andanzas, sabía que ese era el descuento que le ofrecían a todos los que pedían Libélula por internet. Le había costado mucho mantener su entereza y no quería que la amargura del despecho contrastase aún más con la dulzura de carne de membrillo de Arri. Menos mal que Pincho solventó la conversación.

—Pues todos salimos ganando. Es verdad que el fino va muy bien con el lomo este de... corzo, ¿no?

Mathieu les dijo que no le importaba reconocer que lo mejor era la salsa, inspirada en la famosa del Café de París.

—Nata y mantequilla. ¡No falla! Y más si tienes patatas fritas.

A Pila le habían traído ya el segundo *whiskicito*. Pierre quiso saber más.

—Habládnos un poco de la fiesta que os trae a la Sologne. ¿Quién os ha invitado?

—Pues ha sido a través de Jean-Paul, un amigo fotógrafo que tiene muchos contactos entre la gente de este mundo de la moda. Es en casa de unos que tienen perfumes, que acaban de reformar el *château* de su finca.

Pierre les preguntó si era la familia Castel y la modelo asintió.

—Les Bruyères, ¿no?

Arri dijo que sí mientras jugaba con una patata en la salsa.

—Tienen mucho dinero. Nuestra amiga Kaori, que también se está quedando con nosotros, les ha hecho los relieves del salón nuevo. Acaban de reformar la casa. No la habéis conocido porque precisamente está hoy allí para supervisar la limpieza —dijo Pierre.

Socorro quiso demostrar que había estado escuchando.

—Los padres de Pierre eran muy amigos de los Castel. Y también conocían a Pincho y a Pila cuando eran jóvenes.

—¿Ah, sí? —preguntó Arri—. Mi madre siempre me ha dicho que usted —dijo mirando a Pila— era la mujer más guapa que salía en las revistas, en España. Y que siempre ha hecho lo que le daba la gana.

—Bueno, no tanto. Y con respecto a los Castel, solo les vi una vez, cuando tenía algunos años menos que tú. Mi cuñado y el padre de Pierre hicieron que me invitaran a una cacería. Y ya no les volví a ver.

Pincho les contó que unos meses después había muerto su marido, que estaba destinado en la embajada de París como agregado cultural. Y después ya no le encontró el sentido a quedarse viviendo en Francia.

—Pero siempre mantuvimos el contacto, aunque nos viéramos poco —intervino Pierre—. Las suelo visitar en España. En el campo y

en Madrid. Y, por fin, este año las he convencido para que se vengán unas semanas a descansar. Han pasado casi cincuenta años desde que estuvieron en La Chênaie la primera vez —dijo Pierre.

—Thérèse, su madre, y yo éramos muy amigas. Cuando murió Fernando, ella se preocupó mucho de mí. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida. Pierre, además, es el único niño que he conocido de tan pequeño. Bueno, y Socorro, quien creo que casi aprendió a leer periódicos a mi lado.

Como Arri miró extrañada a Socorro, Luis pensó que debía explicarle que Antonia trabajaba al servicio de las Lequerica.

—¿Como qué? —quiso saber ella.

Luis se quedó callado y Pila, que era muy perspicaz, dijo la verdad de la forma en la que intuía que Socorro hubiera querido.

—Es nuestra persona de confianza. No sabríamos qué hacer sin ella.

Y a Antonia se le escapó una lágrima, la primera desde que fue al médico.

XLVIII

El *whisky* estaba poniendo a Pila melancólica. Su hermana lo atribuyó a que el alcohol no le sentaba tan bien como hacía algunos años. Apuntó mentalmente que en cuanto volvieran a Madrid debían tener una conversación más o menos seria sobre la necesidad de plegar algunas velas a cierta edad.

Pincho se centró de nuevo en lo que estaban hablando y, para tratar de cerrar la conversación sobre las violaciones, recuperó el libro que Oriol Prada había recomendado a Socorro sobre las bases biológicas de la coerción sexual que, por supuesto, había leído tras el revuelo que provocaron sus autores por su publicación en 2001.

—Llegaron a la conclusión de que la violación en sí no es un producto cultural como dice el feminismo. Thornhill y Palmer dicen que es un fenómeno biológico con raíces en la selección natural.

—¿Qué quieres decir? ¿Que violan para plantar su semillita? —dijo Pila—. No me hagas reír.

—Bueno. Lo que quieren decir es que no creen que la violación sea cuestión de poder, como empezaron a decir en el feminismo de los setenta. Repito que no es lo que yo creo. Lo que estos dicen, uno es entomólogo y el otro antropólogo, y no siempre están de acuerdo en todo, es que la violación no es un acto sistémico, qué horrible palabra, para mantener el llamado dominio patriarcal.

—¿Y lo de la evolución?

Arri, que estaba buscando en su móvil, contó que uno de los autores del libro se pasó la vida estudiando el comportamiento de

los escorpiones mosca... Pincho la ignoró y siguió hablando. Su hermana parecía con ganas de enzarzarse con ella. Socorro acudió en su ayuda porque justo, tras arduas luchas con el inglés y la aplicación de IA Claude, había conseguido acabar el libro. Le gustó impresionar a la directora de *Juglar* delante de Luis Gordon.

—La coerción sexual, según esta gente, es una evolución de la estrategia reproductiva alternativa para los hombres que no tuvieron la suerte de persuadir a una mujer para copular voluntariamente. De ahí que digan que gran parte de las mujeres violadas estén en la edad fértil.

Pila, que ya estaba acabando su segundo *whisky*, pidió una copita de *prune* para dormir la siesta. Se la trajeron. Nadie en la mesa entendió por qué no se dirigió a Socorro. Buscaba pelea con su hermana.

—Mira, Pincho, yo creo que eso es un planteamiento erróneo porque muchos hombres guapos y ricos que pueden acostarse con cualquiera también violan. ¿Y el heteropatriarcado?

—A los homosexuales también les violan —intervino Mathieu, que contemplaba la discusión entre las dos hermanas como el espectador de un partido de tenis.

—Por supuesto. Yo me remito a eso que dicen de que por el boquete todas somos iguales, que es la verdad de los hombres —soltó Pila.

Socorro quiso hablar de las estadísticas de Tinder. Las mujeres solo dan *like* a cerca de un 4,5 por ciento de los perfiles, mientras que los hombres lo hacen al 60 por ciento. Pila no le dejó. Incluso los que no la hubieran conocido bien, como era el caso de Arri, se podrían dar cuenta de que había bebido demasiado.

—Y voy más allá: para los hombres cualquier boquete es bueno. No creo que busquen reproducirse sino satisfacer una pulsión.

La mesa estaba en silencio. Pincho, que había abierto mucho los ojos mientras su hermana daba esa argumentación y usaba esa expresión, habló. Su voz no sonaba pastosa como la de su hermana. Eligió ese tono paciente que siempre exasperaba a Pila.

—Es que sexo y poder no son excluyentes. Y respecto al argumento de la reproducción, ya sé que los violadores no piensan en reproducirse con las víctimas. Lo que digo es que el cerebro de los hombres ha sido moldeado porque, yo qué sé, en esas eras ancestrales la violación aumentaba el éxito reproductivo. Tampoco comemos azúcar y grasas para acumular calorías para el invierno. Es un mecanismo ancestral. Pero repito, y ya no quiero discutir más porque no nos vamos a poner de acuerdo: es lo que dice el libro de Thornhill y Palmer.

—Bah, vaya palabrería —dijo Pila—. El boquete es lo primordial. Solo se oyó entonces la voz de Pierre.

—Entonces... ¿qué es boquete?

XLIX

Después del café, Pila invitó a Arri y a Luis a dar un paseo por el jardín.

—¿De verdad vas a ir mañana sola a la fiesta de los Castel?

—Es que me ha dicho Jean-Paul, el fotógrafo por el que me han invitado, que era mejor que no fuera con nadie. No sé si me explico, pero algunos consideran que es mejor que pareciera que estaba...

—Disponible. No me digas más. Es un clásico de ese tipo de fiestas.

Luis le dijo que era lo normal.

—Para conseguir algunas cosas a veces lo mejor es ir sin un novio sobreprotector como yo. Ya sabes, que yo no siempre iba acompañado cuando estaba casado.

—Y así has acabado. Perdona que sea tan clara con Luis delante de ti, Arri, pero como veo que eres una tía inteligente, no me voy por las ramas.

—A mí me da igual. Si me quiere dejar por otra, allá él. No va a encontrar ninguna que le aguante sus chapas sobre que su fino es el mejor.

Luis la cogió por los hombros y le dio un beso en la frente. A Pila ese gesto de cariño entre amantes le hubiera parecido inapropiado, pero la diferencia de edad convertía aquello en algo casi fraternal.

—Bueno, Luis. No creo que Arri deba ir sola a esa fiesta mañana. ¿Para qué? Para poner cachondos a un par de viejos verdes y que los *taquimaris* presuman de lo guapa que es.

Arri se quedó pensando en qué quería decir Pila con «*taquimari*». Se repitió la expresión por dentro hasta que se dio cuenta: «Ah, mariquitas. Como Jean-Paul».

—No tiene por qué pasarle nada. Esto es solo trabajo y, por lo que me ha explicado ella, es lo normal. Aparecer con un novio al que no han invitado puede resultar un poco pacato.

—Esa palabra me encanta y la usamos muy poco —dijo Arri.

—Bueno, en cualquier caso, ¿por qué no vuelves a llamar al fotógrafo y le preguntas si puede ir Luis?

—Me va a decir que no, pero te prometo que lo voy a intentar.

— De todos modos, ya has dicho que te quedas a dormir en el hotel conmigo y tienes el coche organizado para volver un par de horas después de cenar y que te dé tiempo a tomarte una copa.

—Voy a llamar a Jean-Paul para preguntarle. Ahora es buena hora —dijo Arri alejándose de ellos para hablar por teléfono.

Luis aprovechó que se había quedado a solas con Pila para preguntarle qué le parecía la modelo.

—Es muy joven. Demasiado —dijo ella.

—Bueno, ¿tú crees que hago el ridículo?

A Pila no siempre se le daba bien mentir. Sobre todo, cuando no le apetecía.

—Sí.

No sonó lacónico. Y a Luis le quedó muy claro lo que pensaba.

L

Por supuesto, Jean-Paul le dijo a Arri que la invitación era exclusivamente para ella. Le explicó que solo iban a ser dieciséis personas y que le daba un poco de vergüenza decirles que la modelo iba a venir acompañada porque los conocía poco.

—Ya sabes cómo son estas cosas. Colette, va a organizar una cena increíble, muy delicada y especial, en la nueva sala que ha decorado.

—Lo entiendo —respondió Arri en inglés—, pero no me quedaré después de cenar. Tomaré una copa y me iré. Luis ha contratado un coche para que me lleve a Chambord sobre la medianoche. Si empezamos a cenar a las ocho me parece que está bien.

—Nuestra anfitriona ha preparado algo musical y seguramente la velada se alargará. Así que dile al conductor que vaya a recogerte a la una, por si acaso. Me temo que será un cuarteto de cuerda o alguna cosa con viola de gamba. O un contratenor. Es capaz de tener en las mazmorras un tenor castrado al que haya acogido de niño.

Esto último lo dijo riéndose, por lo que Arri se relajó. En ningún momento el fotógrafo se había opuesto a que se fuera temprano al hotel a dormir con Luis. Además, el coche que Luis había contratado podía retrasarse hasta una hora sin que les costara dinero, aunque seguramente querría pagárselo. Él era así.

Cuando terminó de hablar vio que Pila estaba sentada en una silla de hierro oxidado junto a una rosaleta muy cuidada hasta la

que se acercó y dijo:

—Como suponíamos, Luis no puede asistir, pero me he quedado tranquila. Le he dicho a Jean-Paul que me marcharé después de cenar. Aunque a él le he asegurado que me quedaré hasta la una, para disfrutar de no se qué numerito musical, no pienso cambiar la hora de recogida. Me iré a medianoche, como estaba previsto —aseveró mirando a Luis—. Me da igual levantarme en medio de lo que sea que los Castel tengan preparado.

Pila no solía ser muy expresiva, y menos aún con alguien a quien acababa de conocer, pero no pudo evitar intervenir.

—Ten mucho cuidado y, pase lo que pase, por muy bien que parezca que van las cosas, no bajes la guardia.

—Sé cuidarme —respondió Arri—. Llevo viajando sola desde que era muy joven y he visto de todo. Este mundo funciona así. Además, Luis está muy pendiente de mí. Es un hombre de los de antes.

—Como un padre —sentenció la menor de las Lequerica.

LI

A Socorro siempre le había costado mucho dormirse cuando compartía cama con su madre. Era demasiado inquieta y se movía mucho, por lo que temía molestar a Antonia, que solía caer como un leño, agotada del día y con pocos motivos para desvelarse. A la periodista le ponía nerviosa la oscuridad absoluta del cuarto en La Chênaie. Cada noche, las chicas que se ocupaban de hacer los cuartos de la casa, les abrían la cama y cerraban las contraventanas, lo que impedía que los destellos de las estrellas o los rayos de la luna aclararan la habitación. Entonces a ella le daba por pensar. Se había despedido de Luis con mal sabor de boca. Le había dicho que la encontraba guapa y en plena forma. A ella solo se le había ocurrido responder que él parecía un poco mustio al lado de la rozagante Arri. Se escuchó amargada porque él no acusó el golpe. Se había subido en el coche con un «nos vemos» que sabía que nunca se materializaría. Le daba rabia haber dejado traslucir ese poso de resentimiento. Había cosas más importantes que el despecho. Dolerse por amor era de jóvenes. Como Arri. Joder, la plenitud de la modelo permeaba hasta en sus monólogos interiores.

Aquellos días le había dado por pensar en la muerte de su madre, en lo que serían, si se confirmaba lo peor, los meses de la enfermedad y cómo debería cuidar a su madre. Y ese pensamiento llevaba al siguiente. Cuando no le quedaba más remedio, solía torturarse con su incapacidad para tener una familia. Al menos, su madre la tenía a ella. Y las Lequerica, su dinero. Con eso no se

estaba nunca sola. Imaginaba a María Casares atendiéndolas en los últimos días y celebrando muy en el fondo el último suspiro de las hermanas, si es que, como estaba previsto, una heredaba a la otra. En cambio, a ella... el único plan que le quedaba, una vez se le agotara el dinero, era el suicidio. La eutanasia. Llevaba diciéndolo unos años medio en broma, pero ahora había dejado de verlo como una posibilidad remota. No era una columnista de esas (de esos) a las que permiten escribir en los periódicos hasta que se mueren pasados los ochenta años. Aunque no fuera su caso, empezó a pensar en las personas que podía poner como ejemplo mirando varios periódicos y solo le salían hombres, no mujeres. Alcántara, Carrascal, Raúl del Pozo. Empezó a mover la pierna como siempre hacía cuando cavilaba nerviosa. La cama empezó a temblar. Antonia se dio la vuelta y le agarró la pierna.

—Para ya con el terremoto, hija.

—Perdón. ¿Te he despertado? —dijo Socorro compungida por haber perturbado el sueño de su madre.

—Qué va. Desde que fui al médico no he vuelto a dormir como antes, aunque doña Pila me ha dado unas pastillas que deben de ser la bomba. No me las tomo porque no me quiero aficionar.

Afortunadamente la oscuridad no dejaba ver a Antonia el gesto contrito de su hija.

—Bueno, mamá. Tú toma lo que te haga falta. Como si te dan heroína.

Antonia comenzó a reírse. Socorro se puso de buen humor.

—Mamá, ¿el padre de las Lequerica nunca pensó en Pincho para dejarle el periódico? Parece más astuta que su hermano.

La periodista escuchó la risita de su madre.

—Por supuesto que no. Arianne nunca lo hubiera permitido. Quería que *El Matinal* fuera el coto de su hijo. Ni se lo planteó. ¿Por

qué iban a dejar el negocio familiar a una mujer si había un hombre?

—Pero ¿no se daba cuenta don Ignacio de que su hija sí que era periodista y lista, además? He pedido a la sección de Documentación y Archivo todo lo que escribió durante su estancia en Francia y está francamente bien. Y luego fundó *Juglar*... que no es lo que más me interesa, pero tiene mucho predicamento.

—A ver, Socorro, ellas no tenían nada que hacer, aunque su padre supiera que la señora le daba mil vueltas a su hermano. De cabeza y de ganas. Doña Pincho, aunque estuviera en París, no dejaba de leer *El Matinal*, pese a que le llegara con días de retraso. Lo conocía de la primera página a la última. Yo no he visto nunca a nadie esperar con esa ansia un diario viejo. Como si fuera la carta de un marido en la guerra.

—Sí, desde luego conoce el periódico de la primera a la última página. Yo no tengo ni idea de qué hay en las páginas que no me interesan, pero ella se preocupa por todo. Hace unas semanas montó un pollo porque en una esquila ponía «conyugue» en lugar de «cónyuge». Ja, ja, ja. No sabes el disgusto. Y ni siquiera conocía al muerto.

—Me lo puedo imaginar tal como es la señora. Volviendo a lo de la sucesión, por mucho que Pincho fuera mejor que su hermano, era una mujer. Ella volvió de París tras quedarse viuda y le planteó a su padre el asunto. Le dijo que era viuda y no tenía hijos. Que podía dedicar todo su tiempo. Se habría conformado si hubiera tenido que compartir la presidencia con su hermano. Pero ni siquiera a eso se atrevió don Ignacio, el viejo. Lo que lloró doña Pincho, aunque no delante de su padre. Por eso ella acabó haciendo lo de *Juglar*.

—Su habitación propia —dijo Socorro. No parecía ella, pero Pincho le había hecho leer a Virginia Woolf.

—¿Su qué?

—Nada. Que le dejaron un rinconcito para que hiciera sus cosas.

—Hija, España entonces no era como ahora. Con mujeres mandando.

—Ni ahora tampoco —zanjó Socorro—. Mandan lo que les dejan los hombres.

LII

A Pila nunca se le olvidaría el día de la proclamación del rey Juan Carlos I, aunque para ella seguiría siendo Juanito, como le llamaban los amigos. En privado, siempre se refirió a él como Su Majestad, sin complejo alguno. No le importaba usarlo. Si a él le hacía feliz..., pero ella sabía muy bien que no había alteza ni majestad en casi ninguno de los miembros de las casas reales a quienes había conocido. Aun así, lo tenía que reconocer, hacía falta un carácter como el del rey Juan Carlos para que España pudiera salir de la dictadura. Con un rey menos cachondo, menos aguililla, hubiera sido difícil lograrlo. Y eso, pensaba Pila, había que reconocérselo, aunque años después se vieran las costuras de la Transición. Las dos hermanas Lequerica hacían suya la frase de Amelia Valcárcel, que entonces era comunista: «Menos mal que la Transición salió como yo la hubiera hecho». Y quizás por eso salió tan bien, aunque nadie quedara contento ni sintiera que había ganado. Todos tenían mucho que perder.

Pila recordaba muy bien aquel 22 de noviembre de 1975. Por supuesto, sobre el mediodía, a la hora en la que el rey Juan Carlos I juraba las leyes fundamentales en las Cortes ante Arias Navarro y el resto de autoridades franquistas, Pila se tomaba el *bouillon* (un caldo que hacía las veces de taco en las cacerías de Francia) en una casita de ladrillos y madera que los Castel habían mandado hacer en su finca de Sologne para que también pudieran usarla para comer los ojeadores, cargadores y perreros. Habían dado ya dos ojeos de

patos en los estanques y Pila había dejado impresionados a sus anfitriones. ¿Cómo no iba hacerlo? Acababa de salir de la adolescencia y estaba en ese momento palpitante en el que la juventud comienza a asentarse en el cuerpo. Tenía aún la piel tersa de los niños y parecía rebosante de vida. Estaba, dicho en palabras de muchos, guapísima, apetitosa, apetecible. Y era tan divertida y ocurrente que enseguida se metió a Victor, el anfitrión, y al resto de invitados en el bolsillo. Además, no era cursi y tenía un punto de actitud masculina, de muchachito, en su evidente feminidad. Parecía no temer a nada ni a nadie. Como si esa aparente inconsciencia le diera seguridad. En el primer ojeo fue la escopeta que mató más patos y en el segundo, quedó por detrás de Victor Castel y Philippe Rohmer, otro de los invitados, que tenía una fábrica textil. A Pila nunca se le olvidaría ese nombre, aunque tendría mucho cuidado en volver a pronunciarlo porque notaba que al hacerlo se le acumulaba la rabia.

Pocas veces había sentido algo así. El rencor no era un sentimiento habitual en Pilar Lequerica, pero ahí estaba más de cincuenta años después de que el rey fuera nombrado jefe de Estado. La mirada se perdía entre los castaños de La Chênaie mientras meneaba nerviosa los hielos del *whisky*, buscando el tintineo que hacían al chocar con el cristal. Estaba demasiado absorta como para escuchar a Antonia y a Socorro, que se acercaban desde el final del jardín en busca de la menor de las Lequerica.

La amistad entre el rey Juan Carlos y Pila fue muy estrecha en aquellos tiempos. Él, que, como todos los hombres, era lenguaraz y presumido, le contó un año después de la muerte de Franco que un amplio sondeo de Jorge Miquel, el del Gallup, decía que el 40 por ciento de los españoles ya pensaba que la monarquía era un hecho

aceptado. El porcentaje no era mayoritario, pero estaba muy satisfecho. Las encuestas que habían hecho antes de la muerte de Franco indicaban que ese porcentaje no pasaba del 15. El régimen no se fiaba del hijo de don Juan. A Pila siempre le había dado la risa cada vez que le tenía que hacer la reverencia.

LIII

Era temprano y en el desayuno habían coincidido Socorro y Kaori. No era normal que la periodista madrugara tanto sin tener obligación, pero le dolía la cabeza y quería tener algo en el estómago para tomarse un analgésico. La japonesa debía ir a arreglar algo en casa de los Castel. La señora se había ido a París y quería que a su vuelta el Biedermeier que habían movido a una antesala se colocara en su cuarto. Le había indicado dónde. En su español sevillano explicaba a Socorro sus quehaceres.

—Dice que como yo lo he movido, lo tengo que colocar otra vez. Así que tengo que ir al *château* a ver cómo unos hombres llevan el mueble a la habitación.

—Qué tía pesada, ¿no? Que mande a su gente a hacerlo —dijo, mientras se masajeaba la sien derecha, lo que alternaba con el frío de una lata de Coca-Cola. Ya se le estaba pasando un poco.

—Tampoco es una pesadilla. Además, el secreter es tan bonito. Cada vez que lo veo quiero robarlo.

Socorro no entendía de muebles del siglo XIX. Pero le apetecía dar una vuelta y despejarse.

Kaori y Socorro llegaron al castillo para recolocar el Biedermaier. Pero tuvieron que esperar un rato a que vinieran los hombres que lo iban a trasladar. Estaban en otra faena. La casa estaba llena de decoradores y floristas para la fiesta. También algún cocinero que sobreactuaba con gravedad. Así que se pusieron a curiosear los cajones y compartimentos, los mecanismos. Kaori se los mostraba

entusiasmada. Estaba vacío, como si lo fueran a poner a la venta o lo acabarían de comprar, como si no fuera un mueble de la casa.

—Mira, por fuera parece un órgano, pero luego es increíble. Tiene cajones grandes y otros más pequeños dentro de esos grandes. Una locura. Luego cuenta con esta especie de columnas finas a los lados. Atención.

Y la japonesa empezó a agarrarlas («Las columnas se sacan», dijo Kaori). Detrás había otros cajones pequeños. Como una torre de cajoncitos. Socorro empezó a abrirlos, hasta que llegó a uno que costaba mover. Kaori lo forzó un poco con maña. Había algo enganchado. Eran unas fotografías un poco dobladas, como si no hubieran cabido en el cajón sin abombarlas. Unas diez fotos en blanco y negro. Bastante pequeñas. Solo un poco más grandes que un paquete de tabaco.

—Socorro, esta es Pila, ¿no?

La periodista se sorprendió, las miró y se sorprendió más todavía. Se quedó muda unos instantes.

—Creo, creo que sí. He visto imágenes tuyas de joven y se parece mucho.

—Sí, a mí también me ha enseñado algunas en el móvil, por eso he creído reconocerla.

En las fotos se veía a esa mujer que parecía Pila en un sofá con un hombre al lado que tenía la cara ladeada. Él estaba despierto. Ella no lo parecía. Tenía la cabeza echada y vestía una especie de *negligé*. En otras ni eso. A Socorro se le puso un nudo en el estómago.

—Supongo que tendríamos que enseñárselas a Pila. A lo mejor no es ella. Pero si es, seguro que querría verlas. Me da mucho apuro, pero me encargo yo. No sé si decírselo antes a mi madre. Aunque también me da vergüenza con ella.

Kaori estaba de acuerdo. No tenía tanta confianza con Pila. Socorro tampoco. Nadie tiene tanta confianza para enseñar semejantes fotos a una señora. Esperaron casi en silencio, sobrecogidas, a que llegaran los hombres que se tenían que llevar el mueble. Kaori se metió las instantáneas en el bolsillo del Barbour y ya en el coche se las dio a su compañera de viaje.

Al llegar a La Chênaie, Socorro iba con las fotos en la mano como el que lleva una granada con la anilla puesta todavía. Se acercó a la escalera donde estaban aquellas fotografías viejas y mucho más grandes que las que agarraba con fuerza. Miró las suyas y la imagen de Pila en esas de la pared. Tenía que ser ella. Tampoco es que fuera una mujer vulgar e intercambiable. Dudó, pero fue a buscar a su madre al cuarto. Llamó, abrió y la encontró sentada en un sillón junto a la ventana.

—Hola, hija.

—Mamá, te voy a enseñar algo.

—No me asustes.

Socorro se acercó con las fotos y se las puso a su madre en las manos. Primero estaba la de la *negligé*.

—¿Conoces a esta mujer?

—Doña Pila mocita. ¿Qué es esto?

—Las he encontrado con Kaori en un mueble de los Castel.

—Llévaselas ahora mismo. O déjaselas en su cuarto.

—¿Como si fueran un anónimo? ¿Cómo voy a hacer eso? Esto parece grave, mamá, no sé si es que estoy obsesionada por casos de mujeres drogadas, pero parece que no esté consciente.

—Puede ser por la foto. Yo también salgo con los ojos cerrados a veces.

—En una puede ser, pero ¿en todas?

A Socorro se le cayeron al suelo al devolvérselas su madre, que no quería seguir mirándolas. Estaba cada vez más nerviosa. Pero tenía que ir a ver a Pila. Fue a buscarla. La encontró leyendo fuera, con una manta encima de las piernas y bien abrigada.

—Niña, ven aquí, que me acabo de poner una copa. Ve a por un vaso. ¿Y tu madre, que no la he visto esta mañana?

—Bien, está en el cuarto descansando. Como tú, pero sin copa ni libro.

Socorro se aseguró de que no hubiera nadie cerca. Volvió con el vaso bajo, una Coca-Cola, lo llenó de hielo y se sirvió *whisky* con el refresco. Esta vez no le importó poner mucho *whisky*. Ya sentada junto a la menor de las Lequerica, se metió la mano en el bolsillo y las sacó.

—Creo que deberías ver esto. —Y se las dio.

Pila empezó a pasarlas estupefacta.

—¿Esto es inteligencia artificial de esa que utilizan para desnudar a la gente?

—No. Kaori y yo las hemos encontrado atrancadas en un mueble de los Castel. Como si se hubieran quedado allí, como si las hubieran dejado sin darse cuenta. Alguna hasta está un poco rajada.

—¿Que las hubieran dejado? ¿Quién?

—No sé, pero como me ha parecido que eras tú he pensado que querías tenerlas y hacer con ellas lo que consideres. —Y dio un trago larguísimo a su copa.

—No sé qué decir.

—¿Sabes dónde es y quién es esa gente, esos hombres?

—Eeeeh, creo que sí. O creo saberlo. O no. No sé si me acuerdo de los detalles.

—Perdona, me parece muy íntimo. Pero por lo que dices, también parece grave. O lo mismo estoy pensando de más con todas

las historias que he leído. O sobre las que he escrito. Vivimos entre depravados que van de honrados padres de familia.

—No, has hecho bien. No te preocupes, Socorro.

—Bueno, te dejo tranquila. ¿Estás bien?

No lo estaba, le temblaba la voz. La hija de Antonia nunca había visto a Pila tan insegura. Nunca la había visto insegura, aunque intentara sobreponerse al impacto.

—Sí, sí, vete. No hay problema. O, mejor, quédate. Mira, Socorro, confío en ti, te lo voy a contar, aunque luego me arrepienta. No porque seas tú. Los secretos lo son porque no se le cuentan a nadie, ni a una amiga... ni a una hermana. Me había hecho a la idea de que jamás iba a hablar de esto. Y no es que tenga necesidad, ni un peso ni ninguna de esas bobadas que dicen algunos. Los secretos no pesan. Pueden ser yunques muy ligeros. Pero estas fotos...Te lo voy a contar y ya. Cuando era joven iba a algunas cacerías en Francia con el padre de Pierre y mi cuñado, Fernando. Y sin darte muchos detalles estoy segura de que en una cena en casa de los Castel me echaron algo en una copa, en una de las muchas, que llevaba varias, también tengo que reconocerte. Al día siguiente, dudé si no me había pasado alguna otra de esas veces en las que me levanté con resaca y sin acordarme mucho de cómo había llegado a la cama.

Socorro apuró su *whisky* nerviosa sin decir ni una palabra.

—¿Por qué crees que tengo tanta prevención con que Arri vaya a esa fiesta esta noche?

—¿Y no se te ocurrió denunciar entonces? O contarlo.

—No se me ocurrió, no. Una mujer bebida. Imagínate el caso que me iban a hacer. Y no iba a dar ese escándalo, aunque a mí se me supusieran.

—¿Y Fernando, el marido de Pincho, estaba involucrado?

—Sí. Por eso no dije nada. No podía probarlo. Y entonces a las mujeres no se nos tomaba en cuenta. Tampoco es que ahora haya cambiado todo. Lo arreglé.

—¿Lo arreglaste?

—Ese tipo de asuntos nunca se terminan de arreglar porque no puedes volver atrás y hacer otras cosas. O no hacerlas. Digamos que aprendí a vivir con ello y a que no fuera el centro de mi vida, a no recordarlo. Lo dejé todo atrás.

—¿Todo?

—Todo.

LIV

En el juicio contra Dominique Pelicot por drogar y violar a su esposa junto con otros cincuenta hombres, se condenó a otro tipo, Jean-Pierre Maréchal, al que llamaron «el aprendiz», que también suministró somníferos a su propia mujer para poder violarla y que la violara Pelicot. Lo tuvo que dejar de hacer porque en una de las ocasiones a la señora no debieron de funcionarle las drogas con las que su marido pretendía dejarla inconsciente. Ella se despertó y se encontró a Pelicot en su cama, que se dio tal susto que huyó por la ventana. El Aprendiz le dijo a la mujer que no se asustara, que solo había invitado a un mirón. Ella le debió de creer porque no puso denuncia alguna contra él. Habían tenido cinco hijos.

Pila no tenía motivo para no haber denunciado a su cuñado. O sí. Sabía que a Pincho se le partiría el corazón y... quién sabe. ¿Y si su hermana no la creía y decidía seguir con Fernando y tener esos hijos que tanto deseaba? Eso sería lo normal. La mayoría de las mujeres solía ponerse del lado de sus maridos. Aunque su hermana no era de ese tipo de mujeres. O eso había creído siempre.

Por mucho que intentara dejar lo que le pasó en un cajón con llave, las imágenes se le seguían viniendo a la cabeza cincuenta años después. No se había despertado como la mujer del aprendiz de Pelicot, sino que, de repente, fue consciente de esos hombres que iban y venían sobre su cuerpo. Como esa chica en un episodio de *Ley y orden: Unidad de Víctimas Especiales* que cuando era violada veía al tipo encima y a la vez en la puerta. Eran gemelos. En

ese estado de semiinconsciencia, Pila enseguida tuvo claro que había una jerarquía. El viejo propietario de la finca había sido el primero que se había encaramado a su cuerpo y la había penetrado. Fue algo breve y viscoso. Pila estaba paralizada. Seguramente le habrían administrado algún ¿relajante muscular? para evitar que sus músculos se contrajeran y que involuntariamente el cuerpo se resistiera a las embestidas de aquellos hombres. Después la violarían los amigos del anfitrión, de su misma edad e igualmente repugnantes. Pila recordaba bien su olor. A viejo, a medicinas, a tabaco y alcohol y una brizna de perfume. Habría vomitado si su cuerpo se hubiera podido despertar para tener arcadas. Luego empezaron los invitados más jóvenes. Serían dos o tres. El último, Guilhem, un cuerpo —unas formas— que Pila reconoció y que desde aquel instante juró que no volvería a ponerle una mano encima. Reconoció la mezcla de tabaco y perfume en el pelo cayéndole en la frente sudorosa.

Como los otros hombres, él tuvo cuidado de salir de ella antes de eyacular. Lo hizo en el pecho de Pila; otros lo habían hecho en el vientre. En ese momento escuchó la voz nítida del señor Castel: «Venga, Fernando, te toca. ¿No nos decías que te morías por hacérselo por detrás?». Y Pila sintió cómo varios brazos la cogían y le daban la vuelta. Sintió que se caería, pero ni por esas pudo abrir los ojos. Le abrieron las piernas y entonces empezó a sentir el tacto de bebé del que tanto le había hablado su hermana. No le dolía. Nunca lo había hecho antes, pero aquello era diferente. Fernando no tardó mucho. Lo supo porque le oyó gruñir mientras el resto gemía de la excitación propia. Eyaculó dentro de ella. En ese momento, cesaron los gemidos. Todos aquellos hombres habían terminado y debían de estar satisfechos. Incluso escuchó el ruido de una palmada en lo que debían de ser las nalgas de su cuñado.

—Y a ver si la próxima vez te traes a tu mujercita, aunque con su hermana te has superado. Es una mujer bellísima.

A partir de entonces, Pila no pudo pensar en otra cosa.

Ese mismo día por la tarde, volvió a París en coche con Fernando y Guilhem. Hizo por no hablarles y se pasó —iqué paradoja!— todo el viaje haciéndose la dormida para no tener que intercambiar una sola palabra con ellos. Su cuñado se había subido en el coche con el parloteo habitual —arte, negocios, el último libro que había leído, algún que otro chascarrillo de la cacería— que intercambiaba con su amigo. Como si no hubiera pasado nada. Como si no la hubieran violado en la parte de atrás. Pila escuchaba con las gafas de sol puestas Ninguno de los dos, claro, había hecho el gesto de invitarla a ir en el asiento delantero. En un momento hicieron algún comentario de la cacería. «Los Castel estaban muy impresionados con lo bien que tirabas. Seguro que te vuelven a invitar», dijo Guilhem. Lo repitió, pero Pila no respondía. «Se ha quedado dormida» —anunció Fernando—. Vaya... Parece que no ha tenido suficientes horas de sueño este fin de semana». Y los dos se echaron a reír con una complicidad que a Pila le resultó repugnante.

Volvió a pensar en su hermana, Pincho. En lo que la esperaba. Siguió aparentemente dormida hasta que Fernando le tocó la rodilla para decirle que habían llegado a la rue de Varenne. Pila se bajó y le hizo un gesto con la cabeza a Guilhem. Aprovechó que justo en ese instante pasaba un taxi para pararlo y pedirle que la llevara al hotel Le Meurice. Al llegar a casa, Pincho le preguntó a Fernando por qué su hermana no había subido. Fernando le dijo que debía de estar cansada. También de ellos. Que querría estar sola. Que había sido la sensación de la cacería en casa de los Castel.

—Es que nadie se le resiste a Pila. Salvo tú —dijo Pincho.

Y Fernando la premió con un beso en la frente.

LV

A Arri, como a muchas modelos, la habían llevado a numerosos lugares impresionantes. En avión privado, en Rolls, hasta en un patinete eléctrico desde el hotel Plaza Athénée hasta el Grand Palais porque no llegaba a un desfile. Estaba acostumbrada a que quisieran deslumbrarla con lo que se pensaba inaccesible para los mortales, pero al alcance de dioses como ellos. Había ostras, caviar y hortelanos, que están prohibidos, pero eran el plato perfecto para probar que la ley no regía en el *château* de los Castel. Arri tuvo que aguantar de un viejo el rollo de los *ortolans*, esos gorriones de Las Landas ahogados en *armagnac*. Que si Mitterrand los comió en su última Nochevieja antes de morir, que si Anthony Bourdain describió en su libro el crujido húmedo al masticarlos, que si se comen con una servilleta en la cabeza para ocultar el pecado a Dios. Aunque en la cena no hicieron eso, solo se los comieron. A Arri, que había visto la tontería de las servilletas en la serie *Billions*, no le parecieron mejores que los zorzales. Se preguntó si Bourdain habría sentido el mismo crujido con la cabeza del zorzal.

Los vinos eran también carísimos. Los conocía todos de nombre porque había probado algunos en las muchas catas que invitaban a Luis Gordon. Un Château Cheval Blanc, un clásico. Como blanco, un Sauternes, Château d'Yquem porque también había *foie gras*. Arri, que era muy pesetera, pensó en lo que costaba cada copa y decidió que era una pena malgastarlo. Y lo mismo pensó del champán que le pusieron en la mano en cuanto llegó. Y del vodka con el que

sirvieron el caviar. La botella estaba escarchada y el destilado casi helado entraba como agua. Antes del primer plato ya se había hecho con las simpatías de los tres matrimonios. Jean-Paul se los presentó. Uno era el de los Castel, que dieron la bienvenida a su nueva colaboradora. «Porque somos así, una gran familia. Las modelos que encarnan nuestra marca son una parte muy importante. Es la historia de un negocio con casi ciento setenta y cinco años hecho carne en vosotras, las mujeres que nos representáis. Por eso insistimos en conocerte». Las otras dos parejas eran amigos de los Castel. Elegantes, ricos, mayores... Y estaban los hijos treintañeros y algunos jóvenes muy atentos con Arri. Siempre pasaba lo mismo. La llevaban para alegrar la vista a los viejos, pero acababa ligando con los jóvenes. Parecían inofensivos. Ninguno había venido con mujer o novia. «Menuda suerte tengo», dijo Arri, que estaba nerviosa por no contar con apoyo, pero complacida por ser el centro de atención. El ego de una mujer es tan frágil como el de un hombre. Aunque parezca que vuela, siempre prefiere la red que ofrecen otras congéneres. Allí estaban Colette y sus tres amigas, que parecían pendientes de cada conversación que se pudiera dar en aquella cena. En ningún momento se acordó de lo que le pasó en la velada a la que también la llevó Jean Paul. «Qué idiotez. Esta gente es amabilísima y encantadora». Uno de ellos le acababa de invitar a pasar unos días en Cannes, en un velero. Era un chico joven y guapo que a Arri le sonaba de algo. Sería de alguna revista o tal vez lo recordaba de una cuenta de Instagram. Le contó que había ido acompañando a sus padres, que eran muy amigos de los Castel.

La modelo miraba el reloj. Eran las diez y el taxi pasaría a recogerla sobre la medianoche. Estaba muy satisfecha. Había calculado los tiempos a la perfección. Incluso le daría tiempo a escuchar al castrato de Colette. Aceptó otra copa. Había que

celebrar el nuevo contrato. Brindó con el chico joven. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era el hijo de los Rohmer, que había visto en las redes sociales con el caso Schneider. Miró su móvil y vio un mensaje de Luis, que reenviaba otro de Pila: «Dile a Arri que no quiero parecer pesada, pero que se vuelva al hotel en cuanto acabe la cena. Y que procure beber solo agua. Que dé la excusa de que está tomando un medicamento». «Qué exagerada», pensó la modelo. No se dio cuenta cuando Colette ofreció a sus amigas hacer una visita a la casa y el jardín, antes de retirarse. Y la dejaron sola.

LVI

Arri se despertó sobre las cinco de la mañana agobiada, tumbada en uno de los sofás de la entrada y cubierta con una manta. Miró el móvil. Tenía muchas llamadas perdidas del conductor del coche que había contratado. Y sobre la una de la madrugada, un mensaje en el que le decía que se había cansado de esperar y se marchaba.

No le quedaba otro remedio que llamar a Luis. Estaba aturdida. Había bebido mucho de ese vino tan bueno. Marcó su número, pero él debía de estar dormido porque cogió el teléfono al quinto tono. Tenía la voz pastosa y lúgubre.

—Oye, ¿cómo es que no estás aquí? ¿No tenías que haber vuelto a medianoche?

—Sí, pero me he quedado frita. Como tú por lo que veo. ¿Te importa venir a recogerme? Te mando la ubicación.

Luis no hizo muchas preguntas. Se puso los pantalones y comenzó a seguir el navegador. Afortunadamente, el teléfono se conectaba con la pantalla del coche, lo que a Luis le resultó un alivio porque la vista le comenzaba a fallar. En cuarenta y cinco minutos llegó a Les Bruyères y se encontró con Arri hecha lo que él consideró un despojo. Aunque un despojo de Arri era siempre hermoso.

—Niña, ¿estás bien?

—Sí, no te preocupes. Solo estoy muerta. No sé cómo me quedé dormida en el sofá. Menos mal que Colette me debió de echar una mantita por encima.

—Abróchate el abrigo que te vas a enfriar.

Arri se subió en el coche. Por suerte estaba ya caliente y se sintió reconfortada. Se sentía muy cansada y, otra vez, volvía a no recordar nada de lo que había pasado la noche anterior. Le venían imágenes a la cabeza y, de nuevo, no se preocupó. Le contó a Luis que sus anfitriones habían estado extremadamente amables con ella y le habían ratificado que participaría en la campaña de uno de sus productos. También le habló de la invitación al velero de un chico muy simpático, que le resultaba familiar, pero de cuyo nombre no se acordaba.

—Tengo que escribir a Jean-Paul para que me lo diga. ¿No te parece un plan estupendo? Me dijo que te podría llevar.

Luis asintió incómodo.

—Claro, ya veremos cómo nos organizamos el verano.

No tardaron más de cuarenta minutos en llegar a Chambord.

En la recepción del hotel no les hicieron preguntas y se dirigieron a la habitación.

Arri fue directa a la ducha, donde Luis se dedicó a escrutarla mientras el agua se escurría por su piel. Le vio alguna marquita casi imperceptible (al menos para Arri al mirarse al espejo) en la base de la espalda. También tenía moretones en la parte alta del brazo y algunos hematomas en la espalda.

—Tienes morados por todo el cuerpo. ¿Te has caído?

Ella se encogió de hombros. El agua le resbalaba por la espalda.

—La verdad es que me duele todo el cuerpo. Por dentro. Pero no recuerdo nada y ya ves que estaba vestida. Y el traje que llevaba... no era fácil de quitar.

El mono de cuero que se había puesto estaba en el suelo hecho un guiñapo, pero perfecto. No había descosido o roto que sugiriera desgarro.

Luis se inquietó. Arri hablaba como sonámbula, como si no se le hubiera pasado la borrachera.

—Ayer bebí mucho... Puede que solo sea eso.

Luis la miraba de arriba a abajo. Por primera vez en mucho tiempo marcó el teléfono de Socorro.

LVII

Socorro no había recibido muchas llamadas desde que estaba en La Chênaie. Menos a las siete de la mañana. Había dejado hecho el reportaje de Toulouse y la operación Bolero-Paprika. Para desasnar, como decía Faustino, le pareció un trabajo bastante digno y a Rojo, que no tenía ni idea del asunto, le pareció una buena historia. Ahora podría presumir con Nuria Albuquerque y, si se dejaba, recitarle a Gil de Biedma. No se iba a publicar todavía, pero sabía que podía entrarles la prisa, así que lo dejó preparado. La periodista pudo tomarse unas vacaciones y nadie le reprochó su ausencia porque en primavera ninguno de sus colegas quería irse de viaje ni pedía disfrutar de los días libres trabajados. No hubo quejas por los turnos en los que habría que suplirla. Solo María Casares la llamó para interesarse por los motivos de esas vacaciones. Ella le dijo que su madre estaba pachucha, y que esa era la razón por la que había pedido los días. Le explicó que se iba a La Chênaie, una finca en la que las Lequerica se habían instalado a pasar unos días.

Socorro notó la sorpresa de María en su voz.

—No sé si Ignacito, perdón Ignacio, conoce a la familia Villeneuve.

María fue un poco seca.

—Dale un abrazo muy fuerte a Antonia de mi parte —le dijo antes de colgar. Por supuesto, también recibió un mensaje de Ignacito, que había llamado previamente a Pincho y a Pila.

El móvil en silencio permitía a la periodista filtrar llamadas inoportunas y no solo de quien quisiese venderle algo. Lo solía dejar boca abajo en la mesa y así no veía si la pantalla se iluminaba. Y si alguna llamada perdida le parecía importante, marcaba el teléfono o escribía un mensaje. Hace un par de años, a Luis Gordon le hubiera respondido casi con ansia, siempre pendiente de él. Y verle en La Chênaie con su nueva novia modelo no habían hecho sino ratificar que le importaba un bledo. O eso quería creer. En cualquier caso, quiso saber por qué la llamaba. Lo que más le importaba era conocer cómo le había ido a Arri en la fiesta porque la inquietud de Pila también la había contagiado a ella.

—Hola, Socorro —dijo él apesadumbrado. La periodista no sabía si era porque le daba vergüenza hablar con ella o si había otro motivo. Sospechaba que Luis la necesitaba porque Arri la necesitaba. Y ella estaba preocupada por la modelo. Luis prosiguió—: Mira, lo mismo es una tontería, pero estoy seguro de que tú sabrás qué hacer. Creemos que a Arri le pasó algo ayer. Se siente extraña y, además, está llena de morados.

Socorro le pidió que le pasara a la joven porque había cosas que sabía que las mujeres hablaban mejor entre ellas. Arri le dio una descripción vaga de sus sensaciones y le comentó lo mareada que se sentía aún.

—Arri, no te conozco mucho, pero los Castel no son de fiar. Si yo fuera tú, me iría a un hospital a que me reconocieran para que certifiquen que te ha pasado algo, si te ha pasado.

—Lo más probable es que no sea nada.

—Tú ve. Por si acaso. Así te quedas tranquila.

Se dio cuenta de que quizás estaba incómoda yendo con Luis al hospital.

—Mira, voy para allá y te acompaño yo, a ver si me dejan un coche.

Miró a su madre y le hizo un gesto a Pila para que le acompañara un segundo al jardín. Le contó lo que le había sucedido a Arri y le pidió permiso para compartir con ella lo que le había pasado hacía casi cincuenta años. Pila asintió, pero dijo que solo utilizara su historia para convencer a Arri de que fuera al hospital.

—Que te acompañe Kaori si puede. Por si tienes que desenvolverte en francés.

LVIII

Un Citroën viejo con una de Terrinches y una japonesa rodando por la Sologne sonaba a chiste de esos que se contaban en los ochenta. El tema de conversación también parecía el tópico de alguna broma. Kaori hablaba con su acento japonés sevillano.

—Estaba pensando en los relieves que me encargaron los Castel. ¿Sabes qué tienen en común Antíope, Danae y Calisto?

Socorro le contestó que no era capaz de acordarse de sus nombres por lo que no tenía ningún apuro en confesar que no tenía ni idea.

—Son tres divinidades engañadas por Zeus para poder acostarse con ellas. Mejor dicho, para violarlas. No sé. Me parece que cierra bastante el círculo. Seguro que en esa sala es donde le pasó todo a esa pobre chica. Como a Pila...

—Danae me suena de clase de latín y en mi clase había una chica que se llamaba así. Era hija de unos tipos muy pretenciosos que habían sido temporeros por aquí —recordó Socorro.

—Pues a ella la fecundó Zeus convertido en lluvia de oro.

—¿Y las otras dos?

—Pues, en el caso de una, se transformó en sátiro y, en el de la otra, en Artemisa...

—¿Y siempre para lo mismo?

—Siempre. Ya sabes.

En ese momento, Socorro se acordó de un debate al que le hubiera gustado prestar más atención. Se trataba de las

controversias sobre si el Prado era lo suficientemente feminista, pero siempre había pensado que era una polémica artificial creada por periodistas para llamar la atención. Kaori siguió hablando.

—Qué personas más retorcidas. Si no me hubieran pagado ya, me daría asco haber aceptado su dinero.

Socorro le dijo lo que le parecía lógico.

—Puedes donarlo.

Pero Kaori volvió a quedarse oportunamente absorta en sus pensamientos.

LIX

El cuerpo escombros de Arri reflejaba bien su estado emocional. Estaba hecha polvo y bajó a la recepción del hotelito caminando con pasos pequeños de la mano de Luis Gordon. El bodeguero saludó con la cabeza a Kaori y a Socorro le apretó la mano. Los buenos días eran una frase hecha.

Se sentaron los cuatro en una mesita donde se servía el desayuno. Luis insistió en invitar a Kaori y a Socorro a café. La japonesa pidió un capuchino y Socorro, un café solo. Se lo trajeron con dos galletitas. Para entonces, Arri se había excusado dos veces para ir al baño porque tenía el estómago revuelto y sentía arcadas.

Socorro no quiso andarse por las ramas y le preguntó a Arri lo que le había pasado en la noche previa. La modelo solo dijo vaguedades sobre lagunas, pérdidas de memoria y la sensación de aturdimiento. Luego se levantó la camiseta y girándose les enseñó los moretones en la espalda.

—Pero te duele... ahí abajo —preguntó Socorro con cierta vergüenza.

Arri bajó la mirada y asintió.

—Pues vete al hospital y que te examinen. Cuanto menos tiempo pase, mejor. Kaori y yo te acompañamos. ¿Quieres?

La modelo comprendió qué debía hacer si no quería que le pasara lo mismo de la otra vez, cuando fue al ginecólogo en Madrid, después de la fiesta.

Arri bajó la mirada y Luis se quedó callado. Se daba cuenta de que en esas circunstancias sobraba la hombría, a no ser que se ofreciera a partirle la cara a los Castel y a sus amigos si se confirmaban las peores sospechas sobre su novia.

Socorro le pidió a Luis que fuera en otro coche porque quería hablar con Arri mientras conducían al hospital de Blois.

Ni ella ni Kaori quisieron explicarle los motivos por los que estaban tan seguras de que la habían violado. La periodista les dijo que lo habían hecho antes, afirmación que Arri ratificó porque había reconocido a los Rohmer y a su hijo. Y porque empezaba a estar casi segura de que ya le había pasado lo mismo en la otra fiesta a la que la llevó Jean-Paul.

En el hospital de Blois nadie hizo demasiadas preguntas cuando Arri contó lo que le había pasado en un francés justito, pero mucho mejor que el que Socorro podría haber intentado con gesticulaciones y aspavientos. Afortunadamente, estaba Kaori que, con pudor japonés, explicó a la médico lo que le había sucedido a Arri.

Luis Gordon observaba la escena como un pasmarote. ¿Qué más iba a hacer? Se llevaron a Arri. Se quedaría esperando para abrazarla.

LX

A partir de ese momento, todo fue más o menos rápido. El reconocimiento evidenció que a Arri la habían violado y la propia doctora llamó a la gendarmería para decirle a un amigo que ahí había una española que quería presentar una denuncia. Después las cosas se precipitaron y ni Arri ni Socorro pudieron atestiguar lo que pasó porque, en cuanto llegó la policía, Luis Gordon las animó a que se volvieran a La Chênaie, ofrecimiento educado que ellas aceptaron porque sabían que Arri había entrado en la rueda burocrática de la justicia y que la modelo había dejado ya de ser la dueña de su tiempo.

En el camino de Blois hasta la finca, Socorro iba escuchando una emisora de música clásica que sonaba en el coche. Tardaron más de una hora en llegar. Lo hicieron justo cuando Pila y Pierre pedían una copita de La Prune de Souillac, mientras Pincho se tomaba un café.

—¿Dónde se ha ido Mathieu? —preguntó Kaori.

Pierre le explicó que se había ido a la Camarga porque un amigo le había hablado de la posibilidad de hacer un trabajo allí.

Socorro y Kaori se derrumbaron en la silla. Toda la mañana había sido muy tensa y el relajo posterior había sumido a las dos mujeres en una suerte de extraño sopor.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Pincho que, al contrario que Pila, no tenía ni idea de lo que le había ocurrido a Arri. Socorro se lo contó muy despacio para que Pierre lo entendiera, con alguna que

otra intervención de Kaori para hacerle alguna observación en inglés. Al terminar el relato, Pincho se quedó blanca.

—Tráigale un *gin-tonic* a mi hermana que le va a sentar mal la viuda —soltó Pila con cierta sorna.

Pincho pensó en voz alta.

—Pobre chica. Y pensar que esos indeseables de los Castel conocían a Fernando y a tu padre.

Pierre se quedó muy callado. Sus ojos se hicieron de repente muy profundos. Tamborileó la mesa con los dedos y se levantó. Como siempre, los perros se fueron detrás de él.

—Me voy a dar un paseo. Me ha sentado mal la comida.

Pila dijo que le acompañaba.

—Te acompaño. Los dos queremos estar solos.

LXI

Llegaba el momento de irse de La Chênaie. A las Lequerica se les habían pasado volando las dos semanas en casa de Pierre y Mathieu y no solo porque hubieran estado entretenidos con los últimos acontecimientos. Arianne, la madrastra de Pincho y de Pila, se había puesto enferma. Tan enferma como solo se ponen las personas mayores cuando el cuerpo ya no aguanta más la vida. Las hermanas nunca se habían llevado bien con la que se había convertido en la mujer de su padre, pero creían que era su deber permanecer junto a su hermano en un momento tan difícil. Además, Ignacio siempre había estado muy unido a Arianne y sabían que estaría pasándolo muy mal. Su madre había sido la persona más importante de su vida. O al menos la persona a la que nunca había conseguido fallar. Entre otras cosas porque, Arianne, como todas las madres, era consciente de las limitaciones del carácter de su hijo y del entorno en el que le había tocado vivir.

Socorro también necesitaba volver a Madrid porque los turnos de la web volvían a exigir su presencia en la redacción. El horario le permitiría acompañar a su madre y seguro que Ángel Rojo, al menos por deferencia con Pincho, le dejaría teletrabajar desde los hospitales cuando se hiciera las pruebas o lo que pasara después. O en la casa de las Lequerica, en la que las hermanas ya habían mandado que le preparasen un cuarto para que pudiera estar con Antonia, que, por supuesto, prefería residir cerca del hospital que le tocaba en la Seguridad Social. Kaori y Mathieu se habían despedido

el día antes de la marcha de las Lequerica, de Socorro y su madre. A la japonesa le habían ofrecido hacer una exposición en París y decidió quedarse en La Chênaie trabajando porque las piezas eran demasiado delicadas para transportarlas desde Londres, donde tenía su taller.

Socorro le deseó suerte. Y Kaori, tímida, bajó la mirada y le apretó las manos, con ese nervio adorable con el que solían hacer las cosas las japonesas. O al menos esa es la impresión que tenemos de los orientales.

Pierre abrazó muy fuerte a Pila y a Pincho y les hizo prometer que volverían el año que viene a La Chênaie.

—Si no voy yo antes a veros a España...

—Sabes que tienes a tu disposición nuestra casa en Madrid, aunque supongo que para ti será más cómodo un hotel.

El Citroën y un Land Cruiser las llevarían a Orleans. Tenían muchas maletas, los perros y... a Socorro.

En el aeropuerto de Orleans les esperaba una Pilatus. Al principio, la periodista no sabía lo que era. Fue su madre la que le explicó que era un avión privado. Llegaron a Madrid en dos horas. El sol de la primavera tibia ya caía.

En Torrejón las esperaba José Mari. Al día siguiente deberían decidir si viajaban a Cádiz para estar con su hermano.

—Dice don Ignacio que la señora no está muy mal. Que lo mismo se recupera. Ni los médicos lo saben.

—Mala hierba... —no se pudo contener Pila.

—Fíjense que su hermano no ha sido capaz de convencerla para llevársela a Madrid a un hospital. Ella tiene claro que se quiere morir en su casa, en Sotogrande.

LXII

Al día siguiente, Pincho llamó a Ignacio, que le respondió con el tono lúgubre de los que llevan muchas horas conteniendo el llanto. No quiso irse por las ramas.

—Vamos para allá. Creo que es nuestro deber estar contigo. Podemos instalarnos en El Puerto y estar contigo en una hora en tu casa de Sotogrande si las cosas... se precipitan.

Ignacio conocía demasiado bien a su madre como para saber que ella no querría ver a las hijas que su marido tuvo con su primera mujer y a las que siempre había detestado.

—En serio, no os preocupéis por venir. También le he dicho a Ignacito y a María que se queden en Madrid. Tienen mucho trabajo, además.

Pincho no entendió demasiado bien que Ignacio quisiera estar solo. Quiso saber por qué no lo acompañaba su mujer.

—¿Y Lilian?

—A ver. Ya sabes cómo es mamá. Nunca le gustó que yo me casara con... la sudaca.

Pincho esbozó una sonrisa.

—Tu madre no hubiera visto bien ni a una hija de la duquesa de Alba y Bill Gates.

Ignacio se carcajeó.

—Date una vuelta por *El Matinal*. Ya sabes que Ignacito está muy metido con todo lo de la inteligencia artificial. Que te cuente...

Pincho no pudo evitar conmoverse por la tristeza que percibió en la voz de su hermano.

—Pero prométeme que, si pasa algo, nos avisarás. En una hora podemos estar ahí.

El tono de Ignacio Lequerica viró hacia la socarronería.

—¿Cómo? Los aeropuertos de Málaga y Jerez están a una hora

—Pero Gibraltar está a media hora... y aunque a Pila le dé una vena patriótica a mí me da igual aterrizar ahí. El avión privado es la felicidad.

Ignacio no dijo nada.

—La felicidad son momentos, ya lo sabes.

A Pincho le dio pena que su hermano se lo pusiera a veces tan fácil.

—Momentos que no tienes que pasar en un aeropuerto.

LXIII

La vuelta de Socorro a la redacción fue bien recibida. Es verdad que los turnos de web no se habían resentido durante el tiempo en el que había estado en Francia, pero la sección apenas podía respirar con la filtración de sumarios de la UCO y las imputaciones varias de políticos corruptos. Aun así, Ángel Rojo insistió en publicar su reportaje sobre la operación Bolero-Paprika el mismo domingo de su regreso. También le dio un gran hueco en portada —los noventa años del inicio de la Guerra Civil eran una buena excusa— e insistió en relegar los chanchullos de las hijas del expresidente del Gobierno para dar al reportaje de Socorro el mejor hueco de la web. En el primer *scroll*. Se quedó sorprendida.

El suyo era un reportaje atemporal. Si se hubieran conmemorado los noventa años del final de la Guerra y de la marcha al exilio de tantos españoles, hubiera entendido la relevancia. Luego comprendió los motivos de Ángel Rojo al ver una columna de opinión de Nuria Alburquerque sobre el tema llena de lugares comunes. «La guerra que perdimos todos y tal». El reportaje de Socorro tuvo un éxito moderado comparado con otros que había hecho. Sin embargo, por primera vez, el director la llamó a su despacho para felicitarla. «Este es el tipo de temas diferenciadores que hay que hacer». Le dio una palmadita en la espalda y le hizo un gesto para que se marchara. Ella no dijo nada de la violación de Arri ni de lo que había sucedido en Francia. Volvió a su lugar en la web. A editar teletipos de escándalos y reescribir las noticias de otros. ¿Por qué los

periodistas de investigación no escriben claro lo que dicen los sumarios? Y a esperar que la Casa Real hiciera algo. La rutina era poco emocionante, pero eso era exactamente lo que quería Socorro hasta que a su madre no le dieran buenas noticias, si es que se las daban.

María Casares se dejó ver al día siguiente por la redacción. Socorro observó que había adoptado andares de dueña del cortijo y, con ese taconeo seguro, se acercó a su mesa. La felicitó por el artículo. La periodista se encogió de hombros y enseguida se decidió a preguntarle por la abuela de Ignacio. Le dijo que el desenlace era inminente y que esa misma tarde tenía un tren a Cádiz para que su marido se pudiera despedir. Empezó con una sarta de palabras de ánimo, pero María la interrumpió. «¿Qué tiene tu madre?» A ella se le hizo un nudo en la garganta, pero aguantó las ganas de llorar. Cogió la botella de plástico y el agua suavizó el dolor. «Bueno, a ver qué le dicen». María le preguntó si las Lequerica se habían ofrecido a atender a Antonia, si... Socorro se crispó, aunque no pretendía que esa fuera su actitud porque María solo estaba tratando de ser amable y de interesarse por su madre. «Prefiero pensar paso a paso con lo que le vayan diciendo. Me gustaría acompañarla a todo... si mi madre se deja, pero no va a querer...».

María le respondió muy tranquila.

—Lo bueno del teletrabajo es que podrás seguir cumpliendo con los turnos de web si te quedas con tu madre en el hospital.

Socorro no supo qué responder a eso.

LXIV

Esa misma semana, sin nombres, los medios publicaron la noticia sin revelar la identidad de la denunciante ni la de los Castel. En los registros realizados en Les Bruyères, recabaron grandes cantidades de hipnóticos y de relajantes musculares. Madame Castel se excusó diciendo que eran para la ciática que aquejaba a su marido, pero la policía lo requisó todo. En los discos duros encontrarían además miles de horas de grabación de bellas durmientes inconscientes perfectamente ordenadas y catalogadas. De Arri, por supuesto, encontraron un vídeo que coincidía con la otra fiesta a la que la llevó Jean-Paul. Al parecer había invitado a otras modelos con las que trabajaba como víctimas para la trama que lideraban los Castel y otras familias. Padres e hijos fueron detenidos e investigados. E incluso Colette Castel tuvo que pasar la noche en el calabozo por ser la custodia de los discos duros y la cómplice necesaria. También sus amigas, a las que Arri había visto retirarse con la anfitriona después de la cena en Les Bruyères. Las acusaban de encubrir a sus maridos y de facilitar sus delitos, sabedoras de las maldades que perpetraban.

La policía no encontró las fotos de Thérèse de Villeneuve entre los archivos digitales requisados. Sin embargo, en los escritos de monsieur Castel hallaron un cómic que solo podía calificarse de pornográfico en el que se narraba la historia de la inocente Thérèse y los infortunios a los que la virtud le había conducido. La dibujaba en todo tipo de posiciones después de algún pequeño episodio

cotidiano. Un capítulo la mostraba como una recolectora de moras y cómo, al llegar exhausta, su marido atentísimo le había ofrecido una naranjada que había saciado su sed, pero no le había quitado el cansancio. Se tumbaba entonces en la cama y, en la siesta, empezaban a aparecer varios personajes mitad hombre, mitad animal del campo —el jabalí, el corzo, el pato...— que se engarzaban con la virtuosa durmiente en sodomías, sexo oral... El final era una viñeta en la que se mostraba a *la petite* Thérèse en el parto y un bocadillo que decía: «¿Y qué tendrá? Un corcito, un venado o un jabalí...».

Cuando Pierre lo vio no pudo contener las lágrimas. Ese día llamó a Pila, que estaba ya en Madrid.

—Tienes razón. Mi padre era más indeseable de lo que me habías contado.

LXV

Cuando por fin has contado un secreto, es más fácil volverlo a hacer. Tampoco se trata de hacer un vídeo en Instagram, sino de contárselo a otra persona. Aunque solo sea a otra más. Una vez abierta esa puerta que estaba atrancada, cuesta volverla a cerrar. No es posible volver a meter el tapón de una botella de champán. Pila decidió que tenía que contarle a Pincho lo que ya sabía Socorro. Incluso Arri. Y Kaori. Aunque ni la hija de Antonia ni las otras lo supieran todo. Y ese todo era lo que más le iba a costar. No lo que le habían hecho a ella, incluso Fernando, sino lo que había hecho ella.

LXVI

Las Lequerica permanecían en su casa de Madrid, a la espera de noticias sobre Arianne. Pila se decidió a hablar con su hermana.

—Pincho, siéntate. Cuando acabe de contarte algo, quizás no me quieras volver a ver.

Pincho calló. Miró extrañada a Pila y casi con cara de pavor. Aunque estuviera delante de la persona en la que más confiaba. Aquella en cuyas manos pondría su vida.

—Lo que parece que le ha pasado a la novia de Gordon me pasó a mí.

—¿Cómo que te pasó a ti? ¿El qué?

—Que unos hombres me tomaran por su muñeca. Me drogaron, me violaron, me dejaron hecha un guiñapo.

—¿Qué? ¿Cuándo? ¿Cómo no me ibas a contar algo así?

—¿Crees que todas las violaciones se denuncian? No me seas ingenua. Ni antes ni ahora. Fue hace medio siglo. En 1975. Se me olvidan muchas fechas, pero esa no.

—A mí tampoco, es cuando murió Fernando.

—Sí, y Franco. Por eso estabas ocupada. No me voy a andar por las ramas. Me violaron Fernando y sus amigos. Los Castel, Guilhem... y no tengo claro cuántos más.

—¿Qué Fernando? ¿Fernando, Fernando?

—Sí. Y pensaban hacerlo contigo.

—No estás hablando en serio. ¿Qué broma absurda es esta? ¿Qué te has tomado?

—Nada que no tome todos los días. Menos de lo que debería haber tomado para hablar contigo.

Pincho se hundía en el sillón en el que estaba sentada. Le parecía que no estaba escuchando lo que salía de la boca de Pila, que se arrancó a hablar sin que su hermana, aturdida, dijera nada.

—En una de esas fiestas a las que iba con Guilhem y Fernando me echaron algo en la bebida o en la comida, no sé, y debieron drogarme. Me desperté con esos cerdos turnándose encima de mí. No me podía mover, ni hablar, ni negarme, pero lo notaba, lo oía.

Pila tampoco quería dar muchos detalles a Pincho. Mucho menos de la intervención de Fernando.

—Al final, cuando todos hubieron acabado, alguien dijo a Fernando que a ver cuándo traía a su mujercita, que su cuñada no había estado mal. No iba a permitir semejante cosa.

Pincho se atrevió a hablar dentro de su estupor, que era como una humareda que la asfixiaba. Tendría que estar consolando o preocupándose por lo que le había pasado a su hermana, pero lo de su marido le había hecho cambiar el motivo del estupor.

—Guilhem no sé, pero Fernando no habría participado en algo así. Ni contigo ni con nadie. Era un hombre dulce, educado, amable, jamás fue violento.

—Tendría dos caras. Una contigo, otra con su pandilla de delincuentes rijosos.

—Fernando está muerto. No puedo preguntarle. ¿Cómo puedes hacerme esto?

—¿Hacerte esto? Lo que hice fue para que no te pasara nada.

—¿Qué hiciste? Fernando tuvo un accidente esquiando en Gstaad. Estaba fuera de pista, como se empeñaba en hacer tantas veces contra mi voluntad.

—Quizás no estaba bien cuando se cayó.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que me está costando más decirte desde que he entrado por la puerta —y no es la violación por todos esos tíos, incluido tu maridito— es que contribuí a que tuviera ese accidente. Yo también lo drogué para que su descenso por las pistas no terminara bien. No sabía si iba a funcionar. Pero funcionó. Ya no te pondría la mano encima. Ni él ni sus amigotes. Tan elegantes. Tan hijos de puta.

Pincho no podía creer lo que estaba escuchando.

—Todavía no sé si lo que estás diciendo tiene algún sentido. Si te han violado, si Fernando tuvo algo que ver en eso, si te conozco a ti, si conocí a Fernando. De pronto, sois los dos unos desconocidos. Pero ¿matarlo? ¿De verdad? Tú sabes lo que yo he sufrido tras la muerte de Fernando. Todos estos años... Tienes el corazón de sílex.

—¿Vas a reaccionar a todo lo que te he dicho con una canción de Françoise Hardy? No sé, tendré el corazón de sílex, pero arde con rapidez. Bueno, no me puede extrañar tu perplejidad.

Pila se atrevió a acercarse a Pincho, que dio un respingo.

—Vete, por favor —fue lo único que le dijo.

Pila se marchó con la canción *Comment te dire adieu* retumbándole en la cabeza.

*Mon cœur de silex
vite prend feu.
Ton cœur de pyrex
résiste au feu.
Je suis bien perplexe,
Je ne veux
Me résoudre aux adieux¹.*

LXVII

Pila evitó dar detalles a Pincho de cómo había conseguido que Fernando tuviera un accidente. Nunca le hubiera dicho que había planeado su asesinato, que le mató o que había querido hacerlo desaparecer. Habría vuelto a mentir. Lo único que le hubiera gustado explicar a su hermana es que, como tantas otras veces a lo largo de su vida, su única intención era protegerla. Habían pasado más de cincuenta años y todavía resonaban esas voces diciéndole a Fernando que a ver cuándo traería a «esa mujercita suya» mientras la violaban. Pila no estudió demasiado las posibilidades de que le salieran las cosas. Ni tampoco calculó nada. Le salió bien como le podría haber salido mal, teniéndose que tragar a su violador el resto de su vida.

Llegó al Palace de Gstaad por la noche para no tener que volver a pasar una velada contemplando lo feliz que era su hermana. Eso, verlos jugar al matrimonio perfecto, le costaba mucho. Como si el aire que respiraba se hubiera hecho más denso y pesara. Era consciente de que Pincho adoraba a su marido, que nunca había sido tan feliz, que tenían un futuro planeado juntos... con niños, viajes...

Así que decidió evitar todo lo que pudiera a su hermana y a su cuñado. Era lo que había que hacer. ¿Acaso no eran recién casados?

Sabía que a Fernando, un magnífico esquiador, le gustaba ir por las pistas más difíciles antes de que Pincho y Pila se le uniesen para descensos más tranquilos. El Palace, como todos los hoteles buenos

de aquella época, tenía una personalidad marcada. Muy a lo Pantera Rosa. Era para ricos de otra pasta. El ambiente era festivo, alegre, pero también discreto. Entonces no había redes ni móviles. No se podía enseñar a qué lugares se iba. Solamente se iba. Y esa misma fue la actitud de Pila cuando decidió que mataría a Fernando. No le quiso dar más vueltas. Un amigo suizo del tío Alfonso, que tenía un laboratorio farmacéutico muy importante, había desarrollado un nuevo analgésico sintético derivado de la morfina que, como supo después Socorro, tenía entre sus efectos secundarios ser un potente sedante. Se parecía a lo que después se denominaría nitazeno, pero tardaba en hacer efecto. Poco a poco iba relajando hasta inducir un sueño muy profundo, anestésico. Pila bajó al amanecer a la recepción del Palace para tratar de cruzarse por casualidad con su cuñado. Allí estuvo esperando. Pese a que tenía el estómago atenazado por los nervios, incluso desayunó haciendo tiempo. ¿Qué podía hacer? Cualquiera hubiera pensado que la menor de las Lequerica se arrepentiría y trataría de olvidar. Se sorprendió de su actitud. No pensaba que fuese a matar, a asesinar. Estaba como antes de ir a un rececho. No sabía si se darían las circunstancias propicias.

Pila jugueteaba con la yema de sus huevos fritos cuando vio que Fernando se le acercaba. No le veía desde París.

Él la saludó encantador, como siempre. Como si lo sucedido aquella noche en Sologne nunca hubiera ocurrido. Claro, él pensaba que su cuñada tenía esa noche en blanco, que había estado sedada. La abrazó, le hizo algún chiste sobre su hermana para aclarar después que se sentía el hombre más afortunado del mundo por estar casado con Pincho. Ella dijo que le acompañaba a la cima del Wasserngrat. Sabía que en más de una ocasión él le había comentado a Pincho que quería esquiar la parte más complicada de

aquella pendiente, inaccesible si, además de un esquiador experto, no se era un atleta. Fernando lo era, y le iban las emociones fuertes. El riesgo. A ella, le explicó a su cuñado, no le gustaba esquiar demasiado. No se le daba bien, pese a que lo había hecho mucho en el colegio suizo en el que la internaron con Pincho. Esquiaba, pero no tanto como para arriesgar por pistas más difíciles. Él se echó a reír e hizo algún comentario que Pila consideró inapropiado para alguien que la había violado. Pero, claro, cómo iba a saber él que se había despertado. Acabaron los huevos y Pila ofreció a su cuñado ir en coche hasta la «burbuja», así la llamaban en la época, con la que se podía subir al Wasserngrat.

—¿Y tu hermana? ¿No la esperas a que acabe de trabajar? —preguntó él.

Pincho seguía volcada con todos los acontecimientos que siguieron a la muerte del dictador: la situación de la familia Franco (Carmen Polo aún no había abandonado El Pardo, su casa durante casi cuarenta años. No tardaría demasiado. El 31 de enero de 1976 se iría a su piso de Hermanos Bécquer). Aunque en lo que realmente se había esforzado Pincho era en la labor del rey Juan Carlos por lograr una democracia homologable a las del resto de Europa. Y escribía casi cada día de ello. Aunque estuviera, como en aquella ocasión, de vacaciones.

—Bastante tiene con lo del periódico. Quizás debería haber considerado cancelar este viaje. Desde que murió Franco se está precipitando todo.

—Qué día aquel —se apresuró a decir Fernando.

—Cómo olvidarlo. Oye, ¿te parece que suba contigo hasta el Ski Club y tú te vas a esquiar? Cuando me canse, me voy y le digo al tío de la cadena que me permita salir. O le dejamos ahora unos francos con la promesa de darle otro tanto a la salida.

Y Fernando se volvió loco de contento, porque siempre le había gustado estar con Pila, aunque se viera obligado a disimular con su mujer. Las otras veces que se habían alojado en Gstaad, había esquiado el trecho desde el chalet al que le habían invitado hasta Wasserngrat. Desde el Palace era mejor ir en coche en lugar de ir cargando con los esquíes.

Al llegar, un tipo de cara ajada les abrió la cancela y subieron a la burbuja. Pila tenía pocas ganas de decir algo, con su abrigo de astracán, gafas de sol y botas de *après-ski*. Pensó que hacía un día de esos en que da asco morir. Pero ella quería, necesitaba, que Fernando dejara de vivir. Antes de llegar a la cima le ofreció su petaca a Fernando.

—Es un poco temprano, pero me voy a tomar un traguito de aguardiente para bajar el desayuno.

Fernando se puso serio.

—¿A esta hora? Yo estaría tentado de acompañarte, pero... no quiero caerme, y aquí la pendiente es muy fuerte.

Pila dudó de su plan. Por primera vez pensó que Fernando no bebería y que Pincho acabaría a merced de esa pandilla asquerosa. Se empezó a odiar por estúpida. ¿Quién bebe un chupito de alcohol a las diez de la mañana? Hizo que bebía un trago y acercó la boca a la de su cuñado. Se mostró deseosa, insinuante, pese a la repulsión que le provocaba. Fernando olía muy bien. A limpio. Él la tomó por la cintura y quiso besarla. Ella le ofreció entonces la botella. Fernando, ahora sí, bebió un buen trago. Pila le besó los labios.

Se despidieron.

—Nos vemos en el hotel. Me voy a ver qué hace mi hermana.

Él le devolvió la sonrisa.

Y mientras él se perdía con ese aire desgarrado de los esquiadores antes de iniciar el descenso, ella volvió a bajar en la

burbuja. Las hermanas comieron juntas como si nada. Fernando les había advertido que esquiaría todo el día. Pincho empezó a preocuparse cuando su marido no apareció a la copa de antes de cenar. Pila le dijo que lo mismo se había entretenido con algún amigo y estaba de parranda. Pincho se encogió de hombros. Fernando no llegó a cenar tampoco.

Pincho se quedó toda la noche en vela en la entrada del hotel. Fue en vano. Estaba leyendo *El honor perdido de Katharina Blum*, de Heinrich Böll. Se lo acabó, pero Fernando seguía sin llegar. Ya tenía los ojos secos.

Al amanecer apareció el primer agente. Le preguntaron por Fernando Azcárate. Le informaron de que lo habían encontrado muerto. La pendiente del Wasserngrat es solo para esquiadores muy expertos. Pincho dijo que él lo era, que no entendía nada. Se abrazó a su hermana y comenzó un llanto manso y callado. El teatro de Pila duró cincuenta años.

LXVIII

Al regresar a Madrid, Antonia se hizo las pruebas que le habían mandado. La ecografía y la colonoscopia, a las que la acompañó Socorro. Hicieron también una biopsia. La llamaron para que se pasara por la consulta del oncólogo antes del día que le asignaron para recoger los resultados. Ese día prefirió ir sola, así que tuvo que mentir a su hija. El médico, que también tenía los análisis que se había hecho antes de ir a Francia, no se anduvo con remilgos. Antonia, que ya se imaginaba las malas noticias, le conminó a no hacerlo. Cáncer de colon estadio IV. Había que extirpar el tumor y luego quimioterapia y quizá también radioterapia.

—¿Me voy a morir, doctor? —preguntó Antonia.

—Como todos.

—Digo en los próximos meses.

—El tumor no pinta bien. Pero si se extirpa con márgenes suficientemente amplios para evitar la recidiva...

—Por favor, hábleme más claro.

—Hay que programar la intervención inmediatamente. Fuera la enfermera le dará las instrucciones.

—De acuerdo.

Antonia se fue en una nube con la enfermera, pero pensando que no iba a operarse enseguida. Aunque la programaron dos semanas después.

LXIX

La muerte de Arianne Bernard, la madrastra de ambas, cogió a las hermanas Lequerica en sitios distintos. Pincho estaba en Los Manantiales y Pila se había ido a El Puerto para disfrutar de los primeros días del casi verano del cuarenta de mayo, fecha en la que Pila empezaba a quitarse el sayo y a bañarse en el mar. Eran sus días favoritos para estar en Cádiz. Las jornadas eran muy largas, los restaurantes tenían la ilusión del verano y los camareros aún no estaban hastiados tras dos meses de actividad frenética, ruido y clientes maleducados.

Hacía mucho tiempo, casi desde esas rabietas que se cogen las niñas chicas, que las dos hermanas no estaban tanto tiempo sin hablarse. Pincho no había reprochado nada a su hermana, pero Pila tampoco había intentado excusarse. Consideraba que no hacían falta más explicaciones. Había salvado a su hermana de que la violaran los amigos más indeseables de su indeseable marido. Y a saber lo que le hubieran contagiado. Quizás hubiera acabado muerta, como les pasó a algunas mujeres que el grupillo de los Castel había drogado.

Al final no hubo Pilatus a Gibraltar. Las dos fueron en coche, pero como Pila estaba más cerca de Sotogrande fue la primera en abrazar a su hermano. A Ignacio se le veía destrozado y tanto Lilian como Ignacito y María estaban pendientes de que no se derrumbara. Pila le abrazó tan fuerte como lo hacía cuando era un niño pequeño y le escuchó gimotear. Para Pincho y ella, Arianne había sido una bruja,

pero su hijo la quería. Y con razón. Lo había dado todo por ella. Y ella por él.

—¿Y Pincho? —preguntó Ignacio cuando se serenó.

—Es que estaba en Los Manantiales.

—Qué raro que no estuvieras con ella. Es la primera vez que os veo llegar por separado desde que Pincho se quedó viuda.

Pila prefirió hacerse la loca.

—¿De verdad? Si cada una hacemos nuestra vida.

En ese momento, llegó Pincho. Esperó a que Ignacio se alejara de su hermana y le abrazó. Mientras lo hacía cerró los ojos para evitar cruzar la mirada con Pila. Empezaron a llegar más personas. El presidente de la Junta, de la Diputación, el alcalde de Marbella, de Málaga, de San Pedro de Alcántara... Algunos cantantes conocidos, banqueros... La gente importante esperaría al funeral de Madrid para darle el pésame. Ignacio ya sabía que sería así, por lo que no se extrañó.

En la misa, era inevitable, se sentaron juntas. No intercambiaron una sola palabra y, al dar la paz, se dieron la mano en lugar de un beso en la mejilla, como siempre habían hecho desde que tenían conciencia. Al terminar, a María Casares no se le escapó que Pincho se fue con José María Segundo y Pila se subió en otro coche, que la llevaría a El Puerto. ¿Qué les pasaba? Ignacito le había contado que rara vez habían asistido a cualquier acontecimiento familiar por separado. Quizás esa era la grieta que él necesitaba para meterse en la vida —y en el testamento— de las dos hermanas.

LXX

Con tantos acontecimientos, o con tanta intensidad en lo ocurrido, las dos semanas para la operación de Antonia se pasaron volando. Programaron la intervención para las once de la mañana de un miércoles. Pero la cita era a las siete. Antonia y Socorro llegaron puntuales e hicieron los trámites de ingreso. Pincho y Pila hubieran querido estar, pero la periodista les dijo que prefería estar sola, que el tiempo que estuviera en el quirófano no se iba a comer las uñas, tenía cosas que hacer y se había llevado el ordenador, aunque tuviera unos días libres. Era una operación programada, así que Antonia había seguido la dieta que le indicaron. El día antes fue como cuando la colonoscopia en la que le habían detectado el cáncer.

—¿Tú sabes que hay gente que voluntariamente se hace eso? —dijo Socorro a su madre.

—¿El qué?

—Tomarse ese laxante asqueroso y hacerse limpiezas de colon.

—Supongo que hay gente para todo. Hasta para limpiarse las tripas porque sí.

—Y encima lo hacen en clínicas carísimas de esas donde todo el mundo se pasea en albornoz.

Les dieron una habitación y allí siguieron pasando el rato y cumplimentando los trámites que todavía quedaban. La anestesia, el descargo de responsabilidad... Había dos camas, pero nadie en la otra. Quizás se habría muerto la señora que la ocupara. Antonia ya

había aleccionado a Socorro de manera reiterada. Como las señoras le habían aconsejado hace años para evitar problemas a su hija, tenía un testamento donde la única beneficiaria era Socorro. El piso de Tetuán era para ella. Y lo de Terrinches. Y el dinero en el banco. Como apenas gastaba, casi todo el sueldo de años había estado enriqueciendo su cuenta corriente.

Solo se retrasaron quince minutos en llevarse a Antonia. Socorro dio un beso muy prolongado a su madre, que le dijo que no se preocupara, que los médicos sabían lo que hacían.

Habían pasado casi cuatro horas cuando avisaron a Socorro de que su madre estaba en reanimación. Y que podía pasar a verla.

—La operación iba a ser por laparoscopia, pero nos hemos encontrado con que el tumor era más grande de lo esperado y hemos decidido pasar a cirugía abierta por su seguridad. El tumor del colon ya no está. La resección ha sido limpia, pero creemos que hay metástasis en el hígado.

—¿Quiere decir que se ha extendido?

—Como el tumor en el colon se le detectó en una colonoscopia, no se hicieron más pruebas. Ahora vamos a hacerle un PET para ver qué órganos están afectados, si hay más.

—¿Se va a morir?

—No inmediatamente. No puedo afinar el diagnóstico hasta que no hagamos más pruebas. Y tampoco creo que podamos dar una respuesta a esa pregunta, salvo que la respuesta es sí para todo el mundo.

Socorro, que esperaba un «todo ha salido bien y ahora decidiremos si hay que darle quimioterapia o quimioterapia y radioterapia» o un «su madre no ha superado la operación, ha sufrido una parada cardíaca y ha muerto», se quedó en silencio. Pensando que ahora era cuando empezaba todo, aunque fuera para

acabar. Llamó a Pincho para que lo supiera. También llamó a Pila. Sabía que no se hablaban y prefirió darles la noticia por separado.

A Antonia le hicieron el PET y se confirmó la metástasis. Los médicos no le dieron muchas esperanzas. Antonia, mujer recia, pensó que tampoco era tan raro morir.

—Hija, ya soy mayor, he vivido lo suficiente y tú tienes la vida encarrilada. Encima no tienes hijos de los que preocuparte. Y dentro de poco tampoco tendrás madre de la que encargarte. Aprovecha lo que de bueno tiene la vida y no tomes «pesambres».

—Mamá, que no te vas a morir ya. Vas a tener tu tratamiento y, como tú dices, que sea lo que Dios quiera. Y a lo mejor quiere que estés por aquí mucho más tiempo diciéndome que coma mejor y me peine.

—No pienso sufrir lo que mi madre. No quiero un tratamiento que me alargue un poco la vida, pero que me traiga por la calle de la amargura. Que lo del pelo me da igual, pero tú no sabes lo que sufrió mi madre. Me tendré que poner peluca, pero no de esas que usaba doña Pila hace años como de Sara Montiel. Una como mi pelo.

—De eso no te preocupes. Ya buscaremos una bonita y natural. Y salvo eso, no sabes lo que te espera —dijo Socorro e inmediatamente pensó que era ella la que no sabía. Y que por mucho que quisiera a su madre junto a ella, la quería lo suficiente como para no tratarla como a una niña sin criterio.

LXXI

Pincho y Pila habían ido por separado al hospital a ver a Antonia y Socorro. En la habitación ahora sí había una compañera, una mujer gitana operada de un cáncer de ovario con dos hijas todavía más gordas que ella acompañándola. Las hermanas se encontraron en la puerta del hospital. Una entrando y la otra saliendo.

—Está animada —dijo Pila a Pincho con una sonrisa casi miedosa—. Todo lo animada que puede estar. Aunque está delgadísima.

Hubo un silencio incómodo y una mirada tristísima de la mayor de las Lequerica a la menor.

—Mira, Pincho, yo no puedo más con esta situación. Estamos en un hospital. ¿No te parece que dos viejas peleadas lo único que hacen es el ridículo?

—¿El ridículo? Es lo último en lo que habría pensado. Perdona, voy a ver a Antonia.

Y dejó a Pila con la palabra y el intento de reconciliación en la boca.

LXXII

Los periódicos esa mañana traían poca cosa más allá del ruido de los sumarios y el papeleo mezclado con los exabruptos. Pincho solo se fijó en una noticia que llevaba el nombre de Socorro. Se sonrió. En las últimas semanas había sido testigo de su pundonor como periodista y de la dedicación con su madre, a la que poco a poco iba carcomiendo la enfermedad. Se le notaba en el color de la piel, en el blanco de los ojos, que ya habían perdido brillo. Antonia era una buena enferma. No se rendía, aunque siempre decía que, por favor, le ahorrasen informaciones innecesarias. «Si yo ya sé lo importante», decía. Socorro había estado cada día en el hospital entregada al cuidado de su madre. Conocía a todas las enfermeras y si le hubiera salido, le habría gustado ser más simpática y amable. Pero la pena le pesaba tanto que a veces le costaba responder cuando le preguntaban cómo había dormido Antonia y dar las gracias. Socorro estaba pendiente de ella sin descuidar sus turnos en la web. Había decidido trabajar porque de esa manera se distraía y evitaba pensar en lo que callaban los silencios de su madre. ¿Le dolía? ¿Qué pensaba? ¿Tenía miedo? Por la tarde veían las series de sobremesa con bastante desgana. «¿Para qué? No creo que llegue a ver el final. Aunque, como no pasa nada, seguro que tú tampoco». Antonia no había perdido su buen humor. Le gustó poder ver cómo trabajaba su hija. Las llamadas a la policía, a diferentes fuentes, a las víctimas.

—¿Qué te parece el titular, mamá?

—A ver, dime.

—«Fran, el cura con novia que violaba a sus feligresas tras sedarlas».

—¿Hija, no te parece que después de lo de Francia...? Y con lo mal que están las señoras...

Socorro le explicó que estaba segura de que Pincho comprendería que firmara esa noticia:

—Además, me lo ha pasado la Fiscalía porque quiere que le metan en la cárcel setenta y dos años, que luego se quedará en menos —explicó.

Antonia negó con la cabeza.

—Hay que ver... ¿Por qué les gustará a los hombres dormir a mujeres para violarlas? ¡Y este, cura además!

—¿Y sabes qué? Le denunció su novia después de encontrar las imágenes en la casa que le pagaba el obispado.

—¿La del cura? No me cuentes más.

Pero ella le contó que el sacerdote las drogaba con éxtasis líquido y que era hijo de una monja clarisa en Vélez-Málaga.

—El hábito le venía de familia —concluyó Socorro que no pudo evitar el chiste.

—Es que el hábito tampoco hace a la monja.

LXXIII

Pincho y Pila acudían a visitarla todos los días. Se organizaban para no coincidir. Y eso que sabían que Antonia insistía cada vez que iban en lo mucho que echaba de menos verlas juntas y criticar a alguien. Reírse de algún tonto conocido. Vivo o muerto.

—Señora —dijo a Pincho—, no se tienen más que la una a la otra. El resto de la familia no es lo mismo. Dejen de estar enfurruñadas por algo que por muy grave que sea no tiene solución.

Por su enfermedad, Antonia se atrevía a decirles más de lo que les habría dicho en otro momento. Por su enfermedad, Pincho le habría aceptado cualquier inconveniencia, incluso que le faltara al respeto. Aunque no consiguiera desprenderse de esa tristeza mezclada con decepción, enfado y asombro que la poseían desde que Pila le contó todo. Y la decepción no se circunscribía a su hermana. Pensaba que si todo lo que le había contado era verdad — y no había razón para que inventara algo así— la que había demostrado un pésimo criterio, la que se había equivocado, era ella.

LXXIV

Ya estaba decidido que en cuanto a Antonia le dieran el alta volvería a casa, no al piso de Socorro. Antonia, con tal de no molestar, se habría ido a Terrinches a morir, como los elefantes en las películas de Tarzán a sus cementerios. Pero no hubo discusión. Antonia volvería a la casa de las hermanas Lequerica. A su casa. Y Socorro, pese a sus reticencias, que duraron cinco minutos, estaría instalada en el cuarto al lado de su madre. Y si era necesario contratarían a una enfermera. Lo que hiciera falta. Irían viendo. Tampoco tenía que guardar cama, solo descansar y no trabajar.

Lo primero que hizo Pila fue comprar una cama articulada para Antonia. Por si llegara a necesitarla. O para cuando la necesitara. En su espaciosa casa, Pincho y Pila no tenían que coincidir. Además, era raro que lo hicieran. La mayor de las Lequerica solía estar en Madrid por *Juglar*. Su hermana aprovechó esa angustiosa convivencia que ahora tenían para irse a Los Manantiales o a El Puerto. Pero cuando vino Antonia estaban las dos. Y estaban en casa cuando llegó la cama articulada. Y coincidieron en la misma habitación. Las dos miraban cómo los operarios la montaban y colocaban. Cuando estuvo instalada, Pila tocó todos los botones y puso todas las posiciones.

—Creo que me voy a comprar una para mí. O dos, para que ocupen más o menos el ancho de mi cama —dijo Pila.

—A Proust le habría encantado. ¿Sabes que Céleste, su Antonia, nunca le vio escribir ni sentado ni de pie? Contó que todo lo que

redactó, salvo escasas excepciones, lo hizo apoyando la cabeza sobre almohadas y usando las rodillas como escritorio.

—Los escritores son unos gandules. Leí el otro día en una revista que Edith Wharton decía que la vida es siempre una cuerda floja o una cama de plumas. Y que le dieran la cuerda floja. Menuda idiota. A mí que me den la cama de plumas. Articulada.

Pincho rio.

—Antonia se va a morir —dijo.

—¿Y nosotras vamos a estar haciendo el idiota lo que nos quede de vida? Que tampoco será tanto. ¿Sabes? Yo no te quiero porque seas mi hermana, que también, qué le vamos a hacer. Te quiero porque me caes bien, porque me gustas, porque te admiro. Ya está bien. ¿No me vas a perdonar nunca? ¿No puedes intentar olvidar, como he hecho yo?

Pincho se acercó y abrazó a Pila tan fuerte y tanto tiempo que parecía que la iba a contracturar.

—Solo quería evitar que esos tíos te hicieran daño —decía Pila mientras también apretaba—. Casi se me había olvidado tu olor.

Pincho no dijo nada, pero se le entendió todo.

En ese momento, entró Nelson y les dijo que Socorro y Antonia habían llegado y fueron hacia la entrada.

LXXV

El papeleo burocrático molestaba a Pila. Pensaba que en esta época en la que se podían hacer tantas cosas por internet era ridículo que los trámites no se pudieran resolver de forma telemática. Sin embargo, la decisión que habían tomado las dos hermanas era importante y era necesario no dejar ningún resquicio legal que impidiera cumplir su voluntad. Y además había que ir a Lucas Cadenas a firmar. La cita en el notario era a las siete de la tarde. La hora le venía bien a Pincho, pero cuando Pila llegó su hermana ya la estaba esperando. Habían constituido la Fundación Diotima, cuyo nombre había avivado y alegrado las discusiones entre ellas.

—¿No te parece un pelín pretencioso? —preguntaba Pila, que no sabía de dónde se habría sacado Pincho ese nombre.

—Es la maestra de Sócrates en *El Banquete*. Quería que fuese una mujer y ya sabes.

—Podías haberlo llamado Fundación Boquete, aunque creo que había una futbolista de la selección que se llama así.

Como la reconciliación entre las dos estaba aún muy tierna, a Pila no le importó ceder con lo de Fundación Diotima. Tampoco se le ocurría nada mejor. Respecto a los fines, sí que estaban de acuerdo. La lucha contra la desinformación y la promoción del buen periodismo.

—¿Tú crees que esto tiene sentido? —volvió a insistir Pila—. ¿No te parece un tanto vago?

—Se me ha ocurrido que se podrían dar becas de estudio para jóvenes aspirantes a periodistas, investigaciones y documentación para obras literarias. También creo que debemos otorgar un premio, ya lo pensaremos.

—Seguro que cuando no estemos se lo dan a los que nos parecen gilipollas.

—Pues que no haya premios. Todos están amañados —sentenció Pincho.

La dotación la tenían las dos muy clara: doscientos de los trescientos millones que habían cobrado por Las Seguidillas. Habían decidido que el resto se lo guardaban para seguir viviendo bien —muy bien— el tiempo que les quedaba. Lo de viajar en avión privado se había convertido en casi una prescripción médica. Estaban como niñas a las que el médico recomienda helado para las anginas. Ya no sentían pudor por gastar el dinero.

Como presidentas del consejo se habían puesto las dos hermanas.

—¿Y cuando...? —preguntó Pila.

—Pues Socorro. Le pondremos un sueldazo y los poderes para aprobar los proyectos y ya se encargará José Mari de gestionar la dotación. He pensado que podemos hacer un *family office* y que Miriam, la banquera que nos lleva la cuenta en la Banca March, se encargue de asesorarle. Con que en el banco ya le den un cinco por ciento al año son 10 millones. Y si hacen una buena inversión...

—Joder, eso es muchísimo.

El notario, como siempre, se hacía esperar.

—¿Tú crees que Socorro es la persona adecuada? —preguntó Pincho.

Pila se encogió de hombros y respondió:

—La chica no es tan pobre, pero sí demasiado honrada. No tiene gustos caros y según tú, instinto periodístico. Es lo que queremos, ¿no? Alguien que sepa el oficio. Y, además, tenemos aún tiempo para formarla en lo financiero. ¿O te piensas morir cuando volvamos a casa?

Pincho rio, pero sentía cierto pesar y volvió a preguntar a su hermana:

—¿No te da cargo de conciencia no dejarle este dinero a Ignacito? Así podría sacar adelante *El Matinal*.

—Él tendrá las fincas, la casa de El Puerto... Y lo que no nos gastemos en vida. Y además... —Pila se calló dejando que Pincho lavara su conciencia.

—Sí, Ignacio tiene buenas ideas y creo que puede hacer un buen trabajo para sacar adelante *El Matinal*. Cada día que pasa, cuanto más cae el tráfico, más creo en este negocio.

—¿En los periódicos? Casi nadie paga por ellos. Y la inteligencia artificial...

—Nada puede hacer contra la inteligencia natural de un periodista que sabe mirar lo que está pasando, siempre que cuente con los mimbres adecuados. Estoy segura de que la gente, los lectores, volverán a pagar por leer periódicos. Nunca había sido tan necesario el periodismo, el periodismo tradicional, de siempre, el de ver, oír, contrastar y contar la verdad. En un mundo saturado de desinformación, hay que aprovechar la oportunidad de ofrecer contenidos fiables, de ser importante en la sociedad.

—¿Eres consciente de que ni Socorro cree en esto?

—Lo tendrá que hacer. La fundación le va a permitir vivir muy bien durante toda su vida.

Pila entonces preguntó a su hermana si creía que debían contarle sus planes a Socorro.

Pincho negó con la cabeza.

—Déjala que sufra unos años más.

—Te reconozco que me encantaría ver la cara de muchos cuando sepan que hemos dejado tanto dinero a cargo de la hija de la muchacha —aseguró Pila.

—¿Antonia? Nunca te ha gustado esa palabra para referirte a ella.

—Pero es la que más joderá a muchos.

Pincho se quedó pensando y dijo en voz alta:

—Qué gran historia para publicar en un periódico.

Socorro, mientras, seguía trabajando ajena a las tribulaciones notariales de las hermanas. La periodista había aprovechado el tiempo que acompañaba a su madre para ir preparando alguna serie para el verano. Ángel Rojo le había permitido un reportaje sobre lo que había sido de las personas que habían protagonizado las portadas de *El Caso*. Y tras mucho trabajo, había encontrado a la madre que, según la publicación de principios de los ochenta, había metido en unas jaulas a sus hijos porque se portaban mal. La buena señora estaba viva y le cogió el teléfono dispuesta a concederle una entrevista para contarle qué pasó. Socorro se había dado cuenta de que la mayoría de esas historias eran exageraciones para mentes calenturientas perpetradas por editores de moral cuestionable. No era la primera vez. Ya le había pasado con las historias de las chicas que aparecían desnudas en una famosa revista de la Transición.

Y seguía hojeando la prensa internacional con las claves de Pincho. El *Telegraph* había publicado que trece hombres iban a ser procesados en Mánchester por violar a la mujer drogada de uno de ellos entre 2018 y 2025. Los acusados iban de los 28 a los 73 años: uno era enfermero; otro, entrenador de fútbol; había un consultor;

un estudiante de finanzas... Casi todos estaban casados y eran padres.

Notas

LXVI

1 Mi corazón de sílex
se enciende muy deprisa.
Tu corazón de pyrex
resiste al fuego.
Estoy realmente perpleja,
no quiero
resignarme al adiós.

Corazón de sílex

Emilia Landaluce | Rosa Belmonte

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imagen de la cubierta: © Suteishi / Istock / Getty Images

© Emilia Landaluce y Rosa Belmonte, 2026

© Editorial Planeta, S.A., 2026

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los

lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:

sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2026

ISBN: 978-84-670-8334-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Laura Domínguez Velasco